Nuestra Sangre

PROFECIAS Y DISCURSOS SOBRE POLÍTICA SEXUAL

ANDREA DWORKIN

TRADUCCIÓN NO OFICIAL

Índice

Para Barbara Deming 3

En memoria de Sojourner Truth 3

Agradecimientos 4

Prefacio 5

1. Feminismo, Arte y Mi Madre Sylvia. 13

2. Renunciando a la “Equidad” Sexual. 20

3. Recordando a las Brujas. 24

4. La Atrocidad de la Violación y el Chico de al Lado. 28

5. Las Políticas Sexuales del Miedo y la Valentía. 47

6. Redefiniendo la No Violencia 57

7. Orgullo Lésbico 62

8. Nuestra Sangre: La Esclavitud de las Mujeres en Amerika. 64

9. La Causa Raíz. 78

Notas 91

Bibliografía 97

Para Barbara Deming

“Sugiero que si estamos dispuestas a enfrentar nuestra rabia, aparentemente, más personal, en su estado puro, y dedicarnos a la meta de convertir esta rabia pura en una rabia disciplinada por la busqueda de cambio, nos encontraremos en una posición de habalar de forma mucho más convincente a nuestros camaradas sobre la necesidad de arrancar de raiz de toda rabia el espiritu del asesinato”

– Barbara Deming, “On Anger” We Cannot Live Wihtout Our Lives

[Sobre la rabia; no podemos vivir sin nuestras vidas]

En memoria de Sojourner Truth

“Ahora, las mujeres no piden la mitad de un reino sino sus derechos, y no los obtienen. Cuando ellas los exige, ¿no escuchas a sus hijos sisear como serpientes a sus madres, porque demandan derechos, y pueden acaso pedir menos?...Pero tendremos nuestros derechos; ya verán; y no pueden detenernos; no podrán. Siseen cuanto quiera, pero los tendremos”

– Sojourner Truth, 1853.

Agradecimientos

Agradezco a Kitty Benedict, Phyllis Chesler, Barbara Deming, Jane Gapen, Beatrice Johnson, Eleanor Johnson, Liz Kanegson, Judah Kataloni, Jeanette Koszuth, Elaine Markson, y Joselyn Pine por ayuda y fe.

Agradezco a John Stollenberg quien ha sido mi colaborador intelectual y creativo más cercano.

Agradezco a mis padres, Sylvia y Harry Dworkin por su confianza y resepeto contiuos.

Agradezco a todas las mujeres que organizaron las conferencias, programas y clases en las que me presenté.

Agradezco las filósofas, organizadoras, escritoras y profetas feministas, cuyo trabajo me sostiene y alienta.

Nota:

No tengo claridad sobre la fecha en que comencé a traducir este libro. El 20 de mayo de 2017 publiqué el Prefacio en el blog, pero para esa fecha ya habia terminado la traducción, solo me quedaba revisarla y publicarla. En fin, ha pasado bastante tiempo. Pero valió el esfuerzo. Agradezco de corazón a todas las mujeres que fueron partícipes de este logro. Nuestros nombres lamentablemente deberán permanecer en el anonimato por razones que escapan a mi control. Pero debemos celebrar: hemos saldado una deuda histórica para con el movimiento de las mujeres de habla hispana. Este libro fue publicado en el año 1976 y hoy, mas de cuarenta años despúes, finalmente la genialidad de Andrea Dworkin está en nuestro idioma. La fuerza de su espíritu esta grabada en sus palabras. Las invito a leerlas: una, dos, tres veces. A analizar su trabajo, subrayarlo, glosarlo. Y sobretodo a compatirlo con sus hermanas.

– Maldita Feminista Radical

Prefacio

Nuestra Sangre [Our Blood] es un libro que surgió de una situación. La situación fue que no lograba publicar mi trabajo. Así que me volqué a dar discursos públicos -no a exponer pensamientos de forma espontánea o dejar fluir sentimientos, sino a la prosa trabajada, que informara, persuadiera, perturbara, causara reconocimiento, aprobara la rabia. Me dije a mí misma que si los editores no querían publicar mi trabajo, simplemente me los saltaría. Decidí escribirles directamente a las personas, escribir con mi propia voz y para mi propia voz. Comencé a escribir de esta forma porque no tenía otra alternativa: no veía otra manera de sobrevivir como escritora. Estaba convencida de que era la industria editorial -editoras mujeres tímidas y sin poder, la superestructura de hombres que toman las decisiones reales, críticos misóginos- la que se interponía entre mi persona y un público, de mujeres, particularmente, que yo sabía que existía. La industria editorial era una barrera efectiva y mi plan era navegar a través de ella.

En abril de 1974 fue publicado mi primer libro de teoría feminista, *Woman Hating*. Antes de su publicación tuve problemas. Me fueron ofrecidas desagradables tareas en revistas. Se me ofreció bastante dinero para escribir artículos que ya habían sido pautados en detalle por un editor. Hablarían de mujeres o sexo o drogas. Eran estúpidos y estaban llenos de mentiras. Por ejemplo, se me ofreció mil quinientos dólares para escribir un artículo sobre el uso de barbitúricos y anfetaminas por mujeres suburbanas. Debía decir que el uso de estas drogas constituía una rebelión hedonista en contra de las aburridas convenciones de la estéril vida de ama de casa, que las mujeres usaban esas drogas para prenderse y divertirse y tener un maravilloso estilo de vida. Le dije al editor que sospechaba que las mujeres usaban anfetaminas para sobrellevar los miserables días y barbitúricos para sobrellevar las miserables noches. Sugerí, amistosamente pensé, preguntarles a las mujeres que usaban esas drogas porqué lo hacían. Se me dijo de plano que el artículo diría lo entretenido que era drogarse. Rechacé la tarea. Esto suena genial, como a rebelde diversión -decirles a los burócratas que se vayan a la mierda, junto con sus puñados de dinero- pero cuando una es muy pobre, como yo lo era, no es divertido. En cambio, es profundamente angustiante. Seis años después, finalmente obtuve la mitad de esa suma por una pieza para una revista, la mayor paga que he recibido a cambio de un artículo. Tuve mi oportunidad de jugar en grande y me rehusé. Era demasiado inocente para saber que ese tipo de escritura era la única que pagaba por esos lares. Creía en la "literatura", los "principios", la "política", y en "el poder de la buena escritura para cambiar vidas". Cuando me negué a escribir ese artículo y otros, lo hice con considerable indignación. La indignación me marcó

como una mujer salvaje, una perra, una reputación reforzada durante peleas editoriales sobre el contenido de *Woman Hating*, una reputación que me ha atormentado y lastimado: no mis sentimientos, sino mi habilidad para ganarme la vida. No soy, de hecho, una "dama", no soy una "dama que escribe", ni una "dulce jovencita" ¿Qué mujer lo es? Mi ética, mi política, y mi estilo se mezclaron para volverme intocable. Se supone que las niñas inviten a ser tocadas, superficial o profundamente.

Pensé que la publicación de *Woman Hating* me situaría como una escritora de reconocido talento y entonces me sería posible publicar trabajos serios en revistas ostensiblemente serias. Me equivoqué. La publicación de *Woman Hating,* por la que me sentí llena de júbilo, fue el inicio de una caída que continuó hasta 1981, cuando publiqué *Pornography: Men possesing Women*. La editorial que publicó *Woman Hating* no gustaba del libro: decir esto es bajarle el perfil considerablemente. No se suponía que dijera, por ejemplo, "las mujeres son violadas". Se suponía que dijera "ciertas mujeres de ojos verdes, con una pierna más larga que la otra, pelo entre los dientes, con *poodles* franceses y un gusto por los vegetales salteados, son violadas ocasionalmente los días viernes por personas". Fue duro. Yo creía tener el derecho a decir lo que quería. Mis deseos no eran particularmente rebuscados: mis fuentes eran la historia, hechos, experiencias. Fui criada en una tradición de literatura casi exclusivamente de hombres, y esa tradición, con sus faltas, no enseñaba sutileza y miedo: los escritores que admiraba eran directos y no particularmente amables. No comprendía que -incluso como escritora- se suponía que fuese delicada, frágil, intuitiva, personal, introspectiva. Yo quería vivir en el mundo público de la acción, no el mundo privado de los sentimientos. Mi ambición era percibida como de megalomanía -en el ambiente equivocado, incluso demencial. Sí, era inocente. No conocía mi lugar. Sabía que me rebelaba contra la vida, pero no sabía que la literatura tenía las mismas lamentables limitaciones, las mismas reglas absurdas, las mismas crueles proscripciones*. Era fácil tratar conmigo: era una perra. Y mi libro fue saboteado. Quienes lo publicaron simplemente se negaban a completar las órdenes. Los vendedores de libros lo querían pero no podían obtenerlo. Los críticos ignoraron el libro, relegándome a la invisibilidad, la pobreza y el fracaso. El primer discurso en *Nuestra Sangre* ("*Feminismo, Arte y mi madre Sylvia*") fue escrito antes de la publicación de *Woman Hating* y refleja el profundo optimismo que sentía en ese tiempo. Hacia octubre, la época del segundo discurso en *Nuestra Sangre* ("*Renunciando a la 'Equidad' Sexual*"), supe que vendrían tiempos difíciles, pero no sabía aún cuán difíciles serían.

*Se me advirtió temprano acerca de lo que significa ser una niña, pero no escuché. "Escribes como hombre" me dijo un editor luego de leer un borrador de los primeros capítulos de *Woman Hating*, "Cuando aprendas a escribir como mujer, consideraremos publicarte". Esta advertencia me recordó a un consejero de la secundaria, quien me preguntó, acercándose ya la graduación, qué tenía planeado ser de grande. Una

escritora, dije. Bajó la mirada, luego me miró seriamente. Él sabía que yo quería ir a una universidad excelente; sabía que era ambiciosa. "Lo que tienes que hacer", dijo él, "es ir a una universidad estatal -no hay razón para que vayas a otro lugar- y convertirte en profesora, así tendrás algo para cuando tu esposo muera". Esta historia no es apócrifa. Me sucedió a mí y a incontables otras. Pensaba que tanto el consejero guía como el editor eran estúpidos, individualmente estúpidos. Me equivoqué. No eran *individualmente* estúpidos.

"*Renunciando a la 'Equidad' Sexual*" fue escrito para la *Organización Nacional de Mujeres* para la *Conferencia sobre Sexualidad* que tuvo lugar en la ciudad de Nueva York, el 12 de octubre de 1974. Hablé al final de una conferencia de 3 horas sobre sexo: mujeres hablando sobre sus experiencias sexuales, sentimientos, valores. Hubo exactamente mil cien mujeres en la audiencia; ningún hombre. Para cuándo terminé, mil cien mujeres se pusieron de pie. Las mujeres lloraban y temblaban y gritaban. El aplauso duró casi diez minutos. Fue una de las experiencias más sorprendentes de mi vida. Muchas de las charlas que daba recibieron ovaciones de pie, y ésta no era la primera, pero nunca le hablé a una audiencia tan grande, y lo que dije contradecía fuertemente mucho de lo que había sido dicho antes de que yo hablara. Así que la respuesta fue increíble y sobrecogedora para mí. La cobertura del discurso me sobrecogió también. Una revista semanal de Nueva York público dos veces vilipendiándome. Una vez, la autora era mujer que estuvo presente durante el discurso, al menos. Sugirió que los hombres morirían con las "pelotas azules" si alguna vez alguien me tomaba en serio. La otra, se trataba de un hombre que no estuvo presente; había oído a unas mujeres hablando en la entrada. Él estaba "enfurecido". No soportaba la posibilidad de que "una mujer pueda considerar masoquista su consentimiento a ser el medio para mi desahogo". Ese era el peligro "que la ideología de Dworkin representa". Bueno, sí; pero tanto ella como él distorsionaron viciosamente lo que en verdad dije. Muchas mujeres, incluyendo algunas escritoras bastante famosas, enviaron cartas deplorando la falta de justicia y honestidad de ambos artículos. Ninguna de esas cartas fue publicada. En cambio, cartas de hombres que no estuvieron presentes sí fueron publicadas; uno de ellos comparó mi discurso a la *Solución Final* de Hitler. Usé las palabras "pene" y "flácido" una después de la otra: "pene flácido". Tal combinación causó furia; ofendió tan profundamente que ameritó ser comparada con un genocidio. Nada de lo que dije acerca de las mujeres fue mencionado, ni siquiera de pasada. El discurso era sobre las mujeres. La publicación semanal en cuestión no ha publicado jamás uno de mis artículos o una reseña de un libro mío, o dado cobertura a alguno de mis discursos (aún cuando algunos fueron grandes eventos en Nueva York).

*La furia en esos artículos simplemente saturó la industria editorial, y mi trabajo fue puesto contra la pared. Las audiencias a lo largo del país, mujeres en su mayoría, y también hombres, continuaron poniéndose de pie; pero los diarios de los que una esperaría notaran a una escritora política como yo, o un fenómeno como lo fueron esos discursos, rehusaron reconocer mi existencia. Hubo dos ocasionales excepciones, aunque notables: *Ms.* y *Mother Jones*.

*Después de que *Nuestra Sangre* se publicara, fui a esa misma publicación semanal a rogar -sí, rogar- por algo de atención para el libro, que estaba muriendo. El escritor cuyo propio "lanzamiento" se vio amenazado por "Renunciando a la 'Equidad' Sexual", me pidió una reunión. Me dijo, una y otra vez, cuán verdaderamente hermoso era *Nuestra Sangre*. "Ya sabes—um—um" dijo, "ese -um, um- ese discurso que está en *Nuestra Sangre* -ya sabes, ese que escribiste". "Tan hermoso", dijo "Tan hermoso". El editor en jefe de ese semanal me escribió diciendo que *Nuestra Sangre* era tan perfecto, tan conmovedor. Pero en esas páginas *Nuestra Sangre* no recibió ayuda, ni siquiera una mención.

En los años que siguieron a la publicación de *Woman Hating*, el libro comenzó a ser considerado un clásico feminista. El honor en esto será aparente solo a quienes valoren *Una Reivindicación de los Derechos de las Mujeres* de Mary Wollstonecraft o *La Biblia de la Mujer* de Elizabeth Candy Stanton. Fue un gran honor. Solo las feministas fueron las responsables de que *Woman Hating* sobreviviera. Las feministas ocuparon las oficinas de los editores de *Woman Hating* exigiendo que se publicara en papel. Phyllis Chesler contactó a escritoras feministas de reputación a lo largo del país para pedir apoyo por escrito al libro. Esas escritoras respondieron con impactante generosidad. Los diarios feministas reportaron que el libro estaba agotado. Las feministas que trabajaban en librerías revisaron las bodegas de los distribuidores en busca de copias, y escribieron una y otra vez a los editores para exigir el libro. Los Estudios de la Mujer en las universidades comenzaron a utilizarlo. Las mujeres se pasaban el libro de mano en mano, compraban dos y tres y cuatro copias cuando las encontraban para dárselas a sus amigas. Aún cuando el editor de *Woman Hating* me dijo que era "mediocre", la presión finalmente resultó en una edición en papel en 1976: dos mil quinientas copias fueron impresas y distribuidas, más o menos. Los problemas con la distribución continuaron, y las librerías, que reportaron vender constantemente el libro cuando lo tenían, tuvieron que esperar meses para cumplir con los pedidos. Ahora, *Woman Hating* está en su quinta edición. El libro no es otra pieza perdida de la literatura de las mujeres, solo porque las feministas no se rindieron. De un modo, esta historia va directo al corazón, porque demuestra lo que el activismo puede lograr, incluso en la Tierra de las Editoriales Amerikanas. Pero yo no tenía donde ir, ningún lugar donde seguir siendo escritora. Así que me volqué a la aventura -hacia los grupos de mujeres que me ofrecieron un sombrero para juntar dinero al final de mis discursos, hacia las escuelas donde las estudiantes feministas lucharon para que se me pagaran al menos cien dólares, hacia las conferencias donde las mujeres vendían camisetas para pagarme. Me tomaba semanas o meses escribir un discurso. Viajaba en bus largas, agotadoras horas, para hacer lo que a los ojos de otros parecía ser el trabajo de una sola tarde y dormía donde fuera que hubiese cupo. Como padecía de insomnio, no dormía mucho. Las mujeres compartían sus casas, su comida, sus corazones conmigo, y conocí mujeres en todas las circunstancias, mujeres buenas y mujeres crueles, mujeres valientes y mujeres aterradas. Y las mujeres que conocí habían sufrido cada crimen, cada indignidad: yo escuché. "*La Atrocidad de la*

Violación y el Chico de al Lado" (en este volumen) provocaba siempre la misma respuesta: oí violación tras violación; las vidas de las mujeres pasaron frente a mí, violación tras violación; las mujeres fueron violadas en casas, autos, playas, callejones, salas de clase, por un hombre, por dos hombres, por cinco hombres, por ocho hombres, golpeadas, drogadas, apuñaladas, mujeres que estaban durmiendo, mujeres que estaban con sus hijas o hijos, mujeres que salieron a caminar o comprar o iban de camino al colegio o de camino a sus casas o que estaban trabajando en sus oficinas o en fábricas o bodegas, mujeres jóvenes, niñas, mujeres mayores, mujeres delgadas, mujeres gordas, dueñas de casa, secretarias, prostitutas, profesoras, estudiantes. No pude soportarlo, simplemente. Así que deje de dar ese discurso. Aprendí lo que debía aprender, y más de lo que podía aguantar saber.

Mi vida en la carretera era una agotadora mixtura de bueno y malo, de ridículo y sublime. Un ejemplo bastante típico: en mi cumpleaños veintinueve, di la última lectura en *Nuestra Sangre* ("*La Causa Raíz*", mi favorita). La escribí como regalo de cumpleaños para mí misma. La lectura fue auspiciada por un colectivo político de Boston. Se suponía que me proveerían de transporte y alojamiento, y porque era mi cumpleaños y quería estar con mi familia, eso incluía a un amigo y nuestro perro. Me ofrecí a ir en otro momento pero me querían allí -en familia. Uno de los miembros del colectivo condujo hasta Nueva York bajo la tormenta eléctrica más horrible que jamás había visto, para recogernos y llevarnos a Boston. Los otros autos en el camino eran manchas borrosas rojas aquí y allá. El conductor estaba exhausto, era imposible ver; y al conductor no le gustaba mi postura política. Él me preguntaba acerca de varias teorías psicoanalíticas, ninguna de las cuales tuve la ocurrencia de apreciar. Yo seguía tratando de cambiar el tema -él insistía en que le dijera qué pensaba de esto y aquello- cada vez que me veía tan acorralada que necesariamente debía responder, él pisoteaba el acelerador. Pensé que probablemente moriríamos por la fatiga y furia del conductor y el diluvio. Llegamos una hora tarde y la audiencia, apretujada, esperó. La acústica en la habitación era genial, lo que acentuó no solo mi voz sino también el aullido interminable de mi perro, el que finalmente se escurrió entre la multitud para luego sentarse en el escenario durante la fase de preguntas y respuestas. La audiencia fue fabulosa: involucrada, seria, desafiante. Muchas de las ideas en la lectura eran nuevas y, ya que confrontaban directamente la naturaleza política de la supremacía masculina, causaban rabia. La mujer con quién se suponía que nos quedáramos y la que era responsable de nuestro viaje a casa, estaba tan furiosa que huyó, para nunca regresar. Estábamos varadas, sin dinero, sin saber dónde acudir. Una persona sola puede estar varada y arreglárselas, aún cuando sea difícil; dos personas y un pastor alemán y sin dinero son un desastre. Finalmente, una mujer a la que conocía un poco, nos acogió y prestó dinero para volver. Trabajar (es un trabajo demandante, intenso y difícil) y viajar bajo tales infinitamente pobres circunstancias requiere que una desarrolle cierto afecto por la comedia barata y el

melodrama repulsivo. Yo nunca pude. En cambio, me cansé y desmoralicé. Y me volví incluso más pobre, porque nadie nunca podía permitirse pagarme por el tiempo que me tomaba en escribir.

No exigí cuotas realistas, acomodaciones ciertas, o viajes seguros a cambio de mi trabajo, sino hasta después de la publicación de *Nuestra Sangre*. Traté de forma intermitente y fallé, épicamente. Sentí que de verdad había entrado a la mitad de mi vida. Esto presentó nuevos problemas para las organizadoras feministas que tenían escaso acceso al material dentro de sus comunidades. También me resultó problemático. Por mucho tiempo no tuve trabajo, así que me volví más y más pobre. Nadie, excepto yo, le veía sentido: si no tienes nada y alguien te ofrece algo, ¿cómo puedes rechazarlo? Pero lo hice, porque sabía que jamás podría sustentarme con mi trabajo a menos que tomase una posición firme. Tenía una muy buena y creciente reputación por dar discursos y como escritora; pero aún así, no había dinero para mí. Cuando comencé a cobrar, ciertas mujeres me respondieron, enojadas: "¿Cómo puede la autora de *Woman Hating* ser una cerda capitalista?", preguntó una en una carta casi obscena. Quien escribió la carta se iba a vivir a una granja y no quería tener nada que ver con capitalistas de mierda y extrañas feministas burguesas. Bueno, le escribí de vuelta. Yo no vivía en una granja y tampoco quería hacerlo. Compraba comida en el supermercado y pagaba la renta a un arrendador y quería escribir libros. Respondí a todas las furiosas cartas. Traté de explicar la política de obtener dinero, especialmente de parte de colleges y universidades: el dinero estaba ahí; era difícil de obtener; ¿por qué debería ser para Phyllis Schlafly o William F. Buckley Jr? Yo tenía que vivir y tenía que escribir. Sin duda mis escritos importaban, a ellos les importaban o yo les importaba: ¿acaso querían que parara de escribir? Necesitaba dinero para escribir. Ya había hecho los trabajos más detestables y vivía en la pobreza real, no la romántica. Me di cuenta que el esfuerzo de explicar esto verdaderamente ayudaba -no siempre, y aún así resurgía resentimiento, pero lo suficiente como para hacerme ver que explicar, aunque finalmente no convenciera, valía la pena. Incluso si no se me pagaba, a alguien más sí. Después de un largo y vacío período, comencé a dar clases otra vez. Lo hice de forma errática y nunca me dio lo suficiente para vivir, estaba en lo que yo llamo pobreza estable, aún cuando cobraba alto. Muchas activistas feministas luchaban por conseguir el dinero y algunas veces lo lograron. Así que me las arreglaba -amigos me prestaban dinero, a veces llegaban donaciones anónimas por correo, mujeres me daban cheques luego de mis discursos y se negaban a que los rechazara, escritoras feministas me hacían regalos en dinero y también me lo prestaban, mujeres pelearon amargas e increíbles batallas contra comités y administradores de institutos y facultades para que se me contratara y pagara. El movimiento de las mujeres me mantuvo con vida. No viví bien o segura o con facilidad, pero no dejé de escribir, tampoco. Sigo extremadamente agradecida de aquellas que

hicieron ese esfuerzo extra por mí. Decidí publicar las charlas en *Nuestra Sangre* porque estaba desesperada por dinero, las revistas aún permanecían cerradas para mí, y estaba viviendo de la caridad del camino. Un libro era mi única oportunidad.

A la editora que decidió publicar *Nuestra Sangre* no le gustaba mi política particularmente, pero sí mi prosa. Estaba feliz de que me apreciara como escritora. La compañía era la única casa editorial con sindicato en Nueva York y también tenía un grupo activo de mujeres. Las empleadas fueron universalmente maravillosas conmigo - vivazmente interesadas en el feminismo, conscientes y amables. Me invitaron a dar una charla a los empleados y empleadas en el Día de la Mujer, un poco después de la publicación de *Nuestra Sangre*. Discutí la presunción sistemática del dominio de los hombres sobre los cuerpos y la labor de las mujeres, la realidad material de ese dominio, la degradación económica del trabajo de las mujeres. (La charla fue publicada posteriormente bajo el título "*Phallic Imperialism*" [Imperialismo fálico] en *Ms.*, en diciembre de 1976). Algunos hombres vestidos de traje se sentaron estoicamente durante el discurso, tomando notas. Ese, no es necesario decirlo, fue el final de *Nuestra Sangre*. Hubo otro evento revelador: el director de uno de los departamentos le tiró el manuscrito de *Nuestra Sangre* a mi editora por encima de la mesa. "No reconoce la ternura de los hombres", dijo él. No sé si hizo la observación antes o después de lanzar el manuscrito. *Nuestra Sangre* fue publicado en 1976. La única reseña que obtuvo en una plataforma grande fue en *Ms.*, muchos meses después de que el libro ya no estuviera en las librerías. Era delirante. De otro lado, el libro fue ignorado: pero a propósito, maliciosamente. Gloria Steinem, Robin Morgan y Karen De-Crow trataron sin éxito de publicar reseñas. Contacté a casi cien escritoras feministas, activistas, editoras. Una gran mayoría hizo incontables esfuerzos para reseñar el libro. Algunas pudieron presentarlas en publicaciones feministas, pero incluso aquellas que frecuentemente publicaban en cualquier otro lugar, no lograron sacar reseñas. Nadie podía romper el gran silencio.

Nuestra Sangre fue enviado prácticamente a todas las imprentas de Estados Unidos, a veces más de una vez, durante algunos años. Ninguna lo publicó. Por tanto, es con mucha alegría, y un inestable sentido de victoria, que presento su publicación en esta edición. Siento un aprecio especial por este libro. La mayoría de las feministas que conozco que han leído *Nuestra Sangre* me han dicho que sienten un afecto especial y respeto por él. Tiene, creo yo, algo bastante hermoso y único. Tal vez es porque fue escrito para una voz humana. Tal vez es porque tuve que pelear tanto por decir lo que en él consta. Tal vez es porque *Nuestra Sangre* ha tocado las vidas de tantas mujeres directamente: ha sido declamado una y otra vez a mujeres reales y la experiencia de decir las palabras ha informado su escritura. *Woman Hating* fue escrito por una escritora más joven, una más descuidada y esperanzada.

Este libro es más disciplinado, más sombrío, más riguroso, y en algunas formas, más apasionado. Estoy feliz de que ahora alcanzará una audiencia más grande, y lamento que haya tardado tanto.

Andrea Dworkin

Nueva York

Marzo, 1981.

1. Feminismo, Arte y Mi Madre Sylvia.

[Entregado en Smith College, Northampton, Massachusetts, 16 de Abril de 1974]

Estoy muy feliz de estar aquí hoy. No es menor para mí estar aquí. Hay muchos otros lugares en los que podría estar. Esto no es lo que mi madre tenía planeado para mí.

Quiero contarles algo acerca de mi madre. Su nombre es Sylvia. El apellido de su padre es Spiegel. El apellido de su esposo es Dworkin. Ella tiene cincuenta y nueve años, mi madre, y tan solo unos meses atrás sufrió un ataque cardíaco. Se recuperó y ahora está de vuelta en su trabajo. Es secretaria en un colegio. Ha sido paciente cardíaca casi toda su vida, y toda mi vida. De niña, tuvo fiebre reumática. Dice que su problema real comenzó cuando estaba embarazada, esperando a mi hermano Mark, y le dio neumonía. Después de eso, su vida fue una miseria llena de enfermedad. Luego de años de debilitantes malestares -fallos al corazón, reacciones tóxicas a las drogas que la mantenían con vida- se sometió a una cirugía al corazón, entonces tuvo un coágulo cerebral, un derrame, que le robó su habilidad para hablar por un largo tiempo. Se recuperó de su cirugía. Se recuperó del derrame, aunque aún habla más lento de lo que piensa. En ese entonces, ocho años atrás, tuvo un ataque al corazón. Se recuperó. Luego, unos meses atrás tuvo otro ataque. Se recuperó.

Mi madre nació en Jersey, Nueva Jersey, fue la segunda de siete hijas e hijos, dos niños, cinco niñas. Sus padres, Sadie y Edward, que eran primos, vinieron de algún lugar de Hungría. Su padre murió antes de que yo naciera. Su madre tiene ochenta años. No hay forma de saber con certeza si el corazón de mi madre hubiese fallado de haber nacido en una familia adinerada. Sospecho que no, pero no lo sé. Tampoco hay forma de saber, por supuesto, si ella hubiera recibido un tratamiento médico diferente de no ser niña. Sin embargo todo sucedió de la forma en que sucedió, y fue así que ha estado muy enferma la mayor parte de su vida. Ya que era una niña, nadie la animó a leer libros (aunque me cuenta que amaba leer y no recuerda cuándo o por qué dejó de hacerlo); nadie la animó a ir a la universidad o a considerar los problemas del mundo en que vivía. Como su familia era pobre, tuvo que trabajar tan pronto terminó el colegio. Trabajó como secretaria de tiempo completo, y los sábados y algunas tardes hacía trabajos de medio tiempo como promotora en una tienda departamental. Entonces se casó con mi padre.

Mi padre era profesor en un colegio y también trabajaba de noche en la oficina de correos, porque tenía deudas médicas qué pagar. Debia mantener viva a mi madre, y tenía también una hija y un hijo a los que criar. Afirmo, junto a Joseph Chaikin en *The Presence of the Actor*: "la realidad económica-médica en este país es emblemática del sistema, que literalmente escoge quién sobrevive. Renuncio al inequitativo sistema económico de mi gobierno."

Otros, debo hacer notar, han tenido menos que nosotros. Otros que no eran mi madre pero que estuvieron en su misma situación mueren y murieron. Yo también renuncio a este gobierno porque los pobres mueren, y no son solo víctimas de enfermedades al corazón, al riñón, o de cáncer -son víctimas de un sistema en que la consulta médica cuesta veinticinco dólares y la cirugía, cinco mil. Cuando yo tenía 12 años, mi madre resurgió de la cirugía al corazón y el derrame que le robó las palabras. Allí estaba, una madre, de pie y dando órdenes. Tuvimos dificultades entre nosotras. Yo no sabía quién era ella, o qué quería de mí. Ella no sabía quién era yo, pero tenía ideas definidas sobre quién debería ser. Ella tenía, pensaba yo, una actitud hacia el mundo tonta, casi estúpida. Para cuándo tuve doce años, sabía que quería ser escritora o abogada. No fui criada por mi madre, en realidad, así que ciertas ideas no me alcanzaron. No quería ser una esposa, no quería ser una madre. Fue mi padre quien me crío, aunque no lo veía mucho. Mi padre valoraba los libros y el diálogo intelectual. Él era hijo de inmigrantes rusos, y ellos querían que él fuera médico. Ese era el sueño de su madre y su padre. Él era un hijo devoto y así, aún cuando deseaba estudiar historia, hizo un curso pre-médico en la universidad. Era muy quisquilloso como para soportarlo. La sangre lo ponía enfermo. Así que, después de pre-medicina, se encontró a sí mismo, por casi veinte años, enseñando ciencias, lo que no le gustaba, en vez de historia, que amaba. Durante los años trabajando en lo que no le gustaba, se prometió a sí mismo que su hija e hijo serían tan educados como fuese posible y, sin importar lo que requiriera de su parte, sin importar qué clase de juramento o trabajo o dinero fuese necesario, su hija e hijo se convertirían en lo que fuera que quisieran. Mi padre hizo de nosotros su arte, y se dedicó a criarnos para convertirnos en lo que fuera que pudiéramos. No sé por qué no hizo distinción entre su niño y su niña, pero no lo hizo. No sé por qué, desde el inicio, me dio libros para leer, y me hablaba de todas sus ideas, y regó cada ambición que tuve de modo que pudiera germinar y crecer -pero lo hizo.*

**Mi madre me recordó que ella me llevaba a las librerías y que también siempre me animó a leer. Olvidé este recuerdo temprano porque, en tanto crecí, ella y yo tuvimos algunos conflictos respecto a los libros que yo insistía en leer, aunque ella jamás evitó que los leyera.*

Durante una época de mi adolescencia, los libros significaron para mí, en parte, mi superioridad intelectual sobre mi madre, quien no leía, y mi compañerismo con mi padre, quien sí leía.

Así que en nuestra casa, mi madre no era una influencia. Mi padre, cuyo gran amor era la historia, cuya devoción era la educación y el diálogo intelectual, marcó el ritmo y nos enseñó, a mi hermano y a mí, que debíamos involucrarnos con el mundo. Tenía todo un conjunto de ideas y principios que nos enseñó con sus palabras y acciones. Él creía, por ejemplo, en la equidad racial y la integración, cuando esas creencias eran vistas como absolutamente aberrantes por todos sus vecinos, familia y amigos. Cuando yo, a la edad de quince, declaré en una reunión familiar que si quisiera casarme me casaría con quién yo quisiera, independiente del color de piel, la respuesta de mi padre ante esa aireada asamblea fue que no esperaba menos de mí. Era un libertario civil. Creía en los sindicatos y luchó duramente para sindicalizar a los profesores -una noción nada popular en esos días ya que los profesores querían verse a sí mismos como profesionales. Nos enseñó los principios de la *Carta de Derechos Fundamentales*, los que ahora no son tenidos en alta estima por la mayoría de los amerikanos -esto es, una dedicación absoluta a la libertad de expresión en todas sus formas, igualdad ante la ley y equidad racial.

Adoraba a mi padre, pero no sentía simpatía por mi madre. Sabía que era físicamente valiente -mi padre me lo dijo una y otra vez- pero ella no me parecía ningún héroe hercúleo. Ninguna mujer jamás lo fue, hasta donde sabía. Ella parecía pequeña y provinciana. Recuerdo que una vez, en medio de una terrible discusión, me dijo, su voz como una roca: "tú crees que soy estúpida". Lo negué entonces, pero hoy sé que ella tenía razón. Y de hecho, ¿qué más podría una pensar de una persona cuya única preocupación era que yo ordenara mi pieza o usara cierta ropa o peinara mi cabello? Yo tenía, ciertamente, buenas razones para pensar que ella era estúpida y horrible y miserable, y despreciable, incluso: Edward Albee, Philip Wylie, y ese gran artista Sigmund Freud me lo dijeron. Las madres, me parecía, eran las personas más prescindibles -nadie tenía una buena opinión de ellas, ciertamente no los grandes escritores del pasado, ciertamente no los emocionantes escritores del presente. Y así, aunque esta mujer, mi madre, presente o ausente, era el centro de mi vida en tantas formas inexplicables, poderosas, imposibles de situar, yo la experimenté solo como alguien ignorante e irritante, alguien sin gracia, pasión o sabiduría. Cuando me casé en 1969 me sentí libre -libre de mi madre, sus prejuicios, sus exigencias ignorantes.

Cuento todo esto porque esta historia tiene, posiblemente por primera vez en la Historia, un final más feliz del que una esperaría.

¿Recuerdan que en *Por Quién Doblan Las Campanas* de Hemingway, a María se le pregunta acerca de cómo era que hacía el amor con Robert y la tierra se movió? Para mí, también, en mi vida, la tierra se ha movido algunas veces. La primera vez que se movió yo tenía diez. Iba a la Escuela Hebrea, pero estaba cerrada, día de luto por los seis millones asesinados por los Nazis. Así que fui a ver a mi prima que vivía cerca. Ella temblaba, llorando, gritando, vomitando. Me dijo que era abril y en abril su hermana menor fue asesinada frente a ella, y otra hermana, una infante, tuvo una terrible muerte, les rasuraron la cabeza -déjenme decir solamente que me contó lo que le pasó en el campo de concentración Nazi. Dijo que cada abril recordaba, como en una pesadilla de terror, lo que le había sucedido ese mes tantos años atrás, y que cada abril temblaba, lloraba, gritaba y vomitaba. La tierra se movió entonces.

La segunda vez que la tierra se movió para mí fue cuando tenía dieciocho años y pasé cuatro días en la Casa de Detención de Mujeres en Nueva York. Fui arrestada en una manifestación en contra del genocidio de Indochina. Pasé cuatro días y cuatro noches en la suciedad y el terror de esa cárcel. Ahí, dos médicos me hicieron un brutal examen interno. Tuve hemorragia durante quince días luego de eso. La tierra se movió entonces.

La tercera vez que la tierra se movió para mí fue cuando me volví feminista. No ocurrió un día en particular, o mediante una sola experiencia. Tenía que ver con esa tarde cuando tenía diez años y mi prima puso el sufrimiento de su vida en mis manos; tuvo que ver con esa cárcel de mujeres, y tres años de un matrimonio que comenzó como amistad y terminó en desesperación. Pasó en algún momento después de dejar a mi marido, cuando vivía en la pobreza y con gran angustia emocional. Pasó lentamente, poco a poco. Una semana después de dejar a mi ex-esposo comencé a escribir mi primer libro, el libro que ahora se llama *Woman Hating*. Quería averiguar qué me ocurrió en mi matrimonio y en las mil una instancias de mi vida diaria en las que parecía que era tratada como sub-humana. Sentía que yo era profundamente masoquista, pero que mi masoquismo no era personal -cada mujer que conocí vivía en un profundo masoquismo. Quería saber por qué. Sabía que ese masoquismo no me lo enseñó mi padre, y que mi madre no fue mi profesora inmediata. Así que comencé en lo que parecía el único lugar aparente -con la *Historia de O*, un libro que me movió profundamente. Desde ese inicio observé otra pornografía, cuentos de hadas, mil años de vendaje de pies en China, y la masacre de nueve millones de brujas. Aprendí algo acerca de la naturaleza del mundo que había permanecido oculta para mí -vi un desprecio sistemático hacia las mujeres que saturaba cada institución de la sociedad, cada órgano cultural, cada expresión del ser humano. Y vi que yo era una mujer, una persona que se enfrentaba a ese desprecio sistemático en cada esquina, en cada sala, en cada intercambio humano. Como me volví una mujer que sabía que era mujer, esto es, ya que me

volví feminista, comencé a hablar con mujeres por primera vez en mi vida, y una de las mujeres con las que empecé a hablar fue mi madre. Llegué a su vida a través del largo, oscuro túnel de la mía. Comencé a ver quién era ella al tiempo en que veía el mundo que la formó. Llegué a ella, ya no sintiendo pena de la pobreza de su intelecto, sino encontrándome aturdida por la calidad de su inteligencia. Llegué a ella, ya no convencida de su estupidez y trivialidad, sino impresionada por la calidad de su fuerza. Llegué a ella, ya no sintiéndome moralmente mejor y superior, sino como una hermana, otra mujer cuya vida, de no ser por la gracia de un padre feminista y la lucha común de mis hermanas feministas, hubiera sido repetición de la suya -efectivamente, llegué a reconocer que mi madre era orgullosa, fuerte y honesta. Para cuando tenía veintiséis, ya había visto lo suficiente del mundo y sus problemas para saber que orgullo, fuerza e integridad son virtudes que deben ser honradas. Y porque fui hacia ella de una forma nueva, ella llegó a mí, cuales sea que fueran nuestras dificultades, y no eran tantas, ahora ella es mi madre, y yo soy su hija, y ambas somos hermanas.

Me pidieron hablar de arte y feminismo, ¿hay un arte feminista?, y de ser así ¿qué es? Durante todo el tiempo en que los escritores han escrito, hasta hoy, ha existido un arte masculinista -arte que sirve a los hombres en un mundo hecho para hombres. Ese arte ha degradado a las mujeres. Nos ha caracterizado, casi sin excepción, como seres amputados, de empobrecida sensibilidad, gente trivial con preocupaciones triviales. Ha estado, casi sin excepción, imbuido de una misoginia tan profunda, una misoginia que es de hecho su visión del mundo; casi todas nosotras, hasta hoy, hemos pensado que así es el mundo, que así es cómo las mujeres somos.

Me pregunto a mí misma, ¿qué aprendí de todos esos libros que leí mientras crecía?, ¿aprendí algo real o algo verdadero acerca de las mujeres?, ¿aprendí algo real o verdadero acerca de las mujeres y los cientos de años en que vivieron?, ¿iluminaron esos libros mi vida, o la vida misma, en alguna forma útil, o profunda, o generosa, o rica, o con textura, o auténtica? No lo creo. Creo que ese arte, esos libros, me habrían robado la vida, tal como el mundo al que sirven se la robó a mi madre.

Theodore Roethke, se nos dice, fue un gran poeta, un poeta de condición masculina, insistiría yo, que escribió: "*dos de los cargos más frecuentemente hechos por las mujeres en contra de la poesía, son falta de amplitud -en el objeto, en el tono emocional-y falta de sentido del humor. Y uno podría, en instancias individuales entre escritores de real talento, añadir otro fallo estético y moral: las volteretas; el bordado de temas triviales; una preocupación por las meras superficies de la vida -esa es una provincia especial del talento femenino en la prosa- ocultándose de las verdaderas agonías del espíritu;*

rehusándose a enfrentar lo que la existencia es; posturas líricas o religiosas; corriendo entre el tocador y el altar, estampando un diminuto pie contra Dios; o deteniéndose en una sentencia que implica que el autor ha recibido y re-inventado la integridad; dependiendo excesivamente del Destino, hablan sobre el clima; lamentándose de las otras mujeres…y así". Lo que caracteriza al arte masculino, y los hombres que lo hacen, es misoginia -y enfrentada a la misoginia, será mejor que alguna re-invente la integridad.

Ellos, los masculinistas, nos han dicho que escriben acerca de la condición humana, que sus temas son los grandes temas -amor, muerte, heroísmo, sufrimiento, la historia misma. Nos han dicho que nuestros temas -amor, muerte, heroísmo, sufrimiento, la historia misma- son triviales porque nosotras somos, por nuestra propia naturaleza, triviales.

Renuncio al arte masculinista. No es arte que ilumine la condición humana -solamente ilumina, para vergüenza de los hombres, última y sinfín, el mundo masculinista- y en tanto vemos a nuestro alrededor, ese no es un mundo del que sentir orgullo. El arte masculinista, el arte de los hombres durante todos estos siglos, no es universal, o la explicación final acerca de qué es *ser* en el mundo. Es un arte, a fin de cuentas, descriptivo de un mundo en que las mujeres están subyugadas, subordinadas, esclavizadas, robadas de ser completas, distinguidas por su sola carnalidad, humilladas. Yo digo que mi vida no es trivial; mi lucha no es trivial. Tampoco lo fue la de mi madre, o la de su madre antes que ella. Renuncio a quienes odian a las mujeres, quienes las desprecian, quienes las ridiculizan y las pisotean, y al hacerlo, renuncio a la mayoría del arte, arte masculinista jamás creado.

Como feministas, nosotras habitamos el mundo de una manera nueva. Vemos el mundo de una nueva manera. Amenazamos con ponerlo de cabeza y al revés. Tratamos de cambiarlo tan enteramente que algún día los textos de escritores masculinistas serán curiosidades antropológicas. ¿De qué hablaba Mailer?, se preguntarán nuestras descendientes, si se topan con su trabajo en algún oscuro archivo. Y se asombrarán -anonadados, tristes- con la glorificación masculinista de la guerra; la mistificación masculinista del asesinar, mutilar, de la violencia, y el dolor; las máscaras torturadas del heroísmo fálico; la gran arrogancia de la supremacía fálica; la pobre calificación de madres e hijas, y así, de la vida misma. Preguntarán, ¿esa gente de verdad creía en esos dioses?

El arte feminista no es un pequeño arroyo que surge del gran río del arte "real". No es una grieta en una joya por lo demás inmaculada. Es, de forma bastante espectacular creo yo, un arte que no se basa en la subyugación de la otra mitad de la especie humana. Es arte que tomará los grandes temas humanos -amor, muerte, heroísmo, sufrimiento, la Historia misma- y los volverá humanos por completo. Puede que también, aunque nuestra

imaginación este tan mutilada ahora que somos incapaces de imaginarlo, al introducir un nuevo tema, uno tan fantástico y rico como los otros- deberíamos llamarlo "felicidad".

No podemos imaginar un mundo en que las mujeres no son consideradas triviales y despreciables, donde las mujeres no son pisoteadas, abusadas, explotadas, violadas, disminuidas incluso antes de nacer -y por tanto, no podemos saber qué clase de arte será producido en un mundo nuevo. Nuestro trabajo, que hará honor absoluto a esos siglos de mujeres hermanas, que vinieron antes que nosotras, dará vida a ese nuevo mundo. Será para nuestras niñas y niños, y para que sus hijas e hijos vivan en él.

2. Renunciando a la “Equidad” Sexual.

Equidad*: 1. El estado de ser igual; correspondencia en cantidad, grado, valor, rango, habilidad, etc. 2. De carácter uniforme, en motivo o superficie.*

Libertad*: 1. Estado de estar libre en vez de confinado o bajo restricción física…2. Exento de control externo, interferencia, regulación, etc. 3. Poder de determinar las acciones de uno, etc. 4. Philips, el poder de tomar decisiones o elecciones propias sin constricciones internas o externas; autonomía, auto-determinación…5. Libertad civil, en oposición a estar sujeto a un gobierno arbitrario o despótico. 6. Independencia política o nacional…8. Libertad personal, en oposición a servitud o esclavitud… -Sinónimo: LIBERACIÓN, INDEPENDENCIA, LIBERTAD se refieren a la ausencia de restricciones y la oportunidad de ejercer los derechos y poderes de uno, LIBERTAD enfatiza la oportunidad de ejercer los derechos de uno, poderes, deseos, o por el estilo…INDEPENDENCIA implica no solo falta de restricciones sino también la habilidad de permanecer solo, sin ser mantenido por otra cosa… – Antónimo. 1-3. Amarra. 5, 6, 8. Opresión.*

Justicia*: 1. La cualidad de ser justo; correcto, equidad, corrección moral…2. Correcto o dentro de la ley…3. El principio moral de determinar la conducta justa. 4. Conformidad a este principio, manifestado en la conducta; acción justa, trato o tratamiento….*

– Del diccionario Random House de la lengua Inglesa.

[Entregado en la Conferencia sobre Sexualidad para la Organización Nacional de Mujeres, en Nueva York, el 12 de Octubre de 1974]

En 1970, Kate Millet publicó *Política Sexual.* En ese libro nos probó a muchas de nosotras -quienes hubiéramos pasado la vida negándolo- que las relaciones sexuales, la literatura describiendo esas relaciones, la psicología explicando esas relaciones, los sistemas económicos que satisfacen las necesidades de esas relaciones, los sistemas religiosos que buscan controlar esas relaciones, son políticos. Ella nos mostró que todo lo que le sucede a una mujer en su vida, todo lo que la toca o moldea, es político.

Las mujeres que son feministas, esto es, las mujeres que comprendieron su análisis y vieron que explicaba mucho de sus vidas reales, han tratado de entender y han tratado de luchar en contra y transformar el sistema político llamado patriarcado, que explota nuestra labor, predetermina el dominio sobre nuestros cuerpos y determina el sentido de ser nosotras mismas desde que nacemos. Ninguna porción de la lucha es abstracta; ha tocado cada parte de nuestras vidas. Pero en ninguna otra parte nos ha tocado de forma más dolorosa y vívida que en aquellas áreas que llamamos “amor” y “sexo”. En el transcurso de

nuestra lucha para liberarnos de la opresión sistemática, se ha generado un serio debate entre nosotras y quiero traer esa discusión a esta habitación.

Algunas de nosotras nos hemos comprometido en todas las áreas, incluyendo aquellas llamadas amor y sexo para cumplir la meta de la *equidad,* esto es, el *estado de ser igual; correspondencia en grado, valor, rango, habilidad; uniformidad de carácter en motivo o superficie*. Otras, y yo apoyo esta postura, no creemos que la equidad sea una meta final apropiada, o suficiente, o moral, u honorable. Consideramos que ser iguales allí donde no existe justicia universal, o donde no hay libertad universal es, simplemente, ser iguales al opresor. Esto significaría alcanzar la "uniformidad de carácter en motivo o superficie".

En ningún lugar esto es más claro que en el área de la sexualidad. El modelo sexual del macho se basa en la polarización de la humanidad en hombre/mujer, amo/esclavo, agresor/víctima, activo/pasivo. Este modelo sexual masculino tiene cientos de años. La identidad misma de los hombres, su poder civil y económico, las formas de gobierno que han desarrollado, las guerras que han sostenido, están atadas de manera irrevocable. Todas las formas de dominación y sumisión, sean el hombre sobre la mujer, el blanco sobre el negro, el jefe sobre el trabajador, el rico sobre el pobre, están atadas irrevocablemente a la identidad el sexual de los hombres y derivan del modelo sexual masculino. Una vez que comprendemos esto, se vuelve claro que, de hecho, los hombres son dueños del acto sexual, del lenguaje que describe el sexo, de las mujeres a quienes cosifican. Los hombres han escrito el escenario de cualquier fantasía que hemos tenido o de cualquier acto sexual en que nos hemos involucrado.

Y no hay *libertad* o *justicia* en intercambiar el rol de la hembra por el rol del macho. Pero hay, sin duda, equidad. No hay *libertad* o *justicia* en usar el lenguaje de los hombres, el lenguaje de tu opresor, para describir la sexualidad. No hay *libertad* o *justicia*, no hay ni siquiera sentido común, en desarrollar una sensibilidad sexual masculina -una sensibilidad sexual que es agresiva, competitiva, cosificante y enfocada en la cantidad. Hay solo equidad. Creer que la libertad o justicia para las mujeres, o para cualquier mujer individual, pueden ser encontradas en imitar la sexualidad masculina, es engañarse a una misma y contribuir a la opresión de nuestras hermanas.

Muchas de nosotras quisiéramos creer que en los últimos cuatro años, o diez años, hemos revertido o al menos impedido esos hábitos y costumbres que existieron por miles de años antes -los hábitos y costumbres de la dominación masculina. No hay hechos o datos concretos para saberlo con certeza. Puede que se sientan mejor, puede que no, pero las

estadísticas muestran que las mujeres son más pobres que nunca, son más violadas y más asesinadas. Quiero sugerirles que comprometerse a lograr la equidad sexual con los hombres, es decir, a lograr una uniformidad de carácter en motivo o superficie, es comprometerse a volverse el rico en lugar de la pobre, el violador en lugar de la violada, el asesino en vez de la asesinada. Quiero pedirles que hagan un compromiso diferente -un compromiso para abolir la pobreza, la violación y el asesinato, esto es, un compromiso para terminar con el sistema de opresión llamado patriarcado, para acabar con el modelo sexual masculino en sí mismo.

El verdadero núcleo de la visión feminista, su semilla revolucionaria, si se quiere, tiene que ver con la abolición de todos los roles de sexo, esto es, una transformación absoluta de la sexualidad humana y de las instituciones que derivan de ella. En este sentido, *no es posible aplicar ninguna parte del modelo sexual masculino.* La equidad dentro del marco del modelo sexual masculino, sin importar cómo se reforme o modifique, puede solamente perpetuarlo, y a las injusticias y ataduras que son intrínsecas a él.

Yo sugiero que la transformación del modelo sexual masculino, bajo el cual todas nosotras laboramos y "amamos" comienza donde hay *congruencia*, no separación, una *congruencia* entre los sentimientos y los intereses eróticos; que comienza en lo que conocemos sobre la sexualidad de la mujer como distinta a la del hombre -caricias en el clítoris y sensibilidad, orgasmos múltiples, sensibilidad erótica en todo el cuerpo (que no necesita -y no debería- estar localizada o contenida en los genitales), en la ternura, en el respeto propio y mutuo absolutos. Para los hombres, sospecho, ésta transformación comienzan en lugar al que más le temen -esto es, un pene flácido. Pienso que los hombres tendrán que renunciar a sus preciosas erecciones y comenzar a hacer el amor como lo hacen juntas las mujeres. Estoy diciendo que los hombres tendrán que renunciar a sus personalidades falocénctricas, a los privilegios y los poderes dados a ellos desde que nacen como consecuencia de su anatomía, que tendrán que desprenderse de todo lo que ahora valoran como distintivamente "de hombre". Ninguna reforma o competencia de orgasmos, va a lograr esto.

He estado leyendo extractos del diario de Sofía Tolstoi, que encontré en un hermoso libro llamado a *Revelations: Diares of Women,* editado por Mary Jane Moffat y Charlotte Painter. Sofía Tolstoi escribió:

"*Lo principal no es amar. ¡Mira lo que he hecho amándolo tan profundamente! Es tan doloroso y humillante; pero él piensa que es una tontería. "Dices una cosa y siempre haces otra". Pero cuál es el punto de discutir de esa manera superior, cuando no queda nada en*

mí, más que humillante amor y un mal carácter, y estas dos cosas han sido la causa de todos mis infortunios. Ya que mi carácter siempre ha interferido con mi amor. No deseo nada más que su amor y simpatía, no me los va a dar; y todo mi orgullo está atrapado en el barro y no soy nada más que un gusano aplastado y miserable que nadie quiere y que nadie ama, una criatura inútil, con nauseas matutinas, una barriga enorme, dos dientes podridos, un mal carácter, un apaleado sentido de dignidad, y un amor que nadie quiere y que casi me vuelve loca".

¿Alguien cree realmente que las cosas han cambiado tanto desde que Sofía Tolstoi escribió esto en su diario el 25 de octubre de 1886? ¿Y qué le dirían si viniese aquí hoy, si acudiera a sus hermanas?, ¿le hubieran entregado un vibrador y enseñado cómo usarlo?, ¿le darían las mejores técnicas de felación que tal vez complazcan al Sr. Tolstoi?, ¿le sugerirían que la salvación yace en volverse una "atleta sexual"?, ¿que debiera probar cosas nuevas?, ¿que debería tener tantos amantes como León?, ¿le dirían que comenzara a pensar en sí misma como una "persona" y no como una mujer?

¿O tal vez hubiesen encontrado el coraje, la decisión, la convicción de ser realmente sus hermanas -para ayudarla a divorciarse de la larga oscuridad de las sombras de él, para unirse con ella en cambiar la organización y la textura mismas de este mundo construido aún en 1974 para servirle a él, para forzarla a ella a servirle?

Les sugiero que Sofía Tolstoi está aquí hoy, en los cuerpos y en las vidas de muchas hermanas. No le fallen.

3. Recordando a las Brujas.

[Entregado en la ciudad de Nueva York, para la Organización Nacional de Mujeres, el 31 de Octubre de 1974]

Dedico esta charla a Elizabeth Gould Davis, autora de *El Primer Sexo*, que se suicidó varios meses atrás y que hacia el final de su vida fue víctima de violación; a Ana Sexton, poetiza, que se suicidó el 4 de Octubre de 1974; a Inés García, de treinta años, esposa y madre, que hace unas semanas, en California, fue sentenciada a cinco años de prisión por matar al hombre de trescientos kilos que la violó; y a Eva Diamond, de veintiséis años, cuyo bebé le fue arrebatado cuando se le declaró poco apta para ser madre, al ser condenada por fraude y quién, ya varios meses atrás, fue sentenciada en Minnesota a quince años por asesinar a su esposo de un año, mientras el trataba de matarla a golpes.

Estamos aquí esta noche para hablar sobre ***Ginocidio***. *Ginocidio* es la mutilación, violación y/o el asesinato sistemáticos de mujeres a manos de los hombres. *Ginocidio* es la palabra que designa la violencia constante perpetuada por la clase de género hombres en contra de la clase de género mujeres.

Por ejemplo, el vendado de pies chino es *ginocidio*. Por mil años, en China, todas las mujeres fueron sistemáticamente mutiladas para ser objetos eróticos, pasivos, para los hombres; para que no pudieran caminar, huir, o unirse en contra del sadismo de sus opresores hombres.

Otro ejemplo de *ginocidio* es la violación sistemática de mujeres en Bangladesh. Allí, la violación de mujeres fue parte de la estrategia militar del ejército de hombres invasores. Como muchas de ustedes saben, se estima que entre 200.000 y 400.000 mujeres fueron violadas por los soldados invasores, y cuando terminó la guerra, fueron consideradas sucias por sus esposos, hermanos, y padres, y fueron dejadas para ser prostituidas, pasar hambre y morir. El *ginocidio* de Bangladesh fue perpetrado primero por los hombres que invadieron, y luego por los que vivían allí -los esposos, hermanos y padres. Fue perpetrado por la clase de género hombres en contra de la clase de género mujeres.

Esta noche, en *Halloween*, estamos aquí para recordar otro *ginocidio*, la matanza en masa de nueve millones de mujeres a las que se les llamó brujas. Estas mujeres, nuestras hermanas, fueron asesinadas durante un período de trescientos años en Alemania, España, Italia, Francia, Holanda, Suiza, Inglaterra, Gales, Irlanda, Escocia y Amerika. Fueron asesinadas en el nombre de Dios Padre y Jesucristo su único hijo.

La persecución organizada de brujas comenzó oficialmente el 9 de Diciembre de 1484. El Papa Inocencio VIII nominó a dos monjes Domínicos, Heinrich Kramer y James

Sprenger, como Inquisidores y les pidió a los buenos padres definir qué era brujería, determinar el *modus operandi* de las brujas, y estandarizar los procedimientos judiciales y sentencias. Kramer y Sprenger escribieron un texto llamado El *Malleus Maleficarum*. El *Malleus Maleficarum* era alta teología y jurisprudencia Cristiana vigentea. Podría compararse con la Constitución Amerikana. Era la ley. Quienquiera que lo desafiara, sería culpable de herejía, un crimen capital. Quienquiera que refutara su autoridad o cuestionara su credibilidad de cualquier forma, era culpable de herejía, un crimen capital.

Antes de discutir el contenido del *Malleus Maleficarum*, quiero ser clara acerca de la información estadística que tenemos sobre las brujas. La figura de los nueve millones es moderada. Es el número más usado por las y los académicos en este campo. La proporción estimada de mujeres quemadas a hombres quemados, varía, de 20 a 1 y 100 a 1.

La brujería fue un crimen de mujeres, y gran parte del texto del *Malleus* explica por qué. Primero, Jesucristo nació, sufrió y murió para salvar a los hombres, no a las mujeres; por tanto, las mujeres eran más vulnerables a los encantos de Satán. Segundo, una mujer es *"más carnal que un hombre, como es claro de sus muchas abominaciones carnales"*(1) Este exceso de carnalidad se originó en la creación de la propia Eva: ella nació de una costilla torcida. A causa de este defecto, las mujeres siempre engañan. Tercero, las mujeres son, por definición, torcidas, maliciosas, vanidosas, estúpidas, e irremediablemente malvadas: "*Preferiría yacer con un león y un dragón que convivir con una retorcida mujer…Cuando una mujer piensa por sí misma, piensa en maldad*".(2) Cuarto, las mujeres son más débiles que los hombres tanto de mente como de cuerpo, e intelectualmente son como niñas. Quinto, las mujeres son "*más amargas que la muerte*" porque todo pecado se origina en y por las mujeres, y las mujeres son enemigos "*peligrosos y secretos*".(3) Finalmente, la brujería fue un crimen de mujeres porque "*toda brujería viene de la lujuria carnal, que en las mujeres es insaciable*".(4)

Quiero que recuerden que éstas no son las polémicas declaraciones de algunos pocos atorrantes; éstas son las convicciones de académicos, legisladores, jueces. Quiero que recuerden que nueve millones de mujeres fueron quemadas vivas.

La brujas fueron acusadas de volar, de mantener relaciones carnales con Satán, lastimar al ganado, causar tormentas y tempestades, provocar enfermedades y epidemias, embrujar a los hombres, convertir a hombres y a ellas mismas en animales, volver personas a los animales, cometer actos de canibalismo y asesinatos, robar genitales de hombres, hacer que los genitales de los hombres desaparecieran. De hecho, esto último -hacer que los genitales de los hombres desaparezcan- era causal de divorcio bajo la ley Católica. Si los genitales de un hombre desaparecían por más de tres años, su esposa tenía derecho a divorciarse.

En la gigantesca masa de odio hacia las mujeres, parece difícil encontrar el cargo más increíble, el más ridículo, pero creo haberlo hecho: Sprenger y Kramer escribieron: "*Y qué, entonces, se puede pensar de esas brujas, las que…coleccionan órganos masculinos en grandes números, de veinte a treinta miembros juntos, y los ponen en los nidos de las*

aves, o los encierran en cajas, donde se mueven por sí mismos como si tuvieran vida propia, y comen avena y maíz, y han sido vistos por muchos y es una acusación común".(5)

¿Qué, en verdad?, ¿qué se supone que pensemos?, ¿qué se supone que pensemos las que crecimos católicas, por ejemplo? Cuando vemos a sacerdotes realizando exorcismos en suburbios Amerikanos, y que la creencia en la brujería es aún fundamental en la teología cristiana, ¿qué se supone que pensemos?, Cuando descubrimos que Lutero exaltó este *ginocidio* a través de sus muchos enfrentamientos con Satán, ¿qué debemos pensar? Cuando descubrimos que el mismísimo Calvino quemó brujas, y que él, personalmente, supervisó cazas de brujas en Zúrich, ¿qué debemos pensar? Cuando descubrimos que el miedo y el odio a la carnalidad de la mujer están codificados en la ley Judía, ¿qué se supone que pensemos?

Algunas de nosotras tenemos una visión muy personal del mundo. Decimos que lo que nos pasa en nuestras vidas como mujeres, nos sucede como individuos. Decimos incluso que cualquier violencia que hemos experimentado en nuestras vidas como mujeres -por ejemplo, violación o abuso sexual de parte de un esposo, amante o extraño- sucedió entre dos individuos. Algunas de nosotras hasta pedimos disculpas en nombre del agresor -incluso sentimos pena por él; decimos que está perturbado, o que fue provocado de algún modo particular, en ese momento particular, por esa mujer particular.

Los hombres nos dicen que ellos también están oprimidos. Nos dicen que usualmente en sus vidas individuales son victimizados por mujeres -por sus madres, esposas, y novias. Nos dicen que las mujeres provocamos actos de violencia mediante nuestra carnalidad, o malicia, o avaricia, o vanidad, o estupidez. Nos dicen que su violencia se origina en nosotras y que somos nosotras las responsables. Nos dicen que sus vidas están llenas de dolor, y que nosotras somos la fuente de ese dolor. Nos dicen que como madres los lastimamos irreparablemente, como esposas los castramos, y como amantes les robamos su semen, juventud y hombría -y nunca, nunca, como madres, esposas o amantes, jamás les damos lo suficiente.

¿Y qué debemos pensar? Porque si comenzamos a unir todas las instancias de violencia -las violaciones, abusos sexuales, las mutilaciones, los asesinatos, las masacres; si leemos sus novelas, poemas, posturas políticas y filosóficas y vemos lo que ellos piensan hoy de nosotras y lo que los inquisidores pensaban ayer de nosotras; si nos damos cuenta de que históricamente el ginocidio no es producto de un error, algún exceso accidental, algún terrible desliz, sino que es la consecuencia lógica de lo que ellos creen es nuestra naturaleza, sea divina o biológica; entonces debemos comprender, finalmente, que bajo el patriarcado, el ginocidio es la realidad continua de las vidas de las mujeres. Y entonces debemos acudir las unas a las otras -para encontrar el valor para soportarlo y para encontrar el valor para cambiarlo. La lucha de las mujeres, la lucha feminista, no es una lucha por más dinero por hora, o por igualdad de derechos bajo la ley de los hombres, o para que haya más mujeres legisladoras que operen dentro de los confines de la ley de los hombres. Todas esas son medidas de emergencia, creadas para salvar las vidas de las mujeres, tantas como

sea posible, ahora, hoy. Pero estas reformas no harán desparecer la ola de ginocidio; estas reformas no pondrán fin a la violencia incansable perpetrada por la clase de género hombres en contra a de la clase de género mujeres. Estas reformas no detendrán la epidemia de violaciones en este país, que va en aumento, o la epidemia de mujeres golpeadas por sus maridos. No detendrán la esterilización de mujeres negras y de mujeres blancas pobres que son víctimas de médicos hombres que odian la carnalidad de las mujeres. Estas reformas no vaciarán las instituciones mentales repletas de mujeres que han sido puestas ahí por sus parientes hombres, que las odian por rebelarse en contra de los límites del rol femenino, ni tampoco vaciará las cárceles llenas de mujeres quienes, para sobrevivir, recurrieron a la prostitución; o quiénes, luego de ser violadas, mataron al violador; o quiénes, mientras eran golpeadas, mataron al hombre que las estaba matando. Estas reformas no harán que los hombres dejen de aprovecharse de la explotación de la labor doméstica de las mujeres, ni tampoco evitarán que los hombres refuercen la identidad masculina victimizando psicológicamente a las mujeres en sus llamadas relaciones "amorosas".

Y ninguna acomodación personal dentro del sistema patriarcal va a detener este *ginocidio* incesante. Bajo el patriarcado, ninguna mujer está a salvo de vivir su vida, de amar, de ser madre. Bajo el patriarcado, cada mujer es una víctima, del pasado, presente y futuro. Bajo el patriarcado, la hija de cada mujer es una víctima, del pasado, presente y futuro. Bajo el patriarcado, el hijo de cada mujer es su potencial traidor y también, el inevitable violador y explotador de otra mujer.

Antes de que podamos vivir y amar, debemos reunirnos en revolucionaria sororidad. Eso significa que debemos dejar de apoyar a los hombres que nos oprimen; debemos rehusarnos a alimentarlos y vestirlos y limpiar por ellos; debemos rehusarnos a que tomen su sustento de nuestras vidas. Eso significa que tendremos que separarnos de la identidad que, como mujeres, hemos sido entrenadas a tener -que deberemos separarnos de todos los vestigios del masoquismo que nos han dicho es sinónimo con ser mujer. Eso significa que deberemos atacar y destruir cada institución, ley, filosofía, religión, costumbre y hábito de este patriarcado -este patriarcado que se alimenta de nuestra "sucia" sangre, que se erige sobre nuestra "trivial" labor.

Halloween es el día apropiado para prometernos dedicarnos a esta revolucionaria sororidad. Esta noche recordamos a nuestras muertas. Esta noche recordamos a esas nueve millones de mujeres que fueron asesinadas porque los hombres dijeron que eran carnales, maliciosas y retorcidas. Esta noche sabemos que ellas viven a través de nosotras.

Juntas, demos a esta noche un nuevo nombre: Noche de Brujas. Volvámosla una noche de luto: por todas las mujeres que son víctimas de ginocidio, de asesinato, en cárceles, instituciones mentales, violadas, esterilizadas en contra de su voluntad, brutalizadas. Y esta noche, consagremos nuestras vidas a desarrollar una sororidad revolucionaria -las estrategias políticas, las acciones feministas- que detendrán para siempre la devastadora violencia ejercida contra nosotras.

4. La Atrocidad de la Violación y el Chico de al Lado.

Quiero hablarles sobre violación: -violación- qué es, quién la comete, contra quién se comete, cómo se comete, porqué se comete, y qué hacer al respecto para que nunca más se cometa.

[Entregado en la Universidad Estatal de Nueva York, en Stony Brooklyn, 1 de Marzo, 1975; Universidad de Pennsylvania, 25 de Abril, 1975; College Estatal de Nueva York, en Old Westbury, 10 de Mayo, 1975, Womanbooks, ciudad de Nueva York, 1 de Julio, 1975; Centro de Mujeres de Woodstock, Nueva York, 3 de Julio, 1975; College Comunitario del Condado de Suffolk, 9 de Octubre, 1975; College Queen, Ciudad Universitaria, Nueva York, 26 de Abril, 1976]

Primeramente, sin embargo, quiero hacer algunas precisiones, a modo de introducción.*

*[*Estas precisiones fueron entregadas solo en las escuelas donde no existían cursos de Estudios Sobre La Mujer]*

Desde 1964 a 1965, y desde 1966 a 1968, asistí a Bennington College, en Vermont. En esa época, Bennington aún era una escuela para mujeres, o como decía la gente, una escuela para *niñas*. Era un lugar muy insular -estaba completamente aislado de la comunidad de Vermont en la que se situaba, era exclusivo, costoso. Existía un pequeño cuerpo estudiantil altamente concentrado en las artes, una baja proporción estudiantes-profesores, y una tradición apócrifa de "libertad" intelectual y sexual. En general, Bennington era una especie de angustioso patio de juegos, donde acaudaladas jovencitas aprendían varias habilidades que les asegurarían buenos matrimonios para las respetables y bienavenidas futuras relaciones con los hombres bohemios. En ese tiempo, hubo más libertad real en Bennington de la existía en las demás escuelas -en general, podíamos ir y venir a voluntad, mientras que la mayoría de las otras escuelas tenían estrictos toques de queda y controles; y en general podíamos usar la ropa que quisiéramos, mientras que en la mayoría de las otras escuelas las mujeres aún debían conformarse a seguir rígidos códigos de vestimenta. Se nos animaba a leer y escribir y hacer publicaciones, y en general a tomarnos a nosotras mismas en serio, aún cuando los facultativos no nos tomaban en serio para nada. Conociendo mejor que nosotras la realidad, ellos, los facultativos, sabían lo que no podíamos siquiera imaginar -que la mayoría de nosotras tomaríamos nuestras presuntuosas ideas sobre James y Joyce y Homero y las invertiríamos en matrimonios y trabajos de caridad. La mayoría de nosotras, bien sabían los facultativos hombres, seríamos apartadas y silenciadas y todas nuestras buenas intenciones y gran entusiasmo no servirían de nada una vez que dejáramos el aislado patio de juegos. En la época en que asistí a

Bennington, no existía conciencia feminista allí, ni en ningún lado. *La Mística de la Feminidad* de Betty Friedan preocupó a las amas de casa -por nuestra parte, creíamos que no tenía nada que ver con nosotras. *Política Sexual* de Kate Millett aún no era publicado. *La Dialéctica del Sexo* de Sulamith Firestone aún no era publicado. Estábamos en proceso de convertirnos en mujeres muy bien educadas -ya éramos mujeres muy privilegiadas- y aún así no muchas oyeron jamás la historia del movimiento por el sufragio de las mujeres, en este país o en Europa. En los cursos de Historia Amerikana que tomé, el voto de las mujeres no fue mencionado. Los nombres de Angelina y Sarah Grimke, o Susan B. Anthony, o Elizabeth Candy Stanton, jamás fueron mencionados. Nuestra ignorancia era tan absoluta que no sabíamos que fuimos consignadas desde el nacimiento a esa muerte en carne viva, legal y social, llamada matrimonio. Imaginamos, en nuestra ignorancia, que seríamos novelistas o filósofas. Un peculiar puñado de nosotras aspiraba incluso a ser matemáticas o biólogas. No sabíamos que nuestros profesores tenían un sistema de creencias y convicciones que nos designaban como la clase de género inferior, y que ese sistema de creencias y convicciones era practicamente universal -esas preciadas convicciones que sostenían la mayoría de los escritores, filósofos e historiadores que tan ardientemente estudiábamos. No sabíamos, por ejemplo, algo obvio, que nuestro profesor Freudiano de psicología creía, junto con Freud, que "*el fenómeno de la envidia al pene tiene efecto…en la vanidad física de las mujeres, ya que ellas están destinadas a valorar más sus encantos, en compensación a su inferioridad sexual original.*" (1). En cada ámbito, dichas convicciones eran centrales, subyacentes, cruciales. Y aún así no sabíamos que se referían a nosotras. Esto se repetía donde fuera que las mujeres eran educadas.

Como resultado, las mujeres de mi edad salieron de colegios y universidades completamente ignorantes de lo que una llamaría "vida real". No sabíamos que en todas partes encontraríamos un común desprecio sistemático a nuestra inteligencia, creatividad, y fuerza. No sabíamos la Historia de Ellas como clase de género. No sabíamos que somos una clase de género, inferiores por ley y costumbre a los hombres, quienes son definidos, por ellos mismos y por todos los órganos de su cultura, como superiores. No sabíamos que fuimos entrenadas todas nuestras vidas para ser víctimas -subordinadas, sumisas, pasivas, objetos que no tienen derecho a la más mínima identidad individual. No sabíamos que por ser mujeres nuestra labor sería explotada por hombres para su propio enaltecimiento, donde sea que estuviéramos -en el trabajo, en movimientos políticos. No sabíamos que todo nuestro arduo trabajo en cualquier lugar o movimiento político jamás aumentaría nuestras responsabilidades o recompensas. No sabíamos que estábamos ahí, cuando fuera, para cocinar, para hacer el trabajo doméstico, para ser folladas.

Les cuento esto ahora porque es lo que recordé cuando supe que vendría aquí a hablarles. Imagino que en algunas cosas es diferente a los que les pasó a ustedes. Existe una impresionante literatura feminista para que se eduquen, aunque sus profesores no lo hagan. Hay filósofas feministas, poetizas, comediantas, historiadoras, y políticas que están creando cultura feminista. Existe su consciencia feminista, que deben cuidar, expandir y profundizar en toda oportunidad.

Por ahora, no hay programa de Estudios de la Mujer aquí. El desarrollo de tal programa es esencial para ustedes como mujeres. Un estudio sistemático y riguroso del lugar de la mujer en esta cultura hará posible que comprendan el mundo, en tanto él actúa en ustedes y las afecta. Sin ese estudio, dejarán este lugar como yo dejé Bennington -ignorantes de lo que significa ser mujer en una cultura patriarcal- esto es, en una sociedad donde las mujeres son sistemáticamente definidas como inferiores, donde son sistemáticamente despreciadas.

Estoy aquí esta noche para contarles tanto como pueda acerca de lo que enfrentarán como mujeres en sus esfuerzos por vivir una vida humana decente, valiosa y productiva. Y por eso escogí hablar esta noche sobre violación, la que es, aunque ningún hombre escritor Amerikano contemporáneo lo dirá, la palabra más sucia que existe. Una vez que comprendan qué es la violación, entenderán las fuerzas que sistemáticamente nos oprimen como mujeres. Una vez que comprendan qué es la violación, podrán iniciar el trabajo de cambiar los valores e instituciones de esta sociedad patriarcal, para no ser oprimidas más. Una vez que comprendan qué es la violación, serán capaces de resistir todo intento de mistificar y despistarlas para que crean que los crímenes cometidos en nuestra contra como mujeres son triviales, cómicos, irrelevantes. Una vez que comprendan qué es la violación, encontrarán el modo de tomarse sus vidas como mujeres en serio y organizarse como mujeres en contra de las personas en instituciones que nos humillan y violan.

La palabra violación [en inglés: rape] viene del latín *rapere*, que significa "*robar, sujetar, llevarse".*

La primera definición de violación en el *Diccionario Random House* es aún "*el acto de sujetar y llevar por la fuerza*".

La segunda definición, que les será familiar, probablemente, define violación como "*el acto de forzar físicamente a una mujer a mantener relaciones sexuales*".

De momento, me referiré exclusivamente a la primera definición, cual es, "*el acto de sujetar y llevar por la fuerza*". Como comportamiento socialmente aprobado, la violación precede al matrimonio, compromiso, promesa o cortejo. En los antiguos, malos días, cuando un hombre deseaba a una mujer, él simplemente la tomaba -esto es, la secuestraba y follaba. El secuestro, que tenía siempre propósito sexual, era la violación. Si la mujer violada complacía al violador, él se la quedaba. Si no, la descartaba.

Las mujeres, en esos antiguos, malos días, eran bienes muebles. Esto es, las mujeres eran propiedad, objetos dominados, para ser comprados, vendidos, usados y robados -es decir, violados. Una mujer le pertenecía primero a su padre, su patriarca, dueño, señor. El origen de la palabra patriarcado es informativo. *Pater* significa dueño, poseedor, o amo. La unidad social básica del patriarcado es la familia. La palabra familia viene del Oscano *famel*, que significa sirviente, esclavo o posesión. *Paterfamilias* significa dueño de esclavos. El violador que secuestraba a una mujer tomaba el lugar de su padre como su dueño, poseedor o amo.

El Antiguo Testamento es elocuente y preciso delineando el derecho de un hombre a violar. Aquí, por ejemplo, tenemos la ley del Viejo Testamento sobre violar a la mujer enemiga. Deuteronomio, Capítulo 21 versículos 10 al 15:

10 Cuando salgas a la guerra contra tus enemigos, y Jehová tu Dios los entregue en tus manos, y tomes de ellos cautivos, 11 y veas entre los cautivos alguna mujer hermosa, y la desees y la quieras tomar para ti por esposa, 12 la llevarás a tu casa; y ella se rapará la cabeza, y se cortará las uñas, 13 y se quitará el vestido de su cautiverio, y se quedará en tu casa y llorará a su padre y a su madre durante un mes. Y después podrás llegarte a ella [follar], y tú serás su marido, y ella será tu esposa. 14 Y sucederá que si no te agrada, la dejarás en libertad; y no la venderás por dinero ni la maltratarás, por cuanto la humillaste. [En inglés "por cuanto la has usado"] (2)

Una mujer desechada, por supuesto, era un paria o una puta.

La violación, entonces, es la primera forma de matrimonio. Las leyes matrimoniales regularon la violación al reiterar el derecho del violador a ser dueño de la violada. Las leyes matrimoniales protegieron el derecho de propiedad del primer violador al designar como adúltero a un segundo violador, esto es, como ladrón. Las leyes maritales también protegieron el derecho de propiedad del padre sobre la hija. Las leyes matrimoniales garantizaron el derecho del padre de vender a la hija en matrimonio, vendérsela a otro hombre. Cualquier normativa en contra de la violación, fue en contra del robo -en contra del robo de propiedad. Es en este contexto, y solo en este contexto, que podemos comprender la violación como un crimen capital. Este es el Antiguo Testamento, refiriéndose al robo de mujeres como ofensa capital: Deuteronomio 22, 22-23.

22 Si fuere sorprendido alguno acostado con una mujer casada con marido, ambos morirán, el hombre que se acostó con la mujer, y la mujer también; así quitarás el mal de Israel. 23 Si hubiere una muchacha virgen desposada con alguno, y alguno la hallare en la ciudad, y se acostare con ella; 24 entonces los sacaréis a ambos a la puerta de la ciudad, y los apedrearéis, y morirán; la joven porque no dio voces en la ciudad, y el hombre porque humilló a la mujer de su prójimo; así quitarás el mal de en medio de ti. 25 Mas si un hombre hallare en el campo a la joven desposada, y la forzare aquel hombre, acostándose con ella, morirá solamente el hombre que se acostó con ella; 26 mas a la joven no le harás nada; no hay en ella culpa de muerte; pues como cuando alguno se levanta contra su prójimo y le quita la vida, así es en este caso. 27 Porque él la halló en el campo; dio voces la joven desposada, y no hubo quien la librase.28 Cuando algún hombre hallare a una joven virgen que no fuere desposada, y la tomare y se acostare con ella, y fueren descubiertos; 29 entonces el hombre que se acostó con ella dará al padre de la joven cincuenta piezas de plata, y ella será su mujer, por cuanto la humilló; no la podrá despedir en todos sus días. 30 Ninguno tomará la mujer de su padre, ni profanará el lecho de su padre.(3)

Las mujeres pertenecían a los hombres; las leyes de matrimonio santificaron esa apropiación; la violación era el robo de una mujer a su dueño. Estas leyes bíblicas son la base del orden social como lo conocemos. Hasta el día de hoy, no han sido repudiadas.

A medida que la historia avanzó, los hombres aumentaron en sus actos de agresión contra las mujeres, e inventaron muchos mitos sobre nosotras para asegurar tanto nuestra apropiación como para facilitar su acceso sexual a nosotras. En el año 500 D.C., Heródoto, el llamado Padre de la Historia, escribió: "*Secuestrar jovencitas no es, de hecho, legal; pero es estúpido crear alboroto luego del evento. La única acción sensible es no darle importancia; porque es obvio que ninguna jovencita permite que la secuestren, salvo que quiera ser secuestrada*" (4) Ovidio, en *Las Artes Amatorias*, escribió: "*Las mujeres usualmente desean dar sin querer dar, aquello que realmente quieren dar*" (5) Y así fue oficial: las mujeres desean ser violadas.

La primera legislación inglesa sobre violación, fue testamento del sistema de Inglés. Una mujer que no estuviera casada, legalmente pertenecía al rey. Su violador debía pagar al rey cincuenta chelines como multa, pero si ella era una "esclava de roce", entonces la multa se reducía a veinticinco chelines. La violación de la criada de un hombre noble, costaba doce chelines. La violación de la criada de un comunero, costaba cinco chelines. Pero si un esclavo violaba a la criada de un comunero, era castrado. Aquí, también, la violación era un crimen en contra del hombre que era dueño de la mujer.

Aún cuando la violación es aprobada en la Biblia, aún cuando los Griegos glorificaron la violación -recuerden las interminables aventuras de Zeus- y aún cuando Ovidio se mostró eufórico sobre la violación, fue Sir Thomas Malory quien popularizó la violación, para quienes somos de habla inglesa. *Le Morte d'Arthur* es la obra clásica sobre amor romántico. Es una poderosa idealización de la violación. Malory es el ancestro literario directo de aquellos modernos hombres escritores Amerikanos que postulan a la violación como una forma mítica de hacer el amor. Una mujer está destinada a ser tomada, poseída, por un galante caballero, a ser forzada sexualmente en sumisa pasión, la que, por definición masculina, se volverá deliciosa. Aquí la violación es transformada, o mistificada, en amor romántico. Aquí la violación se convierte en símbolo del amor romántico. Aquí encontramos la primera calificación realmente moderna de violación: algunas veces una mujer es sujetada y llevada; algunas veces es forzada sexualmente y dejada, loca, apasionadamente enamorada de su violador, quien es, en virtud de una violación excelente, su dueño, su amor. (Malory, por cierto, fue arrestado y acusado de violar, en dos ocasiones separadas, a una mujer casada, Joan Anything) (7)

En su trabajo, violación ya no es sinónimo de secuestro -se ha vuelto sinónimo de amor. En el centro, por supuesto, está la apropiación de los hombres- el violador es dueño de la mujer; pero ahora, ella lo ama.

Esta forma de relacionarse sexualmente -esto es, violar- continúa siendo el modelo primario de las relaciones heterosexuales. El diccionario define violación como "*el acto de forzar físicamente a una mujer a mantener relaciones sexuales*". Pero de hecho, la

violación, en nuestro masculinista sistema legal, sigue siendo un derecho matrimonial. Un hombre no puede ser condenado de violar a su propia mujer. En todos los cincuenta estados*, violación se define legalmente como *penetración forzada de un hombre a una mujer "que no sea su esposa*".(8) Cuando un hombre penetra por la fuerza a su esposa, él no comete un acto de robo contra otro hombre. Por tanto, de acuerdo a la ley masculinista, él no ha violado. Y, por supuesto, un hombre no puede secuestrar a su propia esposa, ya que legalmente a ella se le exige que habite en la casa de él y se le someta sexualmente. El matrimonio sigue siendo, en nuestro tiempo, la apropiación carnal de las mujeres. Un hombre no puede ser perseguido penalmente por usar su propiedad del modo que mejor le parezca.

[* Nota de la traductora: Este discurso fue entregado a partir del año 1975. Casi veinte años después, recién en el año 1993, en todos los estados (USA), se consideró como violación que un marido obligara a su esposa a mantener relaciones sexuales]

Adicionalmente, la violación es nuestro emblema primario del amor romántico. Nuestros escritores y escritoras modernos, desde D.H. Lawrence hasta Henry Miller, hasta Norman Mailer, hasta Ayn Rand, de manera consistente presentan la violación como una forma de introducir a la mujer a su propia carnalidad. Una mujer es tomada, poseída, conquistada por la fuerza bruta -y es la violación misma lo que la transforma en una criatura carnal. Es esa violación misma la que define tanto su identidad como su función: ella es una mujer, y como mujer existe para ser follada. En términos masculinistas, una mujer jamás puede ser violada contra su voluntad, ya que la idea es que, si no quiere ser violada, entonces no conoce realmente su voluntad.

La violación, en nuestra sociedad, aún no es vista como un crimen en contra de las mujeres. En "*Forcible and Statutory Rape: An Exploration of the Operation and Objectives of the Consent Standard*" publicado en el diario legal de Yale, en 1952, un artículo que es un compendio de afrentas misóginas, la intención de la jurisprudencia de los hombres en el área de la violación, es expresada con claridad: las leyes existen para proteger a los hombres de, (a) de las acusaciones falsas de violación (que según ellos deben ser consideradas las acusaciones falsas más comunes) y (b) del robo de la propiedad que es la mujer, o del daño a su propiedad, de manos de otro hombre.(9) La noción de consentimiento para mantener una relación sexual, como derecho humano inalienable de las mujeres, no existe en la jurisprudencia masculina; que una mujer se niegue a consentir es visto como una forma socialmente apropiada de regateo y la noción de consentimiento es honrada solo en tanto proteja el derecho de propiedad de los hombres al cuerpo de las mujeres: el estándar de consentimiento en nuestra sociedad no hace más que proteger un ítem, el 'dinero social' con que cuentan las mujeres; que causa, y a su vez acumula, un cierto orgullo masculino de poseer con exclusividad un objeto sexual. El consentimiento de una mujer a mantener relaciones sexuales recompensa al hombre con un privilegio de acceso corporal, un "premio" personal cuyo valor es mejorado con la apropiación misma…Una razón adicional, esgrimida por los hombres, para condenar la violación puede ser encontrada en la amenaza a su estatus, incluida la "desvalorización" a su "posesión" sexual como resultado de una violación. (10)

Así se mantiene la articulación básica de la violación como crimen social: es un crimen contra los hombres, una violación del derecho del hombre a la posesión personal y exclusiva de una mujer como objeto sexual.

No es sorprendente, entonces, que cuando Andra Medea y Kathleen Thompson, las autoras de *Against Rape*, hicieron un estudio sobre mujeres y violación, grandes cantidades de mujeres, al preguntarles, "¿Has sido violada alguna vez?" respondieron, "No sé". (11)

¿Qué es violación? La violación es el primer modelo del matrimonio. Como tal, es regulada por la Biblia y por miles de años de leyes, costumbres y hábitos.

La violación es un acto de robo -un hombre toma la propiedad sexual de otro hombre.

La violación es, por ley y costumbre, un crimen contra los hombres, en contra del dominio de una mujer particular.

La violación es el modelo primario para las relaciones sexuales heterosexuales.

La violación es el emblema primario del amor romántico.

La violación es el medio por el que una mujer es iniciada en el ser mujer, tal como los hombres definen serlo.

La violación es el derecho de cualquier hombre que desea a cualquier mujer, siempre que ella no tenga explícitamente otro hombre como dueño.

Esto explica por qué a los abogados defensores se les permite hacer a las víctimas preguntas personales e intransferibles acerca de sus vidas sexuales. Si una mujer es virgen, entonces ella aún pertenece a su padre y se ha cometido un crimen. Si una mujer no está casada y no es virgen, entonces ella no pertenece a ningún hombre en particular y no se ha cometido un crimen.

Estas son las presunciones fundamentales -culturales, legales y sociales- acerca de la violación: (a) Las mujeres quieren ser violadas, de hecho, necesitan ser violadas; (b) las mujeres provocan la violación; (c) ninguna mujer puede ser forzada en contra de su voluntad; (d) las mujeres aman a sus violadores; (e) con el acto de violación, los hombres afirman su hombría y también afirman la identidad y función de las mujeres -esto es, las mujeres existen para ser folladas por los hombres y así, en el acto de violación, los hombres afirman la *mujeridad*, la condición de mujer, de las mujeres.

¿Es sorprendente, entonces, que exista una epidemia de violación en este país y que la mayoría de los violadores condenados no sepan qué fue lo que hicieron mal?

En *Beyond God The Father*, Mary Daly dice que como mujeres se nos ha privado del poder de nombrar. (12) Los hombres, como ingenieros de esta cultura, han definido todas las palabras que usamos. Los hombres, como legisladores, han definido qué es legal y qué no. Los hombres, como los creadores de sistemas de filosofía y moralidad, han definido qué está bien y qué está mal. Los hombres, como escritores, artistas, directores de cine, psicólogos y psiquiatras, políticos, líderes religiosos, profetas, y supuestos revolucionarios, han definido por nosotras quiénes somos, cuáles son nuestros valores, cómo percibimos lo que nos sucede, cómo entendemos lo que nos sucede. En la raíz de todas las definiciones que han creado hay una convicción resoluta: que las mujeres fueron puestas en la tierra para ser usadas, dar placer y gratificación sexual por y para los hombres.

En el caso de la violación, los hombres nos han definido según nuestra función, nuestro valor, y los usos para los que servimos.

Para las mujeres, como dice Mary Daly, un acto revolucionario fundamental es reclamar el poder de nombrar, de definir por nosotras mismas qué es y que ha sido nuestra experiencia. Esto es muy difícil de lograr. Usamos un lenguaje que es sexista hasta la médula: desarrollado por hombres en su interés propio; formado específicamente para excluirnos; usado específicamente para oprimirnos. El trabajo de nombrar, por tanto, es crucial para la lucha de las mujeres; el trabajo de nombrar es, de hecho, la primera tarea revolucionaria.

¿Cómo definimos violación, entonces?

La violación es un crimen contra las mujeres.

La violación es un acto de agresión contra las mujeres.

La violación es un acto hostil y de odio en contra de las mujeres.

La violación es una privación al derecho de autodeterminación de la mujer.

La violación es una privación al derecho de la mujer de tener control absoluto sobre su cuerpo.

La violación es un acto de dominación sádica.

La violación es un acto de colonización

La violación es una función del imperialismo masculino sobre y en contra de las mujeres.

El crimen de violación cometido contra una mujer es un crimen cometido contra todas las mujeres. Generalmente, reconocemos que la violación puede ser dividida en dos categorías: violación forzada y violación presunta [Ndt: según legislación estadounidense].

En una violación forzada, un hombre ataca físicamente a una mujer y la fuerza, mediante violencia física, amenazas de violencia física, o amenazas de muerte, a realizar cualquier acto sexual. Cualquier acto sexual forzado debe ser considerado violación –"*contacto entre la boca y el ano, la boca y el pene, la boca y la vulva, el pene y la vulva, el pene y el ano, o el ano y la vulva" y cualquier substituto fálico, como una botella, palo o dildo*" (13)

En la violación presunta, se nos permite presumir que un hombre tuvo acceso carnal a una mujer, sin su consentimiento, porque se define consentimiento como "*aceptación significativa e informada, no mera aquiescencia*" (14). En una violación presunta, la constricción de la voluntad de la víctima está en la circunstancia misma; no ha existido una decisión ni comprensión mutuas, y por tanto los derechos humanos de la víctima han sido infringidos y ha tenido lugar un crimen en su contra. Este es un caso de violación presunta reportado por Medea y Thompson en *Against Rape*: "La mujer tiene diecisiete años, es estudiante de secundaria/educación media. Son cerca de las cuatro de la tarde. El padre de un amigo la recoge en su auto para llevarla a encontrarse con su hijo. Él se detiene en su casa [la del hombre] y le dice que lo espere en el auto. Una vez que estaciona el auto en el garaje, este hombre de treinta y siete años, padre de seis, la viola" (15) Este tipo de violación es común, es despreciable, y no hace falta decirlo, jamás es reportada a la policía.

¿Quién, entonces, viola? El hecho es que las violaciones no las cometen psicópatas. Los hombres normales son los que violan. No hay nada, salvo una condena por violación de muy difícil obtención, que permita distinguir al violador del no-violador.

El Instituto para la Investigación sobre Sexo elaboró un estudio sobre violadores en 1940 y 1950. En parte, la investigación concluyó que "…no existen signos manifiestamente premonitorios en la historia previa [del violador] al ataque sexual; en efecto, su conformidad a la heterosexualidad está cuantitativamente por sobre el promedio"

El Dr. Menachim Amir, criminólogo israelí, realizó una intensiva encuesta de 646 casos de violación manejados por el Departamento de Policía de Philadelphia, desde Enero a Diciembre de 1958, y desde Enero a Diciembre de 1960. En este estudio, *Forcible Rape Patterns (Patrones de Violación Forzada),* él critica la interpretación psicoanalista del comportamiento de los violadores, al dar cuenta de que los estudios "*indican que los agresores sexuales no constituyen un tipo clínico o psicopatológico único; ni tampoco, como grupo, están invariablemente más perturbados que los grupos de control a los que fueron comparados*" (17)

O, como Allan Taylor, un oficial de libertad condicional en California, dijo: "Esos hombres [violadores condenados] eran los hombres más normales [en prisión]. Se reunían bastante, pero eran el mismo tipo de reuniones que tienen los hombres que caminan libres" (18)

En el estudio de Amir, la mayoría de los violadores tenían entre quince y diecinueve años. Los hombres entre veinte y veinticuatro años eran el segundo grupo más grande (19) En el 63.8% de los casos, el agresor y la víctima se encontraban en el mismo grupo etario

(±5 años de diferencia); en 18.6%, la víctima era al menos diez años menor que el agresor; en 17.6%, la víctima era al menos diez años mayor. (20)

El FBI, en su Informe de Crímenes, en 1974, reportó que 55.210 mujeres fueron violadas en este país. Se trató de un incremento del 8% comparado con 1973, y del 49% comparado con 1969. El FBI nota que la violación es "*probablemente uno de los delitos que menos se denuncian, debido principalmente al miedo y/o vergüenza de las víctimas*" (21)

Carol V. Horos en su libro *Rape*, estima que por cada violación denunciada a la policía, otras diez no lo son.(22) Aplicando la estimación de Horos al número de casos de violación denunciados en 1974, el número total de violaciones cometidas dicho año sería de 607.310. Es importante recordar que las estadísticas del FBI están basadas en la definición de los hombres de violación, y los números de hombres arrestados y condenados se basan en esa definición. Según el DNI, de todas esas violaciones denunciadas a la policía en 1974, solo el 51% resultó en arresto, y solo en un caso de cada diez, el violador fue finalmente condenado.(23)

De acuerdo a Medea y Thompson, que estudiaron a víctimas de violación, el 47% de las violaciones ocurrieron ya sea en la casa de la víctima o la del violador; 10% ocurrieron en otros edificios; 18% ocurrieron en autos; 25% ocurrieron en la calle, callejones, parques, o en el campo. (24) Tanto Amir, que estudió a los violadores, como Medea y Thompson, que estudiaron a las víctimas de violación, concuerdan en que hay más de un 50% de probabilidad de que el violador sea alguien que la víctima conoce -alguien conocido de vista, un vecino, un colega, un amigo, un ex amante, una cita.(25) Medea y Thompson afirman que el 42% de los violadores actúan calmadamente, y que el 73% usa la fuerza.(26) En otras palabras, muchos violadores están calmados y usan la fuerza al mismo tiempo.

Para nosotras, esta información es devastadora. Más de medio millón de mujeres fueron violadas en este país en 1974, y las violaciones van en aumento. Al menos el 50% de las víctimas serán violadas por alguien que conocen. Adicionalmente, de acuerdo a Amir, el 71% de las violaciones fueron completamente planeadas; 11% fueron parcialmente planeadas; y solo 16% no fueron planificadas.(27) De los crímenes violentos, la violación tiene la tasa de condena más baja. De acuerdo a Horos, en 1972, solo 133 de cada 1.000 hombres enjuiciados por violación, fueron condenados.(28) Medea y Thompson reportan que 9 de cada 10 veces los jueces los declaran no culpables.(29) La razón de esto es obvia: se presume que la mujer provocó la violación y se le hace a ella responsable. En particular cuándo la mujer conoce al violador, lo que ocurre el 50% de los casos, no existe posibilidad, prácticamente, de lograr una condena.

¿Quiénes son las víctimas de violación? Mujeres -de todas las clases, todas las razas, todos los estilos de vida, todas las edades. La mayoría de las violaciones son intra-raciales -esto es, hombres blancos violan mujeres blancas, y hombres negros violan mujeres negras. La víctima de violación más joven de la que se tiene información, es una bebé de dos semanas de vida.(30) La víctima de violación de más edad, es una mujer de noventa y

tres años. (31) Este es el testimonio de una mujer que fue violada en una etapa posterior de su vida:

"Para esta escritora, la violación no es una cuestión académica; hace no mucho (4 de Junio, 1971) ella, estando ya cerca de cumplir los sesenta años, se unió al creciente ejército de víctimas de violación. Él rompió una ventana y entró, un asalto forzado; las enormes manos del violador apretando su cuello, hiriéndola. Adicionalmente le robó. Todas estas circunstancias convencieron a la policía, inmediatamente, de que tuvo lugar un crimen. (Ayuda ser de la tercera edad, y ya no ser considerada sexualmente atractiva, también) Pasaron 2 o 3 días antes de que desapareciera el shock y todo el impacto de la experiencia la golpeara. Ella enfermó mucho, y ahora casi 3 años después, no se ha recuperado. La policía le dijo que tuvo suerte de que el hombre no la matara. Pero esa cuestión permanecerá sin respuesta para ella. Un mero asesinato no hubiera incluido el horror, la violación insultante a su persona, la degradación, y la sensación de suciedad en el cuerpo que el tiempo no logró lavar. Tampoco hubiera resultado en años de despertarse agitada en medio de la noche, los sudores fríos al oír ruidos en las oscuridad, el corazón acelerado al escuchar la voz de algún hombre, la horrible imagen que se repite, dos gruesas manos acercándose a su garganta, la voz grave que prometió matarla si se resistía o trataba de gritar, la insoportable visión de ser encontrada en el suelo de su casa, medio desnuda y muerta, con las piernas ridículamente abiertas. La suerte fue que esto sucedió al final de su vida y no al inicio. ¡Qué tortura debe ser para las mujeres jóvenes, que deben vivir con esos recuerdos por cincuenta años! Mi corazón de mujer vieja está con ellas". (32)

Este fue el testimonio de Elizabeth Gould Davis, autora de *El Primer Sexo*, que falleció el 30 de Julio, 1974, de una herida de bala auto infligida. Tenía cáncer, y planeó morir con gran dignidad, pero creo que fue la violación, no el cáncer, lo que la angustió hasta la muerte.

Ahora, podría leer testimonio tras testimonio, contar historia tras otra -después de todo, en 1974, hubo 608.310 de esas historias- pero no creo que deba probar que la violación es un crimen de tal violencia y que es tan rampante, que debemos considerarlo una atrocidad continua contra las mujeres. Todas las mujeres viven en peligro constante, en estado virtual de asedio. Esta es, simplemente, la verdad. Quiero, sin embargo, hablarles explícitamente de una forma particularmente viciosa de violación, cuya frecuencia ha ido en rápido aumento. Se trata de la violación múltiple -esto es, la violación de una mujer por dos o más hombres.

En el estudio de Amir, de 646 casos de violación en Philadelphia, en 1958 y 1960, el 43% de ellos fueron violaciones múltiples (16% en pares, 27% en grupo).(33) Quiero contarles acerca de dos violaciones múltiples, en detalle. La primera la reportan Medea y Thompson. Una mujer de veinticinco años, discapacitada intelectualmente, con una edad mental de once años, vivía sola en un apartamento. Unos hombres de cierta fraternidad se hicieron amigos de ella. La llevaron a la casa de su fraternidad, donde fue violada por cuarenta hombres, aproximadamente. Estos hombres también trataron de forzarla a que tuviera coito con un perro. Estos hombres insertaron botellas y otros objetos en su vagina.

De ahí, la llevaron a una estación de policía y la acusaron de prostitución. Luego, ofrecieron levantar los cargos en su contra, si la internaban en un instituto de salud mental. Ella fue ingresada; descubrió que estaba embarazada, tuvo un quiebre emocional absoluto. Uno de los hombres partícipe de la violación presumió del hecho a otro hombre. Ese hombre, horrorizado, le contó a un profesor. Un grupo del campus confrontó a la fraternidad. Al principio, los hombres admitieron haber cometido todos los actos de los que se les acusaba, pero negaron que fuese violación, dijeron que la mujer consintió a todos los actos sexuales. Subsecuentemente, cuando la historia se hizo pública, los hombres negaron completamente la historia.

Un grupo de mujeres del campus exigió que se expulsara a toda la fraternidad, para demostrar que la universidad no condonaba la violación. No se tomó ninguna acción por parte de la universidad o la policía en contra de la fraternidad. (34)

La segunda historia que quiero contarles fue publicada por Robert Sam Anson, en un artículo llamado "*That Championship Season*" en la revista *New Times*.(35) De acuerdo a Anson, el 25 de Julio de 1974, la universidad de Notre Dame suspendió por un año a seis jugadores de fútbol negros, a causa de lo que la universidad llamó "una seria violación de las regulaciones de la universidad". Una estudiante de secundaria de dieciocho años acusó a los jugadores de violación múltiple.

El abogado de la víctima, el fiscal del condado, el periodista local al que se le asignó reportar la historia y un editor del periódico local -todos ex alumnos de la Universidad de Notre Dame, todos, ayudaron a encubrir la acusación de violación. La Universidad, según Anson, insiste en que no se ha cometido ningún crimen. Los oficiales de la universidad, llegaron a un consenso: los jugadores de football estaban simplemente divirtiéndose y la víctima participó con entusiasmo. Los jugadores fueron suspendidos por tener sexo en los dormitorios. El presidente de Notre Dame, Theodore Hesburgh, reconocido académico liberal, sacerdote católico, insistió en que no hubo violación y dijo que, de ser necesario, la universidad encontraría "docenas de testigos oculares". Citando a Anson: "Las conclusiones de Hesburgh se basan en una entrevista de una hora con los jugadores de football, junto a una investigación guiada por el Decano, John Macheca, ex relacionador público de la universidad…Macheca no habló sobre la investigación…Varios no dirán nada sobre la investigación…Varias fuentes cercanas al caso afirman que ningún facultativo de la universidad habló con la chica o sus padres. Hesburgh profesa que no sabe o no le importa. Dice, secamente, "Es irrelevante…no necesito hablar con la niña. Hablé con los muchachos".(36) Según Anson, si el Dr. Hesburgh hubiera hablado con "la niña", habría oído esta historia: después de salir del trabajo tarde, el 3 de Julio, ella fue a Notre Dame a ver al jugador de football con quién estaba saliendo; hicieron el amor dos veces en el dormitorio de él; él se fué; ella estaba sola y desnuda, envuelta en las sábanas; otro jugador entró en la habitación; ella tenía una historia de hostilidad y confrontación con este segundo jugador (él había embarazado a una amiga de ella, se negó a pagar el aborto, ella lo confrontó, y finalmente el pagó); este segundo jugador y la mujer comenzaron a discutir y él la amenazó diciendo que si no se sometía a él sexualmente, la lanzaría por la ventana -estaban en el tercer piso; entonces la violó; otros cuatro jugadores la violaron; varios otros

jugadores entraron y salieron de la habitación durante la violación; cuando la mujer pudo finalmente huir del dormitorio, condujo al hospital inmediatamente.

Tanto el investigador policial como el fiscal del caso le creen a la víctima -que seis jugadores de football de Notre Dame la violaron en grupo.

Todas las autoridades, hombres, de la universidad que investigaron la supuesta violación, determinaron que la víctima era una puta. Concluyeron esto, todos, al entrevistar a los violadores acusados. Aunque, de hecho, la investigación del fiscal determinó que la mujer era una persona intachable. El entrenador del equipo de football responsabilizó de la supuesta acusación a las mujeres cuya moral había empeorado por ver tantas telenovelas. Hesburgh, todo un ejemplo de moralidad, concluyó: "No necesito hablar con la niña. Hablé con los niños". El decano, John Macheca, expulsó a los estudiantes como resultado de su investigación secreta. Hesburgh revocó la expulsión por "compasión" -redujo la expulsión a un año de suspensión. La víctima asiste ahora a otra universidad. Según Anson, la han amenazado de muerte.

El hecho es, como estas dos historias demuestran de forma conclusiva, que cualquier mujer puede ser violada por cualquier grupo de hombres. Su palabra no será creíble en contra del testimonio colectivo de ellos. No se va a realizar una investigación apropiada. Recuerden las palabras del buen Padre Hesburgh mientras vivan: "No necesitaba hablar con la niña. Hablé con los muchachos". Aún cuando el fiscal este convencido de que una violación, definida según las leyes de los hombres, si tuvo lugar, los violadores no serán perseguidos. Los facultativos hombres de la universidad protegerán esas instituciones de hombres, sacrosantas -el equipo de football y la fraternidad- sin importar el costo para las mujeres.

Las razones para que esto ocurra son terribles y crueles, pero deben conocerlas. Los hombres son una clase de género privilegiada por sobre y en contra de las mujeres. Uno de sus privilegios es el derecho a violar -esto es, el derecho a acceder carnalmente a cualquier mujer. Los hombres están de acuerdo, por ley, costumbre y hábito, en que las mujeres son putas y mentirosas. Los hombres formarán alianzas o vínculos para proteger los intereses de su clase de género. Incluso en una sociedad racista, los vínculos entre hombres preceden a los vínculos raciales.

Cuando patologías racistas y sexistas coinciden, es muy difícil determinar, políticamente, qué ha ocurrido. En 1838, Angelina Grimke, abolicionista y feminista, describió a las instituciones Amerikanas como "un sistema de complicados delitos, erigidos sobre los corazones y cuerpos de los hombres encadenados en los campos, y cementado por la sangre, sudor y lágrimas de mis hermanas encadenadas."(37) El racismo y el sexismo son el cemento de la sociedad Amerikana, la materia misma de nuestras instituciones, leyes, costumbres y hábitos -y somos las herederas y herederos de ese complicado sistema de delitos. En el caso de Notre Dame, por ejemplo, podríamos decir que el fiscal se tomó en serio los cargos de violación presentados por la mujer porque sus violadores eran negros. Eso es racismo y también sexismo. No existe duda alguna de que la ley del hombre blanco

es mucho más amigable tratándose de la persecución de hombres negros por violar una mujer blanca, lo que no sucede en el caso contrario. Podríamos decir también que, de haber llevado a tribunales el caso Notre Dame, el carácter de víctima de la mujer hubiese sido irrevocablemente cuestionado, porque su novio era negro. Eso es racismo y sexismo. También sabemos que si la mujer hubiese sido negra, y sus violadores fuesen blancos o negros, su violación no hubiera sido investigada, sería irrelevante. Eso es racismo y sexismo.

En general, podemos observar que las vidas de los violadores valen más que las vidas de las mujeres violadas. Los violadores son protegidos por la ley de los hombres y las víctimas de violación, son castigadas. Un intrincado sistema de vínculos entre los hombres da apoyo al derecho del violador a violar, al tiempo en que reduce a cero el valor de la vida de la víctima. En el caso Notre Dame, el amante de la mujer permitió que sus compañeros la violaran. Ese fue un vínculo masculino. Durante la violación, en un punto, en que se dejó sola a la mujer -no hay indicación de que ella estuviera siquiera consciente en ese momento- un jugador de football blanco entró en la habitación y le preguntó si acaso quería irse. Como ella no respondió, él se fue sin reportar el incidente. Ese fue un vínculo masculino. El encubrimiento y la carencia de una investigación sustantiva de parte de las autoridades (hombres blancos) fue un vínculo masculino. Todas las mujeres de todas las razas deberían notar que el vínculo masculino precede y está por sobre el vínculo racial, excepto en un particular tipo de violación: cuál es, cuando la mujer es vista como propiedad de una raza, clase o nacionalidad, y su violación es vista como un acto de agresión en contra de los hombres de esa raza, clase o nacionalidad. Eldridge Cleaver en Soul on Ice describe este tipo de violación: "Me volví un violador. Para afinar mi técnica y modus operandi comencé practicando con chicas negras en el gueto…y cuando me consideré lo suficientemente sigiloso, crucé el barrio y busqué presas blancas. Hice esto de forma consciente, deliberada, voluntariosa, metódica….Violar era un acto de insurrección. Me complacía desafiar y burlar la ley del hombre blanco, estar sobre su sistema de valores, y que estuviera humillando mujeres blancas -y este punto, creo, era el que más me satisfacía porque yo sentía mucho resentimiento por la forma en que el hombre blanco usó a la mujer negra. Sentí que me vengaba".

En este tipo de violación, las mujeres son vistas como propiedad de los hombres, que por virtud de su raza o clase o nacionalidad, son enemigos. Las mujeres son vistas como bienes, cosas de propiedad de los hombres enemigos. En esta situación, y solo en esta, los vínculos de raza o clase o nacionalidad tendrán prioridad sobre los vínculos masculinos. Cómo aparece claro del testimonio de Cleaver, las mujeres del grupo propio son también vistas como ganado, propiedad, para ser usada a voluntad de los propósitos propios. Cuando un hombre negro viola a una mujer negra, no se comete ningún acto de agresión en contra de un hombre blanco, y por tanto el derecho a violar del hombre será defendido. Es importante recordar que la mayoría de las violaciones son intra-raciales -esto es, los hombres negros violan a mujeres negras, los hombres blancos violan a mujeres blancas- porque la violación es un delito sexista. Los hombres violan a las mujeres a las que tienen acceso, como función de su masculinidad y en señal de ser sus dueños. La furia de Cleaver por "el hecho histórico de cómo el hombre blanco ha usado a la mujer negra", es furia sobre la propiedad

que por derecho es suya. De forma similar, existe la rabia sureña clásica hacia los hombres negros que se acostaban con mujeres blancas; es rabia por el robo de propiedad que por derecho pertenece al hombre blanco. En el caso de Notre Dame, podemos decir que los intereses de la clase de género de los hombres, fueron respetados al determinar que el valor de los jugadores de football negros en relación al orgullo masculino -es decir, al ser campeones del equipo de football de Notre Dame- se priorizó por sobre el derecho de propiedad del padre blanco sobre su hija. El asunto jamás se trató acerca de si se cometió un crimen contra una mujer.

He expuesto las dimensiones de la atrocidad de la violación. Como mujeres, vivimos en medio de una sociedad que nos considera despreciables. Somos detestadas, como clase de género, como putas y mentirosas. Somos víctimas de una violencia continua, malevolente y regulada en contra nuestra -de nuestros cuerpos y nuestra vida toda. Nuestra personalidad es difamada, como clase de género, de modo que ninguna mujer individual tiene credibilidad alguna ante la ley o la sociedad en su conjunto. Nuestros enemigos -los violadores y sus defensores- no solo no reciben castigo; continúan siendo árbitros morales influyentes; tienen altos y estimados cargos en nuestra sociedad; son sacerdotes, abogados, jueces, legisladores, doctores, artistas, gerentes, psiquiatras y profesores.

¿Qué podemos hacer nosotras -que por definición y en los hechos carecemos de poder?

Primero, debemos organizarnos de manera efectiva para tratar los síntomas esta terrible y epidémica enfermedad. Los centros de crisis de violación son cruciales. Aprender defensa personal es crucial. Escuadrones de mujeres policías que manejen todos los casos de violación son cruciales. Nuevas leyes sobre violación son cruciales. Estas nuevas leyes son necesarias, y deben: [1] eliminar la corroboración como requisito para lograr una condena; [2] eliminar la necesidad de que una víctima de violación esté físicamente lastimada para probar la violación; [3] eliminar la necesidad de probar la falta de consentimiento; [4] redefinir consentimiento para denotar "aceptación significativa e informada, no mera aquiescencia"; [5] cambiar la irreal edad de consentimiento; [6] eliminar como evidencia admisible la actividad sexual previa de la víctima o las relaciones sexuales consentidas con el acusado; [7] asegurar que la relación marital entre las partes no pueda ser usada como defensa u obstáculo para la persecución penal; [8] definir la violación en términos de lesiones graves.(39) Estos cambios a la ley contra la violación fueron propuestos por el Programa Clínico sobre Los Derechos Legales de las Mujeres, de la Universidad de Leyes de Nueva York. Y pueden encontrar el modelo completo de una nueva ley de violación en el libro llamado "*Rape: The First Sourcebook for Women*", de New York Radical Feminists. Recomiendo investigar ésta propuesta y trabajar para que se implemente.

También, en orden a protegernos, debemos rehusarnos a participar en el sistema de citas, que sitúa a cada mujer como potencial víctima de violación. En el sistema de citas, las mujeres son definidas como pasivamente complacientes de cualquier y todo hombre. El valor de toda mujer es determinado por su habilidad de atraer y complacer a los hombres. El objetivo en el juego de las citas para el hombre es "anotar un punto". Al jugarlo, las

mujeres nos ponemos y también ponemos nuestro bienestar, en las manos virtuales y reales de extraños. Como mujeres, debemos examinar este sistema de citas para conocer sus definiciones y valores explícitos e implícitos. Al analizarlo, veremos cómo se nos coerciona a volvernos bienes sexuales.

También, debemos hacer públicos los casos de violación que no se persiguen, y debemos revelar la identidad de los violadores a otras mujeres. Este es un trabajo, también, para los hombres que no avalan el derecho de los hombres a violar. En Philadelphia, hombres han formado un grupo llamado Hombres Organizados Contra la Violación. Tratan con parientes y amigos hombres de las víctimas de violación, en orden a hacer desaparecer el mito de la culpabilidad de la mujer en estos casos. Algunas veces, violadores que están perturbados por su continua agresión en contra de las mujeres, llaman pidiendo ayuda. Aqu, hay vastas posibilidades, tanto educativas como de ayuda. También en Lorton, Virginia, agresores sexuales condenados han organizado un grupo llamado Prisioneros en Contra de la Violación. Trabajan con grupos feministas e individuos para delinear la violación como un crimen político en contra de las mujeres y encontrar estrategias para combatirlo. Es muy importante que los hombres que quieren trabajar contra la violación no refuercen actitudes sexistas, sea por ignorancia, descuido o malicia. Afirmaciones como "la violación es un crimen contra los hombres también" o "también hay hombres víctimas de violación" hacen más mal que bien. Es una amarga verdad que la violación se vuelve un crimen visible solo cuando un hombre es sodomizado a la fuerza. Es una amarga verdad que se pueda obtener simpatía de parte de los hombres cuando la violación es vista como "un crimen que también se comete contra los hombres". Estas verdades son muy amargas como para soportarlas. Los hombres que quieran trabajar contra la violación deberán cultivar una rigurosa consciencia y disciplina anti sexista, para no convertir a las mujeres, una vez más, en víctimas invisibles.

Muchos hombres creen que su sexismo se manifiesta solo en relación a las mujeres - esto es, que si se abstienen de comportamientos evidentemente chauvinistas estando en presencia de mujeres, entonces no están implicados en los crímenes contra nosotras. Esto no es así. Es en los vínculos masculinos donde los hombres, mayormente, ponen en riesgo las vidas de las mujeres. Es entre hombres que los hombres contribuyen mayormente a los crímenes contra las mujeres. Por ejemplo, el hábito y costumbre de los hombres de discutir entre ellos sus experiencias íntimas sexuales con mujeres particulares en términos gráficos y vívidos. Este tipo de vinculación sitúa a una mujer particular como la justa e inevitable conquista sexual del amigo de otro hombre y lleva a innumerables casos de violación. Las mujeres usualmente son violadas por el amigo de sus amigos. Los hombres deben comprender que ponen en riesgo las vidas de las mujeres al participar en los rituales de su privilegiada socialización como hombres. La violación es efectivamente aprobada por los hombres que acosan mujeres en las calles y otros espacios públicos; que describen o se refieren a las mujeres de manera cosificadora, degradante; que actúan con agresión y desprecio hacia las mujeres; que cuentan o se ríen con chistes misóginos; que escriben historias o graban vídeos donde las mujeres son violadas y les encanta; que consumen y avalan pornografía; que insultan a mujeres específicas o a las mujeres como grupo; que impiden o ridiculizan a las mujeres en nuestra lucha por dignidad. Los hombres que

realizan o avalan estos comportamientos son enemigos de las mujeres y están implicados en el crimen de la violación. Los hombres que quieren apoyar a las mujeres en nuestra lucha por libertad y justicia deben entender que para nosotras no es desgarradoramente importante que aprendan a llorar; lo que nos importa es que detengan los crímenes de violencia en nuestra contra.

He descrito, por supuesto, medidas de emergencia, diseñadas para ayudar a las mujeres a sobrevivir en tanto ésta atrocidad se ejecute en nuestra contra. ¿Cómo podemos parar la atrocidad en sí misma? Claramente debemos determinar las causas raíces de la violación y trabajar para exiliar del tejido social todas las definiciones, los valores y comportamientos que energizan y aprueban la violación. ¿Cuáles son, entonces, esas causas raíces?

La violación es consecuencia directa de las definiciones polarizadas de mujer y hombre. La violación es congruente con esas definiciones; vive de ellas. Recuerden, las violaciones no son cometidas por psicópatas o desviados de las normas sociales -la violación es cometida por modelos ejemplares de nuestras normas sociales. En esta sociedad de supremacía masculina, se define a los hombres como el orden de individuos que está por sobre y en contra de las mujeres, las que son definidas como pertenecientes al orden de individuos opuestos, completamente diferentes. Los hombres son definidos como agresivos, dominantes, poderosos. Las mujeres son definidas como pasivas, sumisas, sin poder. Según estas definiciones polares de género, está en la naturaleza misma de los hombres agredir sexualmente a las mujeres. La violación ocurre cuando un hombre, dominante por definición, toma a una mujer, que según los hombres y todos los órganos de su cultura, fue puesta en la tierra para servir y complacer. La violación, entonces, es la consecuencia lógica de un sistema de definiciones de lo que es visto como normal. La violación no es un exceso, aberración, accidente, error -materializa la sexualidad tal como la cultura la define. En tanto éstas definiciones permanezcan intactas -esto es, en tanto se defina a los hombres como agresores sexuales y las mujeres como receptores pasivos que carecen de integridad- los hombres que son modelos ejemplares de la norma, van a violar mujeres.

En esta sociedad la norma de la masculinidad es agresión fálica. La sexualidad masculina es, por definición, intensa y rígidamente fálica. La identidad de un hombre se sitúa en la concepción que tiene de sí mismo como poseedor de un falo; el valor de un hombre se sitúa en el orgullo que siente por su identidad fálica. La característica principal de la identidad fálica es que el valor de uno es absolutamente contingente a la posesión de un falo. Ya que los hombres no tienen ningún otro criterio relativo al valor, ninguna otra noción de identidad, quienes no tienen falo no son considerados completamente humanos.

Al pensar en esto, deben darse cuenta de que no es una pregunta sobre heterosexualidad u homosexualidad. La homosexualidad masculina no es una renuncia a la identidad fálica. Los hombres heterosexuales y homosexuales están igualmente involucrados en la identidad fálica. Manifiestan esto de manera diferente en un área -a

quién llamarán "objeto sexual"- pero su valoración común de las mujeres refuerza consistentemente su propio sentido de valor fálico.

Es esta identidad falocéntrica de los hombres la que hace posible -en efecto, necesario- que los hombres vean a las mujeres como una creación de segunda categoría. Los hombres genuinamente no saben que las mujeres son personas individuales, de valor propio, con voluntad y sensibilidad, porque la masculinidad es el signo de toda valía, y la masculinidad es una función de la identidad fálica. Las mujeres, entonces, por definición, no tienen acceso a los derechos y responsabilidades del ser persona. El fantástico George Gilder, con quién podemos contar siempre para decirnos la terrible verdad acerca de la masculinidad, lo dijo así: "a diferencia de la feminidad, la masculinidad si se relaja es vacía, una flacidez nula…La hombría en su nivel más básico puede ser validada y expresada solo por medio de la acción"(40). Y entonces, ¿cuáles son las acciones que validan y expresan esta masculinidad?: violar, primero y antes que todo violar; guerras, saqueo, peleas, imperialismo y colonización -agresión en cualquiera y todas las formas, y en cualquiera y todos los grados. Toda dominación personal, psicológica, social e institucionalizada en este mundo puede ser reconducida a su fuente: las identidades fálicas de los hombres.

Como mujeres, por supuesto, no tenemos identidad fálica, y entonces somos definidas como opuestas e inferiores a los hombres. Los hombres consideran que la fuerza física, por ejemplo, está implícita y deriva de su identidad fálica. Los hombres consideran que los logros intelectuales son una función de la identidad fálica, y por tanto, nosotras somos, según su definición, intelectualmente incompetentes. Los hombres consideran que la corrección moral es parte de la identidad fálica, y entonces nosotras somos caracterizadas constantemente como criaturas vanas, maliciosas e inmorales. Incluso la noción de que las mujeres necesitan ser folladas -que es la presunción a priori del violador- deriva directamente de la convicción de que el único valor es el valor fálico: los hombres quieren, o pueden, reconocernos solo cuando tenemos un pene adherido durante el coito.

Como seres sin falo, las mujeres son definidas como sumisas, pasivas, virtualmente inertes. Durante toda la historia patriarcal, hemos sido definidas por ley y costumbre y hábitos como inferiores a causa de nuestros cuerpos sin falo. La definición de nuestra sexualidad es "pasividad masoquista": "masoquista" porque incluso los hombres reconocen su sadismo sistemático hacia nosotras; "pasividad" no porque seamos naturalmente pasivas, sino porque nuestras cadenas son muy pesadas y así no podemos movernos.

El hecho es que, en orden a detener las violaciones, y todos los otros abusos sistemáticos en nuestra contra, debemos destruir las definiciones mismas de masculinidad del hombre y feminidad de la mujer. Debemos destruir completamente y para siempre las estructuras de personalidad "dominante-activo u hombre" y "sumisa-pasiva o mujer". Debemos eliminarlas del tejido social, destruir cualquiera y todas las instituciones que se basan en ellas, volverlas vestigios, inservibles. Debemos destruir la estructura cultural misma, tal y como la conocemos, su arte, sus iglesias, sus leyes; debemos erradicar de la consciencia y la memoria todas las imágenes, instituciones, y estructuras mentales que

vuelven a los hombres violadores por definición y a las mujeres víctimas por definición. Hasta que lo hagamos, la violación seguirá siendo nuestro modelo sexual primario y las mujeres serán violadas por hombres.

Como mujeres, debemos iniciar este trabajo revolucionario. Cuando cambiamos, esos que se definen a sí mismos como por encima y en contra de nosotras tendrán que matarnos, cambiar o morir. Para cambiar, debemos renunciar a cada definición masculina que hemos aprendido; debemos renunciar a sus definiciones y descripciones de nuestras vidas, cuerpos, necesidades, deseos, de nuestra valor -debemos tomar y hacer nuestro el poder de nombrar. Debemos rehusarnos a ser cómplices de un sistema sexual-social que está construido sobre nuestra labor como una clase esclava inferior. Debemos des-aprender la pasividad que se nos ha inculcado durante miles de años. Debemos desaprender el masoquismo en que se nos ha entrenado por miles de años. Y, lo más importante, al liberarnos, debemos rehusarnos a imitar la identidad fálica de los hombres. No debemos interiorizar sus valores y no debemos replicar sus crímenes.

En 1870, Susan B. Anthony le escribió a una amiga: "Así que, aunque no rezo pidiendo que alguien o algún grupo cometa una atrocidad, aún así rezo, voluntariosa y constantemente, para que un impacto gigantesco sacuda a las mujeres de esta nación hacia un respeto propio que las llevará a ver la abyecta degradación de su actual posición; que las fuerce a destruir sus amarras, y les dará fe en sí mismas; que las hará proclamar que su alianza va primero para con las mujeres; que les permitirá ver que un hombre no puede sentir, hablar o actuar por una mujer, tal como el esclavista no puede hacerlo por el esclavo. El hecho es que las mujeres están encadenadas, y su servitud es descorazonadora porque no se dan cuenta. Oh, anhelo algo que las empuje a ver y sentir, y que les de el valor y la consciencia para hablar y actuar por su libertad, aunque se enfrenten al reclamo y desprecio del mundo entero al hacerlo". (41)

Hermanas, ¿no es la violación acaso la atrocidad que logrará esto?, ¿y no es hora ya de actuar?

5. Las Políticas Sexuales del Miedo y la Valentía.

[Dedicado a mi madre] [Entregado en Queens College, Ciudad Universitaria de Nueva York, 12 de Marzo, 1975; Fordham, Nueva York, 16 de Diciembre de 1975.]

I. Les quiero hablar sobre el miedo y la valentía -qué son, cómo se relacionan, y qué lugar ocupan en la vida de una mujer.

Tratando de pensar qué diría aquí hoy, imaginé que quizás contaría anécdotas -historias sobre las vidas de mujeres muy valientes. Hay muchas historias como esas para contar, y siempre me inspiran, y pensé que las inspirarían también a ustedes. Pero, aunque estas historias siempre nos permiten sentir una especie de orgullo colectivo, también logran que mistifiquemos actos particulares de valentía y que endiosemos a quienes los han realizado -decimos, oh, sí, ella era de esa forma, pero yo no; decimos, ella era una mujer extraordinaria, pero yo no. Así que decidí pensar sobre el miedo y la valentía desde otro punto de vista -de una forma más analítica, más política.

Voy a tratar de delinear la política sexual del miedo y la valentía -esto es, cómo el miedo se aprende en función de la feminidad; y cómo la valentía es el estandarte de la masculinidad.

Creo que todas y todos somos producto de la cultura en que vivimos; y que en orden a entender aquello que pensamos son nuestras experiencias personales, debemos primero comprender cómo la cultura informa lo que vemos y cómo lo entendemos. En otras palabras, la cultura en la que vivimos determina por nosotras, en un grado impresionante, cómo percibimos, qué percibimos, cómo damos nombre y valoramos nuestras experiencias, cómo y por qué actuamos.

El primer hecho de esta cultura es que es de supremacía masculina: esto es, los hombres son definidos, por derecho de nacimiento, ley, costumbre y hábito, sistemática y consistentemente, como superiores a las mujeres. Esta definición, que postula que los hombres son una clase de género que está por sobre y en contra de las mujeres, está inserta en cada órgano e institución de nuestra cultura. No hay excepciones a esta regla.

En una cultura de supremacía masculina, la condición de macho es considerada la condición humana, así que, cuando cualquier hombre habla -por ejemplo, como artista, historiador o filósofo- se estima que él habla objetivamente -es decir, como alguien que, por definición, no tiene un interés particular, no está especialmente involucrado -lo que sesgaría su visión; él es, de algún modo, la viva imagen de la norma. Las mujeres, de otro lado, no son hombres. Por tanto las mujeres no somos la norma, en virtud de la lógica masculina, somos algo diferente, un orden inferior del ser, una confusa amalgama de intereses que hacen que nuestra percepción, juicios, y decisiones no sean de fiar, no sean creíbles, somos

sospechosas. Simone de Beauvoir en el prefacio del *Segundo Sexo* lo describe así: "En realidad la relación de los dos sexos no es…como si de dos polos eléctricos se tratase, pues el hombre representa tanto el polo positivo como el neutro, tal como lo indica el uso común de 'el hombre' para designar a los seres humanos en general; mientras que la mujer sólo representa el polo negativo, definido por criterios limitados, no existe reciprocidad…".

"La hembra es hembra en virtud de cierta falta de cualidades", dijo Aristóteles; "Debemos considerar a la naturaleza de la hembra como afecta a una defectuosidad natural". Y Santo Tomás, de su parte, señaló que la mujer es "un hombre imperfecto", un "ser incidental"…Así, la humanidad es macho y el hombre define a la mujer no en sí misma sino como relativa a él; ella no es considerada un ser autónomo.(1)

Podemos situar con facilidad la forma precisa en que estamos "afectas a una defectuosidad natural". Como Freud tan elocuentemente lo dijo dos milenios después de Aristóteles: "[Las mujeres] notan el pene de un hermano o un compañero, evidentemente visible y de grandes proporciones, [y] de inmediato lo reconocen como la contraparte superior de su propio órgano, pequeño y desapercibido…Después de que una mujer se da cuenta de la herida a su narcisismo, ella desarrolla, como una cicatriz, un sentido de inferioridad. Una vez que supera su primer intento de explicar su falta de pene como castigo personal hacía ella misma, y se da cuenta de que ese carácter sexual es universal, ella comienza a compartir el desprecio que sienten los hombres por su sexo, que es inferior en tan importante aspecto…". (2) Ahora, la terrible verdad es que bajo el patriarcado, la posesión de un falo es *el* signo de poseer valor, la piedra de tope de la identidad de la humanidad. Todos los atributos humanos positivos son vistos como inherentes y consecuencia de ese solo accidente biológico. Intelecto, discernimiento moral, creatividad, imaginación -todas son facultades de macho, o fálicas. Cuando una mujer desarrolla cualquiera de estas facultades, se nos dice que ella está tratando de comportarse "como hombre", o que es "masculina". Un atributo importante de la identidad fálica es la valentía. La hombría puede ser descrita funcionalmente como la capacidad de actuar con valentía. Un hombre nace con esa capacidad -esto es, con un falo. Cada pequeño infante macho es un héroe en potencia. Se supone que su madre lo crie y cuide para que pueda desarrollar esa capacidad inherente. Se supone que su padre materialice tal capacidad completamente desarrollada.

Cualquier trabajo o actividad que un macho realice, o cualquier talento naciente que un macho tenga, tiene una dimensión mítica: puede ser reconocido como heroico por la supremacía masculina, y la hombría de cualquier macho que la posea es, entonces, afirmada.

Los tipos y categorías de héroes, los hombres míticos son numerosos. Un hombre puede ser un héroe si escala una montaña, o juega fútbol, o pilotea un aeroplano. Un hombre puede ser un héroe si escribe un libro, o compone una pieza musical, o dirige una obra de teatro. Un hombre puede ser un héroe si es científico, soldado, drogadicto, o un dudoso y mediocre político. Un hombre puede ser un héroe porque sufre y desespera; o porque piensa lógicamente y analíticamente; o porque es "sensible"; o porque es cruel. La

riqueza designa como héroe a un hombre, y la pobreza también. Virtualmente, cualquier circunstancia en la vida de un hombre lo hará un héroe para algún grupo de personas y tiene una calificación mítica en la cultura -en la literatura, arte, teatro, o en los periódicos.

Esta dimensión mítica de toda la actividad masculina es la que materializa el sistema de clase de género, de modo que la supremacía masculina se torna inalterable e imposible de desafiar.

De las mujeres jamás se afirma ser agentes valientes porque la capacidad para accionar con valentía es inherente a la hombría misma -es identificable y predicable solo como capacidad masculina. Las mujeres, recuerden, son "hembras en virtud de cierta falta de cualidades". Una de las cualidades de las que debemos carecer en orden a pasar por hembras, es la capacidad de actuar con valentía.

Esto apunta al corazón mismo de la invisibilidad de la hembra humana en esta cultura. Sin importar lo que hagamos, no somos vistas. Nuestros actos no tienen una dimensión mística en términos masculinos simplemente porque no somos hombres, no tenemos falo. Cuando los hombres no ven un pene, de hecho, no ven nada; perciben la falta de cualidades, una ausencia. No ven nada de valor ya que solo reconocen el valor fálico; y no pueden valorar lo que no ven. Puede que llenen los espacios vacíos, la ausencia, con todo tipo de fantasías monstruosas -por ejemplo, puede que imaginen que la vagina es un agujero con dientes- pero no pueden reconocer a la mujer por quién ella es, un ser propio, real; no pueden siquiera comenzar a entender que el cuerpo de una mujer es para ella, esto es, que ella se experimenta a sí misma como real; y no como el negativo de un hombre; ni pueden entender que la mujer no está "vacía" por dentro. Ésta es una ilusión o alucinación masculina, tan interesante como impactante. Usualmente he escuchado a hombres referirse a la vagina como un "espacio vacío" -la idea es que la característica definitoria de las mujeres, desde la parte de arriba de las piernas hasta la cadera, es vacuidad interna. De algún modo, la ilusión es que las mujeres contienen un espacio interno que es una ausencia y que debe ser llenado -sea con un falo, sea con una criatura, que es vista como extensión del falo. Rindiendo tributo a esta fantasía masculina, Erik Erikson la decretó así para los psicólogos. Erikson escribió: "Sin duda [también], la existencia misma del espacio productivo interno expone temprano a las mujeres a un específico sentido de soledad, a un miedo de ser dejadas vacías o privadas de tesoros, de permanecer vacías y de secarse…Un "espacio interior", según la experiencia femenina, está al centro de su sufrimiento incluso si [al mismo tiempo] es el núcleo mismo de plenitud/satisfacción potencial. La vacuidad es la perdición de las mujeres… [Es una] experiencia estándar para todas las mujeres. Ser dejada, para ella, es ser dejada vacía…tal dolor puede volverse a experimentar con cada menstruación; es un grito al cielo por la falta de una criatura; y se vuelve una cicatriz permanente con la menopausia". (8)

No es sorprendente, entonces, que los hombres nos reconozcan solo cuando tenemos añadido un falo, durante el coito o cuando estamos embarazadas. Entonces somos para ellos mujeres reales; entonces tenemos, a sus ojos, una identidad, una función, una existencia verificable; entonces y solo entonces, no estamos "vacías". La verificación de esta

patología masculina, por cierto, hecha luz sobre la lucha por el derecho al aborto. En una sociedad en que el único valor reconocible es el valor fálico, es impensable que una mujer elija "estar vacía", que elija estar "privada de tesoros". El útero es dignificado solo cuando es repositorio de bienes divinos -el falo o, ya que los hombres quieren hijos, el hijo fetal. Abortar un feto, en términos masculinistas, es cometer un acto de violencia contra el falo mismo. Está así de cerca de ser equivalente a cortar un pene. Como se percibe que el feto tiene un carácter fálico, su llamada vida es altamente valorada, mientras que la vida real de la mujer no tiene valor y es invisible, ya que ella no tiene ningún potencial fálico.

Puede que suene peculiar, al principio, hablar del miedo como la ausencia de valentía. Todas sabemos, todas y todos, que el miedo es vívido, real, fisiológicamente verificable -pero luego, también lo es la vagina. Vivimos en un mundo imaginado por hombres, y nuestras vidas están circunscritas por los límites de la imaginación de los hombres. Dichos límites son muy severos.

Como mujeres, aprendemos el miedo en función de nuestra llamada feminidad. Se nos enseña sistemáticamente a tener miedo, y se nos enseña que tener miedo no es sólo congruente con la feminidad, sino también es inherente a ella. Se nos enseña a tener miedo, así no podremos actuar, así seremos pasivas, así seremos mujeres –así seremos, tal como tan encantadoramente lo puso Aristóteles, "afectas por una defectuosidad natural".

En *Woman Hating*, describí cómo este proceso se materializa en los cuentos de hadas que aprendemos en la infancia: "Las lecciones son simples, y las aprendemos bien. Los hombres y las mujeres son diferentes, opuestos absolutos. El príncipe heroico jamás puede ser confundido con Cenicienta, o Blanca Nieves o la Bella Durmiente. Ella nunca podrá hacer lo que él hace, mucho menos mejor…Donde él está erecto, ella está de rodillas. Donde él está despierto, ella duerme. Donde él es activo, ella es pasiva. Donde él está erecto, despierto o activo, ella es malvada y debe ser destruida…Hay dos definiciones de mujer. Está la mujer buena. Ella es una víctima. Está la mujer mala. Ella debe ser destruida. La mujer buena debe ser poseída. La mujer mala debe ser asesinada o castigada. Ambas deben ser neutralizadas….La única mujer buena, es una víctima. La postura de victimización, la pasividad de la víctima llama al abuso. Las mujeres buscan la pasividad porque quieren ser buenas. El abuso evocado por esa pasividad convence a las mujeres de que son malas… Incluso una mujer que conscientemente busca la pasividad, alguna vez, hace algo. Que siquiera actúe provoca abuso. El abuso provocado por esa actividad la convence de que es mala…La moraleja de la historia debería, pensaría una, presagiar un final feliz. No es así. La moraleja de la historia *es* el final feliz. Nos dice que la felicidad para una mujer es ser pasiva, victimizada, destruida o dormir. Nos dice que la felicidad está reservada para la mujer que es buena -inerte, pasiva, victimizada- y que una mujer buena es una mujer feliz. Nos dice que el final feliz es cuando somos acabadas, cuando vivimos sin nuestras vidas, o cuando no vivimos en lo absoluto". (4)

Cada órgano de esta cultura de supremacía masculina encarna el complejo y odioso sistema de recompensas y castigos que le enseñarán a una mujer su lugar apropiado, la esfera que le es permitida. Familia, escuela, iglesia; libros, películas, televisión; juegos,

canciones, juguetes -todos enseñan a la niña a someterse y conformarse mucho antes de que se convierta en mujer.

El hecho es que una niña será forzada, mediante un arraigado y efectivo sistema de recompensas y castigos, a desarrollar la falta de cualidades que precisamente la certificarán como mujer. Al desarrollar esta carencia de cualidades, es forzada a aprender a castigarse a sí misma por cualquier violación a las reglas de comportamiento aplicables a su clase de género. Sus argumentos contienen la propia definición de *mujeridad* y son internalizados de modo que, al final, ella discute consigo misma -en contra de la validez de cualquier impulso que sienta de actuar o aseverar algo; en contra de la validez de cualquier derecho a tener respeto propio y dignidad; en contra de la validez de cualquier ambición de tener logros o ser excelente fuera de la esfera que le está permitida. Ella se fiscaliza y castiga a sí misma; pero si este sistema de valores interno se quebrase por alguna razón, siempre habrá un psiquiatra, profesor, ministro, amante, padre o hijo para forzarla a regresar a la manada femenina. Ahora, todas sabemos que otras mujeres también actuarán como agentes de esta gigantesca represión. Bajo el patriarcado, el primer deber de las madres es cultivar hijos heroicos y hacer que sus hijas estén dispuestas a acomodarse, a lo que ha sido llamada con precisión, a vivir una "vida a la mitad". Se supone que todas las mujeres vilipendien a cualquier otra que se desvíe de las normas aceptadas de la feminidad, y la mayoría lo hace. Lo que es notable no es que la mayoría lo haga, sino que algunas no.

La posición de la madre, en particular, en una sociedad de supremacía masculina, es absolutamente insostenible. Freud, en otra increíble reflexión, afirmó, "La madre obtiene satisfacción ilimitada solo en relación a su hijo; ésta es la relación humana más perfecta, la forma de ambivalencia más libre" (5). El hecho es que es más fácil para una mujer criar un hijo que a una hija. Primero, se le recompensó por tener un niño -éste es el pináculo de los logros posibles en su vida, según la cultura masculina. Podríamos decir que, al gestar un niño, ella tuvo un falo dentro suyo por nueve meses, y que eso le asegura una aprobación que no podría obtener de otra forma. Luego se espera que invierta el resto de su vida manteniendo, criando, cuidado y mimando a ese hijo. La realidad es que ese niño tiene un derecho de nacimiento a una identidad que a ella le es negada. Él tiene derecho de encarnar cualidades reales, de desarrollar talentos, de actuar, de convertirse -convertirse en quién y en lo que ella no podría convertirse. Es imposible imaginar que ésta relación no está saturada de ambivalencia de parte de la madre, de ambivalencia y amargura, directamente. Ésta ambivalencia, esta amargura, es intrínseca a la relación madre-hijo porque el hijo inevitablemente traicionará a la madre al volverse un hombre -esto es, al aceptar su derecho de nacimiento a tener poder por sobre y en contra de ella y las de su clase (6). Pero para una madre, el proyecto de criar un niño es el proyecto más satisfactorio al que puede aspirar. Puede verlo, de niño, jugar los juegos que a ella no se le permitió jugar; puede invertir en él sus aspiraciones, ambiciones, y valores -los que aún tenga; puede observar a su hijo, que vino de su carne y cuya vida sustentó con trabajo y devoción, materializarla -a ella misma- en el mundo. Así que, aunque el proyecto de criar un niño está inundado de ambivalencia e inevitablemente lleva a la amargura, es el único proyecto que le permite *ser* a una mujer -ser a través de su hijo, vivir mediante él.

El proyecto de criar una niña, por otro lado, es tortuoso. La madre debe tener éxito en enseñarle a su hija a *no ser*; debe forzar a su hija a desarrollar la falta de cualidades que le permitirán pasar como mujer. La madre es el agente primario de la cultura masculina en la familia, y debe forzar a su hija a aceptar las demandas de esa cultura. (7) Debe hacerle a su hija lo que le fue hecho a ella. El hecho de que todas somos entrenadas para ser madres desde la infancia, significa que todas somos entrenadas para entregar nuestras vidas a los hombres, sean nuestros hijos o no; que todas somos entrenadas a forzar a otras mujeres a ejemplificar la falta de cualidades que caracterizan el constructo cultural de la feminidad.

El miedo cimenta este sistema. El miedo es el adhesivo que mantiene cada pieza en su lugar. Aprendemos a temer al castigo que es inevitable cuando infringimos los códigos de la feminidad forzada. Aprendemos que ciertos miedos son en sí mismos femeninos -por ejemplo, se supone que las niñas teman a los insectos y ratones. De niñas, se nos premia por aprender estos miedos. A las niñas se les enseña a sentir miedo de todas las actividades que son designadas expresamente para hombres -correr, escalar, jugar, hacer deportes, matemáticas y ciencias, componer música, ganar dinero, ser líderes. La lista podría seguir y seguir -porque el hecho es que a las niñas se les enseña a tener miedo a todo excepto al trabajo doméstico y tener bebés. Para el tiempo en que somos mujeres, el miedo es tan familiar para nosotras como lo es el aire. Es nuestro elemento. Vivimos en él, lo inhalamos, lo exhalamos, y la mayor parte del tiempo no lo notamos. En vez de decir "Tengo miedo", decimos "No quiero" o "No sé cómo" o "No puedo".

El miedo, entonces, es una respuesta aprendida. No es un instinto humano que se manifieste de forma diferente en mujeres y en hombres. Todo el asunto del instinto versus las respuestas aprendidas en los seres humanos es engañoso. Como Evelyn Reed dice en su libro *Woman's Evolution:* "la esencia de socializar al animal es romper la dictadura absoluta de la naturaleza y reemplazar los instintos puramente animales con respuestas condicionadas y comportamientos aprendidos. Los humanos de hoy se han deshecho de sus instintos animales originales a tal grado que la mayoría han desaparecido. A un infante, por ejemplo, se le debe enseñar lo peligroso que es el fuego, fuego del que los animales huyen instintivamente". (8)

Hemos sido separadas de nuestros instintos, cualesquiera que sean, por cientos de años de cultura patriarcal. Lo que conocemos y cómo actuamos es lo que se nos ha enseñado. Las mujeres han sido enseñadas a temer en función de la feminidad, tal como o a los hombres se les ha enseñado valentía en función de la masculinidad.

¿Qué es el miedo, entonces?, ¿cuáles son sus características?, ¿qué tiene el miedo que es tan efectivo en compeler a las mujeres a ser buenas soldadas del lado enemigo? El miedo, según las mujeres lo experimentan, tiene tres características principales: aísla, confunde y debilita.

Cuando una mujer rompe una regla que prescribe el carácter apropiado de la mujer, es calificada por los hombres, sus agentes y su cultura, como problemática. El aislamiento de la rebelde es real en que ella es evitada, ignorada, castigada o denunciada. Su nueva

aceptación en la comunidad de los hombres, que es la única comunidad regulada viable, dependerá de que renuncie y repudie su comportamiento desviado.

Cada niña, mientras crece, experimenta esta forma y esta realidad de aislamiento. Aprende que es la consecuencia inevitable de cualquier rebelión, por pequeña que sea. Para cuando es una mujer, el miedo y el aislamiento están unidos en un apretado nudo interno, de modo que no puede experimentar uno sin el otro. El terror que plaga a las mujeres con tan solo pensar de estar "solas" en esta vida, deriva directamente de este acondicionamiento. Si es que existe una forma de "perdición de la mujer" bajo el patriarcado, seguramente es este miedo al aislamiento -un terror que surge de los hechos en cada caso.

La confusión es también una parte integral del miedo. Es confuso ser castigada por ser exitosa -por trepar un árbol, o ser excelente en matemáticas. Es imposible responder la pregunta, "¿Qué hice mal?". Como resultado del castigo que es inevitable cuando ella tiene éxito, la niña aprende a identificar el miedo con la confusión y la confusión con el miedo. Para cuando es una mujer, el miedo y la confusión se gatillan simultáneamente por el mismo estímulo y no pueden ser separados el uno del otro.

El miedo, para las mujeres es aislante y confuso. También es consistente y progresivamente debilitante. Cada acto fuera de la esfera permitida a la mujer, provoca un castigo -este castigo es inevitable como el caer de la noche. Cada castigo inculca miedo. Como un ratón de laboratorio, la mujer tratará de evitar esos choques eléctricos de alto voltaje que parecen plagar el laberinto. Ella también quiere el legendario Queso Gigante al final del camino. Pero para ella, el laberinto jamás termina.

La debilidad que es intrínseca al miedo tal como lo experimentan las mujeres, es progresiva. Se incrementa, no aritméticamente mientras crece, sino geométricamente. La primera vez que una niña rompe una regla de su clase de género y es castigada, solo tiene que enfrentar las consecuencias reales de ese acto. Esto es, está aislada, confundida y siente miedo. Pero la segunda vez, debe lidiar con su acto, sus consecuencias, y también con los recuerdos de un acto anterior y sus anteriores consecuencias. Este juego interno de recuerdos dolorosos, anticipación al dolor, y a la realidad del dolor en una circunstancia dada, hacen virtualmente imposible que una mujer perciba las indignidades diarias a las que es sometida, mucho menos permitirá que les plante cara o que desarrolle y luche por valores que socaven o se opongan a la supremacía masculina. Los efectos de este aspecto acumulativo, progresivo, debilitante del miedo, son mutiladores, y la cultura masculina ofrece una sola posible resolución: sumisión completa y abyecta.

Ésta dinámica del miedo, como la he descrito, es la fuente de lo que los hombres tan felices, de manera tan indolente llaman "masoquismo de la mujer".

Y, por supuesto, cuando la identidad de una es definida como la falta de identidad; cuando la sobrevivencia de una depende de aprender a destruir o restringir todo impulso hacia la definición propia; cuando una es, de forma consistente y exclusiva, premiada por

lastimarse a sí misma al conformarse a reglas de conducta degradantes o humillantes; cuando una es, de forma continua e inevitable, castigada por tener logros, o éxito, o ser asertiva; cuando una es golpeada y destrozada, físicamente y/o emocionalmente, por cualquier acto o pensamiento de rebelión, y luego aplaudida y aprobada por rendirse, retractarse, pedir perdón; cuando eso pasa, el masoquismo, de hecho, se vuelve el estandarte de nuestra personalidad. Y tal vez ya sepan, es muy difícil para masoquistas encontrar el orgullo, la fuerza, la libertad interior, el valor para organizarse contra sus opresores.

La verdad es que este masoquismo, que efectivamente se torna el centro de la personalidad de la mujer, es el mecanismo que asegura que el sistema de supremacía masculina siga operando como un todo, incluso si algunas partes del mismo se destruyen o son reformadas. Por ejemplo, si el sistema de supremacía masculina es reformado, de forma que la ley requiera que no exista discriminación en el empleo en base al sexo, y que exista igual paga por el mismo trabajo, el continuo condicionamiento masoquista de las mujeres causará que sigamos, a pesar del cambio en la ley, replicando patrones de inferioridad femenina que nos consignan a trabajos domésticos apropiados para nuestra clase de género. Ésta dinámica asegura que ninguna serie de reformas económicas o legales van a acabar con la dominación masculina. El mecanismo interno del masoquismo femenino debe ser sacado de raíz desde el interior para que las mujeres sepan qué es ser libres.

II. Ahora, el proyecto feminista es acabar con la dominación masculina -eliminarla de la faz de la tierra. Queremos también terminar con aquellas formas de injusticia social que derivan del modelo patriarcal de dominación masculina -esto es, imperialismo, colonialismo, racismo, guerra, pobreza, violencia de cualquier tipo.

Para lograr esto, deberemos destruir la estructura cultural tal y como la conocemos, sus artes, iglesias, leyes; la familia nuclear fundada en las relaciones padre-propiedad y nación-estados; todas las imágenes, instituciones, costumbres, y hábitos que definen a las mujeres como víctimas despreciables e invisibles.

Para destruir la estructura de la cultura patriarcal, debemos destruir las identidades sexuales del hombre y la mujer, tal como son definidas hoy -en otras palabras, tendremos que abandonar el valor fálico y el masoquismo femenino, como identidades reguladas, como modos de comportamiento erótico, como indicadores básicos de macho y hembra.

Al tiempo en que destruimos la estructura de la cultura, construiremos una nueva cultura -no jerárquica, no sexista, no coercitiva, no explotadora- en otras palabras, una cultura que no esté basada en la dominación y sumisión de ninguna manera.

En tanto destruimos la identidad fálica de los hombres y la identidad masoquista de las mujeres, deberemos crear, de nuestras propias cenizas, nuevas identidades eróticas. Estas nuevas identidades eróticas han de repudiar, en su núcleo, el modelo sexual masculino: esto es, deben repudiar las estructuras de personalidad dominante-activo-

hombre y sumiso-pasivo-mujer; tendrán que repudiar la sexualidad genital como foco central y el valor de la identidad erótica; tendrán que repudiar y eliminar todas las formas de cosificación y alienación eróticas, que plagan el modelo sexual masculino. (9)

¿Cómo podemos nosotras, mujeres, a quienes se nos ha enseñado a temer a cada pequeño ruido nocturno, atrevernos a imaginar que tal vez destruyamos el mundo que los hombres defienden con sus ejércitos y sus vidas?, ¿cómo podemos nosotras, mujeres, que no tenemos un solo recuerdo vívido propio como heroínas, imaginar que tal vez tengamos éxito en construir una comunidad revolucionaria?, ¿dónde podemos encontrar la valentía de superar nuestro miedo de esclavas? Tristemente, somos tan invisibles para nosotras como lo somos para los hombres. Aprendemos a ver con sus ojos -que están casi ciegos. Nuestra primera tarea, como feministas, es aprender a ver con nuestros propios ojos.

Si pudiéramos ver con nuestros propios ojos, pienso que podríamos ver que ya tenemos, de forma embrionaria, las cualidades requeridas para acabar con el sistema de supremacía masculina que nos oprime y que amenaza con destruir toda la vida en este planeta. Veríamos que ya tenemos, en forma embrionaria, los valores sobre los que construir el nuevo mundo. Veríamos que la fuerza y valentía de la mujer se han desarrollado desde las mismísimas circunstancias de nuestra opresión, de nuestras vidas como gestantes y bienes muebles domésticos. Hasta ahora, hemos usado esas cualidades para soportar, bajo condiciones devastadoras y aterradoras. Ahora, debemos usar esas cualidades de fuerza y valentía como mujeres, que se forjaron en nosotras como madres y esposas, para repudiar las propias condiciones de esclavitud de las que derivan.

Si no fuéramos invisibles a nosotras mismas, veríamos que desde el inicio de los tiempos, hemos sido ejemplos de valentía física. Acuclilladas en plantaciones, aisladas en habitaciones, en suburbios, en chozas o en hospitales, las mujeres soportan el trabajo de dar a luz. Este acto físico de dar a luz, requiere valentía física del grado más alto. Es el acto prototípico de auténtica valentía física. La vida de una está en juego cada vez. Una se enfrenta a la muerte cada vez. Ningún héroe fálico, sin importar qué se haga a sí mismo o a otro para probar su valentía, va a igualar jamás la valentía solitaria, existencial, de la mujer que da a luz.

Debemos dejar de tener hijos en orden a reclamar nuestra dignidad de darnos cuenta de nuestra capacidad de valentía física. Esta capacidad es nuestra; nos pertenece, y nos ha pertenecido desde siempre. Lo que debemos hacer ahora es reclamar esta capacidad -retirarla del servicio a los hombres; y determinar cómo usarla al servicio de la revolución feminista.

Si no fuéramos invisibles a nosotras mismas, veríamos también que siempre hemos tenido una dedicación resoluta hacia la vida humana, lo que torna heroicas la crianza y sustento que damos a otras vidas diversas a la nuestra. Bajo toda circunstancia -guerra, enfermedad, hambruna, sequía, pobreza, en tiempos de miseria y angustia incalculables- las mujeres han hecho el trabajo requerido para la supervivencia de la especie. No hemos apretado algún botón, u organizado una unidad militar, para realizar la labor de sustentar la

vida, física y emocionalmente. Lo hemos hecho una por una, y una a una. Por miles de años, a mi parecer, las mujeres han sido el único ejemplo de valentía moral y espiritual -hemos perpetuado la vida, mientras que los hombres la destruyen. Esta capacidad de perpetuar la vida nos pertenece. Debemos reclamarla -retirarla del servicio a los hombres, para que nunca más la usen al servicio de sus propios intereses criminales.

Además, si no fuéramos invisibles a nosotras mismas, veríamos que las mujeres pueden soportar, y han soportado por cientos de años, cualquier angustia -mental o física- por el bien de quienes aman. Es tiempo de reclamar este tipo de valentía también, y usarla para nosotras y entre nosotras.

Para nosotras, históricamente, la valentía siempre ha existido en función de nuestra resoluta convicción hacia la vida. La valentía como la conocemos se ha desarrollado desde esa convicción. Siempre nos hemos enfrentado a la muerte por el bien de la vida; e incluso en la amargura de nuestra esclavitud doméstica, nos apoyamos en el conocimiento de que estábamos sustentando vida.

Nos enfrentamos, entonces, a dos hechos de la existencia de la mujer bajo el patriarcado: (1) que se nos enseña el miedo en función de la feminidad; y (2) que bajo las mismas condiciones de esclavitud que debemos repudiar, hemos desarrollado una convicción heroica hacia sostener y cuidar la vida.

Durante nuestras vidas, no podremos erradicar ese primer hecho de la existencia de la mujer bajo el patriarcado: seguiremos sintiendo miedo de los castigos que son inevitables en tanto desafiamos la supremacía masculina; se nos hará difícil arrancar de raíz el masoquismo tan profundamente inculcado en nosotras; sufriremos ambivalencias y conflictos, la mayoría de nosotras, a lo largo de nuestras vidas en tanto avance la presencia feminista revolucionaria.

Pero, si actuamos con resolución, también profundizaremos y expandiremos esa heroica convicción hacia sostener y cuidar la vida. La profundizaremos al crear nuevas, visionarias formas de comunidad humana; la expandiremos al incluirnos en ella –si aprendemos a valorarnos y apreciarnos como hermanas las unas a las otras. Renunciaremos a todas las formas de control y dominación masculina; destruiremos las instituciones y valores culturales que nos aprisionan en invisibilidad y victimización; pero de nuestro amargo, amargo pasado, tomaremos nuestra apasionada identificación con la valía de otras vidas humanas.

Quiero terminar diciendo que jamás debemos traicionar la heroica convicción hacia el valor de la vida humana, que es la fuente de nuestra valentía como mujeres. Si traicionamos esa convicción, seremos, al fin, héroes iguales a los hombres, con las manos empapadas en sangre.

6. Redefiniendo la No Violencia

"…y finalmente doy vuelta a mi corazón otra vez, así lo malo está por fuera y lo bueno está por dentro y sigo tratando de encontrar la forma de convertirme en lo que me gustaría ser y podría ser, si…no existiera nadie más en el mundo".

— Ana Frank, El Diario de Una Niña, 1 de Agosto, 1944, tres días antes de su arresto.

[Entregado en Boston College, en una conferencia sobre Alternativas al Sistema Corporativo Militar, en un panel sobre "Defender Valores Sin Violencia", 5 de Abril, 1975]

Feminismo, de acuerdo al diccionario Random House, se define como "la doctrina que aboga por que los derechos sociales y políticos para las mujeres sean iguales a los de los hombres". Ésta es una faceta del feminismo, y les conmino a no rechazarla, a no tomarla como reformista, a no descartarla con eso que llamarían, tal vez, pureza radical de izquierda. Algunos de ustedes lucharon con toda su alma y corazón por los derechos civiles de las personas negras. Comprendieron que sentarse sobre una mesa sucia y comer una hamburguesa rancia no tenía ningúna validez revolucionaría en absoluto -y aún así comprendieron también la indignidad, la degradante indignidad, de no ser capaz de hacerlo. Y entonces ustedes, y otras y otros como ustedes, pusieron sus vidas en primera línea para que las personas negras no fueran forzadas a sufrir sistemáticas indignidades diarias de exclusión de parte de instituciones que, de hecho, ustedes no avalaban. En todos los años del movimiento por los derechos civiles, jamás escuché a un hombre blanco radical decirle a un hombre negro –"¿por qué quieres comer ahí? Es mucho mejor comer en casa". Se entendía que el racismo era una patología abundante, y que esa patología debía ser desafiada donde fuera que sus despreciables síntomas aparecieran: debíamos revisar el crecimiento de la patología; disminuir los efectos debilitantes en sus víctimas; tratar de salvar las vidas de las personas negras, una por una de ser necesario, de los destrozos del sistema racista que condena a esas vidas a una amarga miseria.

Y aún así, cuando se trata de nuestras vidas, ustedes no hacen las mismas declaraciones. El sexismo, que con propiedad definimos como la servitud cultural, política, social, sexual, psicológica y económica de las mujeres a los hombres y las instituciones patriarcales, es también una patología abundante. Se alimenta en cada casa, cada calle, cada programa de televisión, cada película. Se manifiesta en cada interacción entre un hombre y una mujer. Se manifiesta en cada encuentro entre una mujer y las instituciones de ésta sociedad dominada por hombres. El sexismo se alimenta cuando somos violadas, o cuando nos casamos. Se alimenta cuando se nos niega control absoluto sobre nuestros cuerpos -cuando sea que el estado o cualquier hombre deciden por nosotras el uso que tendrán nuestros cuerpos. El sexismo se alimenta cuando se nos enseña a someternos a los

hombres, sexualmente y/o intelectualmente. Se alimenta cuando somos enseñadas y forzadas a servir a los hombres en sus cocinas, sus camas, como domésticas, como trabajadoras de mierda para sus muchísimas causas, como devotas discípulas de su trabajo, cualquier trabajo. Se alimenta cuando se nos enseña y fuerza a cuidarlos como esposas, madres, amantes, o hijas. El sexismo se alimenta cuando somos forzadas a estudiar cultura masculina pero no se nos permite reconocimiento ni orgullo en nuestra propia cultura. Se alimenta cuando se nos enseña a venerar y respetar voces de hombres, y así no tenemos voces propias. El sexismo se alimenta cuando, desde nuestra infancia en adelante, somos forzadas a restringir cada impulso hacia la aventura, cada ambición hacia éxitos o grandezas, cada acto o idea atrevida u original. El sexismo se alimenta día y noche. El sexismo es la base sobre la que toda tiranía es construida. Cada forma social de jerarquía está moldeada sobre la dominación hombre-sobre-mujer.

Jamás he oído a un hombre blanco radical ridiculizar o denigrar a un hombre negro por demandar que la Ley de Derechos Civiles fuese promulgada, o por reconocer los valores racistas detrás de la negativa a votar por dicha ley. Aún así, muchas mujeres de izquierda me han dicho, "no logro entender del todo las políticas de la reforma por la Igualdad de Derechos [*Equal Rights Amendment*]". Una discusión más profunda siempre revela que estas mujeres han sido denigradas por hombres de izquierda al expresar preocupación ante la posibilidad de que la reforma de Igualdad de Derechos tal vez no se promulgue este año o el siguiente.

Déjenme contarles acerca de "las política de la reforma de Igualdad de Derechos" - rechazar la promulgación de esta reforma, es rechazar reconocer en las mujeres la capacidad mental y física de ejercer los derechos de la ciudadanía; una negativa a aprobarla condena a la mujer a vivir como una no-entidad ante la ley; un rechazo a aprobarla es afirmar la opinión de que las mujeres son inferiores a los hombres en virtud de nuestra biología, una condición de nacimiento. Entre quiénes se interesan por la política, es vergonzoso ser racista o antisemita. Sin embargo, no hay vergüenza en descartar firmemente los derechos civiles de las mujeres.

En mi opinión, cualquier hombre que reconozca el derecho de la mujer a la dignidad y la libertad, reconocerá que los despreciables síntomas del sexismo deben ser desafiados siempre que aparezcan: revisar el crecimiento de la patología; disminuir sus debilitantes efectos en sus víctimas; tratar de salvar la vida de cada mujer, una por una de ser necesario, de los destrozos del sistema sexista que condena esas vidas a una amarga miseria. Cualquier hombre que sea tu compañero entenderá en su entraña la indignidad, la degradante indignidad, de ser excluida sistemáticamente de los derechos y deberes de la ciudadanía. Cualquier hombre que sea realmente tu compañero, estará dispuesto a comprometer su cuerpo, su vida, en primera línea, para que no seas nunca más sometida a esa indignidad. Les pido que vean a sus compañeros de izquierda, y que determinen si es que han hecho ese compromiso para con ustedes. Si no lo han hecho, entonces no toman sus vidas en serio, y en tanto ustedes trabajen con y para ellos, tampoco estarán tomando sus propias vidas en serio.

El feminismo es una exploración, una que recién empieza. A las mujeres se nos enseñó que, para nosotras, la tierra es plana, y si decidimos aventurarnos, caeremos por el precipicio. Algunas de nosotras nos hemos aventurado igualmente, y de momento no hemos caído. Con fe feminista espero que no lo hagamos.

Nuestra exploración tiene tres partes. Primero, debemos descubrir nuestro pasado. El camino a nuestras espaldas es oscuro, difícil de encontrar. Buscamos signos que nos digan: las mujeres han vivido aquí. Y luego tratamos de ver cómo fue la vida para esas mujeres. Nos damos cuenta de que por siglos, durante todo el tiempo del que se tiene registro, las mujeres han sido violadas, explotadas, humilladas, de forma sistemática e inimaginable. Descubrimos que millones y millones de mujeres han muerto víctimas de *ginocidios* organizados. Damos con atrocidad tras atrocidad, ejecutadas en tan gran escala que otras atrocidades palidecen en comparación. Nos damos cuenta que el ginocidio toma muchas formas -masacres, mutilación, dejarnos lisiadas, esclavitud, violación. No nos es fácil soportar lo que vemos.

En segundo lugar, debemos examinar el presente: cómo se organiza la sociedad actualmente; cómo viven las mujeres hoy; cómo funciona –este sistema global de opresión que se basa en el género y que toma tantas vidas invisibles; cuáles son las fuentes de la dominación masculina; ¿cómo la dominación masculina se perpetúa a sí misma a través de violencia organizada e instituciones totalitarias? Se trata de un análisis muy amargo. Vemos que alrededor del mundo nuestra gente, las mujeres, están encadenadas. Estas cadenas son psicológicas, sociales, sexuales, legales, económicas. Son pesadas. Estas cadenas están selladas por una violencia sistemática perpetrada en nuestra contra por la clase género hombres. No es fácil para nosotras soportar lo que vemos. No es fácil deshacernos de las cadenas, encontrar recursos para retirar nuestro supuesto consentimiento a la opresión. No es fácil determinar qué formas de resistencia debemos utilizar.

Tercero, debemos imaginar un futuro en que seremos libres. Solo imaginar este futuro puede darnos energías para no permanecer víctimas de nuestro pasado y nuestro presente. Solo imaginar este futuro puede darnos la fuerza para repudiar nuestra condición de esclavas –para identificarla cuando sea que se manifieste, y sacarla de raíz de nuestras vidas. Esta exploración no es amarga, pero es extremadamente difícil –porque cada vez que una mujer renuncia al comportamiento de esclava, se encuentra con toda la fuerza y crueldad de su opresor. Las mujeres que se comprometen políticamente, usualmente preguntan, "¿cómo podemos, como mujeres, apoyar las luchas de otras personas?" Esta pregunta usada como base para efectuar un análisis y acción políticas, replica la forma misma de nuestra opresión –nos mantiene como la clase de género de asistentes, de cuidadoras. Si no fuésemos mujeres –si fuésemos trabajadores hombres, u hombres negros, u hombres cualquiera- nos bastaría delinear el hecho de nuestra propia opresión; solamente eso sería suficiente para darle a nuestra lucha credibilidad ante la mirada de los llamados hombres radicales.

Pero las mujeres son mujeres, y el primer hecho de nuestra opresión es que somos invisibles para nuestros opresores. El segundo hecho de nuestra opresión es que hemos sido

entrenadas –por cientos de años y desde la infancia- a mirar a través de sus ojos, y así, somos invisibles a nosotras mismas. El tercer hecho de nuestra opresión es que nuestros opresores no son solo los hombres jefes de estado, hombres capitalistas, hombres militaristas –también lo son nuestros padres, hijos, esposos, hermanos y amantes. No hay otras personas que como grupo estén tan enteramente capturadas, tan enteramente conquistadas, tan destituidas de cualquier recuerdo sobre ser libres, tan horrorosamente robadas de su cultura e identidad, tan absolutamente vapuleadas, tan rebajadas y humilladas en el día a día. Y aun así, decimos, ciegamente, y preguntamos una y otra vez, "¿Qué podemos hacer por ellos? Es tiempo de preguntarnos, "¿Qué pueden hacer ellos por nosotras?" Esa debe ser la primera pregunta en cualquier diálogo político con los hombres.

Las mujeres, durante todos estos cientos de años patriarcales, hemos sido insistentes en la defensa de otras vidas distintas a las nuestras. Morimos dando a luz para que otros vivan. Sustentamos las vidas de niñas y niños, esposos, padres, y hermanos durante guerras, hambrunas, en cada tipo de devastación. Hemos hecho esto en la amargura de la servitud global. Cualquier cosa susceptible de ser conocida acerca del compromiso con la vida bajo el patriarcado, nosotras ya la conocemos. Sea lo que sea que se necesite para asumir compromiso bajo el patriarcado, nosotras lo tenemos. Ya es tiempo de repudiar el patriarcado valorando nuestras propias vidas como completas, serias, resolutas, tal cómo hemos valorado las vidas de otros. Es tiempo de comprometernos al cuidado y protección de las unas a las otras. Debemos establecer valores que se originen en la sororidad. Debemos establecer valores que repudien la supremacía fálica, que repudien la agresión fálica, que repudien todas las relaciones e instituciones basadas en la dominación de los hombres y la subordinación de las mujeres.

No nos será fácil establecer valores originados en la sororidad. Por siglos, nos han metido garganta abajo y vagina arriba los valores masculinos. Somos víctimas de una violencia tan arraigada, tan constante, tan implacable e interminable, que no podemos mirarla y decir, "aquí empieza y aquí termina". Todos los valores que quizás defendamos como consecuencia de nuestra alianza con los hombres y sus ideas, están saturadas con el hecho o el recuerdo de violencia. Sabemos más de violencia que cualquier otro grupo sobre la faz de la tierra. Hemos absorbido tantas cantidades de ella -como mujeres, como judías, como negras, vietnamitas, nativas americanas, etc.- que nuestros cuerpos y nuestras almas están impregnadas con sus efectos.

Les sugiero que cualquier compromiso con la no-violencia, si es real, debe comenzar en el reconocimiento de las formas y grados de violencia perpetrados por la clase de género hombres en contra de las mujeres. Sugiero que cualquier análisis de la violencia o cualquier compromiso para actuar contra ella, que no comience allí, carece de sentido- será una farsa que tendrá, como consecuencia directa, la perpetuación de nuestra servitud. Sugiero que cualquier hombre que no apoye la no-violencia, que no este comprometido, en cuerpo y alma, a acabar con la violencia en tu contra, no es de fiar. Él no es tu camarada, no es tu hermano, no es tu amigo. Él es alguien para quien tu vida es invisible.

Como mujeres, la no violencia debe partir con nosotras, debemos negarnos a ser violentadas, negarnos ser victimizadas. Debemos encontrar alternativas a la sumisión, porque nuestra subordinación –ser violadas, atacadas sexualmente, ser esclavas domésticas, ser abusadas y victimizadas de cualquier manera- perpetúa esa violencia.

El rechazo a ser víctimas no se origina en algún acto de resistencia de origen masculino, como matar. El rechazo del que hablo es un rechazo revolucionario a ser víctima, en cualquier momento, en cualquier lugar, en manos de un amigo o un enemigo. Este rechazo requiere un des-aprendizaje consciente de todas las formas de subordinación masoquista que se nos enseñan como si fuesen el contenido mismo de la *mujeridad*, del ser mujer. La agresión masculina se alimenta del masoquismo femenino, tal como los cuervos se alimentan de la carroña. Nuestro proyecto no-violento es encontrar las formas sociales, sexuales, políticas y culturales que repudien nuestros comportamientos sumisos programados, así la agresión masculina no encontrará carne muerta en la que festinar.

Cuando digo que debemos establecer valores que se originen en la sororidad, quiero decir que no debemos aceptar, ni por un segundo, nociones masculinas de lo que la agresión es. Estas nociones no han condenado jamás la violencia sistemática en nuestra contra. Los hombres que sostienen esas nociones no han renunciado jamás a los comportamientos, privilegios, valores, y arrogancia masculinas, que son en sí mismos y van de la mano con actos de violencia en nuestra contra.

Acabaremos con la violencia rehusándonos a ser violentadas. Repudiaremos todo el sistema patriarcal, con sus instituciones sadomasoquistas, con sus escenarios sociales de dominación y subordinación basados todos en el modelo del hombre-sobre-la-mujer, cuando nos rehusemos conscientemente, rigurosamente, y de forma absoluta a ser la tierra en donde germine como mala hierba la agresión, el orgullo, y la arrogancia masculinas.

7. Orgullo Lésbico

[Entregado en una manifestación por la Semana del Orgullo Lésbico, en Central Park, Nueva York. 28 de Junio, 1975].

Para mí, ser lesbiana significa tres cosas.

Primero, significa que amo, atesoro y respeto a las mujeres en mi mente, corazón y alma. Este amor por las mujeres es la tierra en la que se enraíza mi vida. Es la tierra de la vida que tenemos en común. Mi vida crece desde esa tierra. En cualquiera otra, yo moriría. De cualquier forma en que soy fuerte, soy fuerte gracias al poder y la pasión de este cariñoso amor.

Segundo, ser lesbiana significa para mí que existe una pasión erótica y una intimidad que surge de tocarse y saborearse, una ternura salvaje, salada, un dulce sudor húmedo, nuestros pechos, nuestras bocas, nuestras vaginas, nuestros cabellos enredados, nuestras manos. Hablo aquí de una pasión sensual tan profunda y misteriosa como el océano, tan fuerte y firme como la montaña, tan insistente y cambiante como el viento.

Tercero, ser lesbiana para mí significa la memoria de la madre, recordada en mi propio cuerpo, buscada, deseada, encontrada y realmente honrada. Significa la memoria del útero, cuando somos una con nuestras madres, hasta el nacimiento, donde somos separadas. Significa volver adentro, dentro de ella, dentro de nosotras mismas, a los tejidos y membranas, a la humedad y la sangre.

Existe un orgullo en el cariñoso amor que es nuestra tierra compartida, y en el amor sensual, y en la memoria de la madre –y ese orgullo brilla intensamente como el sol de verano al atardecer. Ese orgullo no puede ser degradado. Esos que pretenden degradarlo están tratando de lanzarle barro al sol. Aún brilla, y quienes le arrojan barro solo ensucian sus propias manos. A veces el sol está tapado por densas capas de nubes negras. Quien mirase podría pensar que ya no hay sol. Pero el sol aún brilla. De noche, cuando no hay luz, el sol aún brilla. Cuando llueve o graniza, o hay huracanes o tornados, el sol aún brilla.

Se pregunta el sol, "¿soy bueno?, ¿soy valioso?, ¿existe algo para mí?". No, quema y brilla. Se pregunta el sol, "¿soy tan grande como los soles en otras galaxias?". No, quema y brilla.

Creo que en los años que vienen, en este país, habrá una terrible tormenta. Creo que los cielos se oscurecerán tanto que serán irreconocibles. Quienes caminan por las calles, andarán en la oscuridad. Aquellas que están en prisión o en instituciones mentales, no verán el cielo en absoluto, solo la oscuridad a través de los barrotes en las ventanas. Aquellas que tienen hambre y están sufriendo, puede que ni siquiera levanten la vista. Verán la oscuridad en tanto cubra el suelo frente a sus pies. Las que son violadas verán la oscuridad en tanto miren la cara de su violador. Aquellas que son atacadas y brutalizadas verán atentamente a la oscuridad para determinar quién se les acerca, a cada segundo. Será difícil recordar que mientras la tormenta brame, aún así, aunque no podamos verlo, el sol brilla. Será difícil recordar, aunque no podamos verlo, que el sol quema. Trataremos de verlo y trataremos de sentirlo, y olvidaremos que aun nos calienta, que si no estuviera ahí, quemando, brillando, esta tierra estaría fría y desolada y yerma.

Y en tanto tengamos vida y respiremos, sin importar cuán oscura sea la tierra a nuestro alrededor, el sol aún quema, el sol aún brilla. No existe el hoy sin él. No existe el mañana sin él. No hubo ayer sin él. Esa luz esta dentro de nosotras –constante, cálida, y sanadora. Recuerden, hermanas, se avecinan días oscuros.

8. Nuestra Sangre: La Esclavitud de las Mujeres en Amerika.

(En memoria de Sarah Grimke, 1792-1873, y Angelina Grimke, 1805-1879)

[Entregado para Organización Nacional para las Mujeres, Washington, D.C., 23 de Agosto, 1975, en conmemoración del 55° aniversario del sufragio de las mujeres; entregado también en la Iglesia Comunitaria de Boston, 9 de Noviembre, 1975.]

I. En su introducción a *Felix Holt* (1886), George Eliot escribió: "…hay mucho dolor que es bastante silencioso; y las vibraciones que son las agonías humanas usualmente son meros susurros en el rugido de la estrepitosa existencia. Hay miradas llenas de odio que apuñalan y no resultan en ninguna acusación de asesinato; robos que dejan al hombre o la mujer mendigando paz o júbilo, y aun así la víctima los mantiene en secreto – comprometida a no hacer ruido salvo por esos gemidos por lo bajo durante la noche, escritos en ningún lugar salvo los lentos meses de angustia reprimida y lágrimas por la mañana. Mucha tristeza heredada que ha arruinado una vida no ha sido susurrada en ningún oído humano".

Les quiero hablar sobre la "tristeza heredada" de las mujeres en esta tierra Amerikana, tristeza que ha arruinado millones y millones de vidas humanas, tristeza que no "ha sido susurrada en ningún oído humano", o tristeza que ha sido susurrada y luego olvidada.

La historia de ésta nación es una historia sobre derramamiento de sangre. Todo lo que ha crecido aquí, ha crecido en campos bañados por la sangre de muchas gentes. Es una nación construida sobre la carroña humana de las naciones indígenas. Es una nación construida con labor esclava, masacres y dolor. Es una nación racista, una nación sexista, una nación asesina. Es una nación controlada patológicamente por el deseo de dominar.

Cincuenta y cinco años atrás, las mujeres nos convertimos en ciudadanas de ésta nación. Luego de setenta años de una feroz lucha por el voto, nuestros amables señores creyeron preciso dárnoslo. Desde esa época, hemos sido, al menos de forma ceremonial, partícipes del derramamiento de sangre provocado por nuestro gobierno; hemos sido implicadas formal y oficialmente en sus crímenes. La esperanza de nuestras ancestras fue esta: que cuando las mujeres tuviéramos el voto, lo usaríamos para detener los crímenes de los hombres contra los hombres y los crímenes de los hombres contra las mujeres.

Las mujeres que vinieron antes que nosotras creyeron darnos la herramienta que nos permitiría transformar una nación corrupta en una nación correcta. Es amargo decirlo, pero alucinaban. Es amargo decir que el voto se convirtió en una lápida sobre sus oscuras tumbas.

Las mujeres no tenemos muchas victorias que celebrar. En todas partes nuestra gente está encadenada -designadas como biológicamente inferiores a los hombres; nuestros cuerpos controlados por hombres y la ley masculina; víctimas de crímenes salvajes, violentos; atadas por ley, costumbre y hábito a la servitud sexual y doméstica; explotadas sin misericordia en cualquier trabajo pagado; robadas de nuestra identidad y ambición desde que nacemos. Queremos declarar el voto como una victoria. Queremos celebrar. Queremos regocijarnos. Pero la realidad es que el voto fue solo un cambio cosmético a nuestra condición.

El sufragio ha sido para nosotras la ilusión de participar, sin la realidad de auto-determinación. Como personas, aún estamos colonizadas, sometidas a la voluntad de los hombres. Y, de hecho, detrás del voto está la historia de un movimiento que se traicionó a sí mismo al abandonar sus propias reflexiones revolucionarias y comprometer sus principios más profundos.

El 26 de Agosto de 1920 significa, lo digo con mucha amargura, la muerte del primer movimiento feminista de Amerika. ¿Cómo celebramos ésa muerte?, ¿cómo nos regocijamos en la dada de baja de un movimiento que se propuso salvar nuestras vidas del desastre y ruina de la dominación patriarcal?, ¿dónde está la victoria en las cenizas muertas de un movimiento feminista que se quemó? El significado del voto es este: será mejor que descubramos nuestro pasado invisible, para poder entender cómo tanto terminó en tan poco; será mejor que resucitemos a nuestras muertas, para estudiar cómo vivieron y por qué murieron; será mejor que encontremos una cura para la enfermedad que las extinguió, para que no nos reduzca a nosotras.

Muchas, muchas mujeres, creo, resisten el feminismo porque es una agonía ser completamente consciente de la brutal misoginia que impregna la cultura, la sociedad y todas las relaciones personales.

Es como si nuestra opresión hubiese sido sellada en lava, eones atrás, y ahora es granito, y cada mujer individual estuviese enterrada dentro de la piedra. Las mujeres intentan sobrevivir dentro de la piedra, enterradas en lo profundo. Las mujeres dicen, “me gusta ésta piedra, no pesa tanto para mí”. Las mujeres defienden la piedra diciendo que la piedra las protege contra la lluvia y el viento y el sol. Las mujeres dicen, “esta piedra es todo lo que conozco, ¿qué haré sin ella?”

Para algunas mujeres, ser enterradas dentro la piedra es insoportable. Quieren moverse con libertad. Agotan todas sus fuerzas para apartar esa dura piedra que las confina. Se desgarran las uñas, rompen la piel de sus manos, hasta sangrar. Parten sus labios contra la roca, se rompen los dientes y se ahogan en el granito que cae dentro de sus bocas.

Muchas mujeres mueren en esta desesperada, solitaria batalla contra la piedra. Pero, ¿qué pasaría si el impulso por ser libres existiera en todas las mujeres enterradas dentro de la roca?, ¿Y qué tal si el material de la piedra se saturó tanto con el apestoso olor de los cuerpos putrefactos de las mujeres, acumuló ese hedor por miles de años de descomposición y muerte, que ya ninguna mujer pudiera contener su repulsión?, ¿qué harían esas mujeres sí, finalmente, quisieran ser libres?

Creo que estudiarían la piedra. Creo que usarían cada facultad mental y física que tuvieran en su poder para analizar la piedra, su estructura, sus cualidades, su naturaleza, su composición química, su densidad, las leyes físicas que determinan sus propiedades. Tratarían de descubrir dónde se erosionó, qué sustancias podrían descomponerla, qué tanta presión es necesaria para hacerla pedazos.

Esta investigación requeriría rigor y honestidad absolutas. Cualquier mentira que se dijeran a sí mismas sobre la naturaleza de la piedra impediría su liberación. Cualquier mentira que se dijeran a sí mismas sobre su propia condición bajo la piedra perpetuaría la situación que se volvió intolerable para ellas.

Creo que ya no queremos estar enterradas dentro de la piedra. Creo que el hedor de los cadáveres en descomposición de las mujeres finalmente se ha vuelto tan vil que estamos ya listas para enfrentar la verdad - acerca de la piedra, y acerca de nosotras mismas dentro de ella.

II. La esclavitud de las mujeres se origina miles de años atrás, en una civilización prehistórica que aún nos es inaccesible. Cómo fue que las mujeres se volvieron esclavas, dominadas por hombres, no lo sabemos. Sabemos que la esclavitud de las mujeres a manos de los hombres es la forma de esclavitud más antigua en la historia del mundo. Las primeras esclavas traídas a este país por imperialistas anglosajones fueron mujeres -mujeres blancas. Su esclavitud fue regulada por la ley civil y religiosa, repetida por la costumbre y tradición, y reforzada por el sadismo sistemático de los hombres -la clase que era dueña de esclavas. Los derechos de las mujeres bajo la ley Inglesa en los siglos 17 y 18 eran los siguientes:

"Esa consolidación que llamamos casamiento, es un candado conjunto. Es cierto, que esposo y esposa son una sola persona pero que se entienda en qué manera. Cuando un pequeño arroyo o río se incorpora al Támesis, la pobre corriente pierde su nombre; es llevada y llevada con su nuevo asociado; no posee movimiento, no posee nada…una mujer, tan pronto se contrae matrimonio, es cubierta; en latín, nupta, esto es "tapada"; como si fuera nublada y oculta; ella pierde su corriente…Su nuevo yo es su superior; su compañero, su amo…Eva, como ayudó a seducir a su marido, tiene un veto especial. Es esta la razón…de que las mujeres no tengan voz en el parlamento. No hacen leyes, no consienten a nada, no postulan nada. Se entiende que todas las mujeres están casadas o prontas a estarlo, y sus deseos son los de sus maridos…" Aquí, la ley y lo divino, se dieron la mano. (2)

La ley Inglesa en las colonias; allí no había un Nuevo Mundo para las mujeres. En las colonias, las mujeres fueron vendidas en matrimonio, primero, a cambio del precio del pasaje desde Inglaterra; luego, en la medida en que los hombres comenzaron a adquirir riquezas, pagaban mayores sumas a los mercaderes que vendían mujeres como quien vende patatas.

Las mujeres fueron importadas a las colonias para parir. Tal como un hombre compraba tierra para cosechar, compraba también una esposa para que le diera hijos. Un hombre era dueño de su esposa y de todo lo que ella produjese. Su siembra provenía de su útero, y era cosechada año a año hasta que moría. Según la ley, el hombre era dueño incluso de la criatura aún no nacida. Era dueño también de cualquier propiedad personal que ella pudiera tener -ropa, peines, cualquier efecto personal por más insignificante que fuera. Él también, por supuesto, tenía el derecho a su labor doméstica, y era dueño de todo lo que ella creara -comida, ropaje, telas, etc. Un hombre tenía derecho a castigarla corporalmente, o darle un "escarmiento", como le decían. Las esposas eran azotadas y golpeadas por desobediencia, o por capricho, con todo el respaldo de la ley y la costumbre.

Una mujer que escapaba era considerada una esclava fugitiva. Podría ser cazada, devuelta a su dueño, y castigada brutalmente al ser encerrada en la cárcel o azotada. Cualquiera que la hubiera ayudado a escapar, o le proveyera comida o refugio, podría ser perseguido por robo.

El matrimonio era una tumba. Una vez dentro, una mujer estaba civilmente muerta. No tenía derechos políticos, ni privados, ni tampoco personales. Era propiedad, en cuerpo y alma, de su marido. Incluso cuando el fallecía, ella no heredaba las criaturas que había dado a luz; era obligación del hombre traspasar precavidamente los hijos e hijas a otro hombre que tendría la custodia.

La mayoría de las mujeres blancas, por supuesto, fueron traídas a las colonias como bienes, ya casadas. Un grupo más pequeño de ellas, sin embargo, fue traído como "criadas ligadas por contrato". En teoría, las criadas ligadas por contrato eran obligadas a ser esclavas por un cierto periodo de tiempo, usualmente a cambio del precio del pasaje. Pero, en los hechos, el tiempo de servitud podía ser extendido fácilmente por el amo, como castigo por infringir alguna regla o ley. Por ejemplo, ocurría usualmente que una criada de este tipo, que por definición no poseía medios económicos de protección, era usada sexualmente por su amo, era embarazada, y luego acusada de dar a luz a un bastardo, lo que era un crimen. El castigo por este crimen sería tiempo adicional al servicio de su amo. Un argumento usado para justificar este abuso era que un embarazo disminuía la utilidad de la mujer, por tanto, al amo se le había privado de su labor. La mujer, entonces, era obligada a reparar esa pérdida.

La esclavitud en Inglaterra, luego en Amerika, no fue estructuralmente distinta a la esclavitud de las mujeres en otras partes del mundo. La opresión institucional de las mujeres no es producto de una época acotada de la historia, tampoco deriva de una circunstancia nacional particular, ni es consecuencia de un sistema económico particular.

La esclavitud en Amerika fue congruente con el carácter universal de la abyecta subyugación de la hembra humana: las mujeres eran bienes carnales; sus cuerpos y todos sus asuntos biológicos eran propiedad de los hombres; la dominación de los hombres sobre ellas era sistemática, sádica, y sexual en su origen; su esclavitud era la base sobre la que se construyó toda la vida social y el modelo del cual derivan todas las otras formas de dominación social.

La atrocidad de la dominación de los hombres sobre las mujeres envenenó el cuerpo social, en Amerika y en todas partes. Las primeras en morir debido a este veneno, por supuesto, fueron las mujeres –su genio destruido; cada potencialidad humana disminuida; su fuerza devastada; sus cuerpos saqueados; su voluntad encarcelada en manos de sus amos.

Pero el deseo de dominar es una bestia hambrienta. Jamás hay suficientes cuerpos tibios para saciar su monstruosa hambre. Una vez viva, ésta bestia crece y crece, alimentándose de toda la vida que la rodea, escarbando la tierra para encontrar nuevas fuentes para nutrirse. Ésta bestia vive en cada hombre que se alimenta de la servitud de las mujeres.

Cada hombre casado, sin importar cuán pobre fuera, era dueño de una esclava -su esposa. Cada hombre casado, sin importar cuán poco poder tuviera en comparación a otros, tenía poder absoluto sobre una esclava -su esposa. Cada hombre casado, sin importar su rango en el mundo de los hombres, era el tirano y el amo de una mujer -su esposa.

Y cada hombre, casado o no, tenía consciencia de clase de género, de éste derecho a dominar a las mujeres, a tener autoridad absoluta y brutal sobre los cuerpos de las mujeres. Éste derecho de dominación sexual era suyo de nacimiento, predicado por la voluntad de Dios, fijado por las reglas conocidas de la biología, y que no estaba sujeto a ser modificado o restringido por la ley o la razón. Cada hombre, casado o no, sabía que él no era una mujer, no era un bien carnal, no era un animal que fue puesto en la tierra para ser follado y tener crías. Este conocimiento era el centro de su identidad, la fuente de su orgullo, el germen de su poder.

No fue, entonces, una contradicción o una agonía moral el inicio de la compra de esclavos y esclavas negras. El deseo de dominar festinó con la carne de las mujeres; los músculos de la bestia se volvieron fuertes y firmes al subyugarlas; su lujuria de poder entró en frenesí junto al placer sádico de la supremacía absoluta. La parte de la consciencia humana que es necesario se atrofie para que los hombres conviertan a otros humanos en objetos, se había marchitado y vuelto inútil muchísimo antes de que el primer esclavo negro fuese importado a las colonias inglesas. Una vez establecida la esclavitud de las mujeres como el campo enfermizo de la sociedad, el racismo y otras patologías jerárquicas germinaron inevitablemente de él.

Hubo trata de esclavos negros anterior a la colonización Inglesa de lo que es hoy Estados Unidos. Durante el Medioevo hubo esclavos negros en Europa en menor cantidad,

comparativamente hablando. Fueron los portugueses los primeros que realmente se dedicaron al secuestro y venta de personas negras. Desarrollaron el tráfico de esclavos del Atlántico. Las personas negras fueron importadas en masivas cantidades a las colonias portuguesas, españolas, francesas, alemanas, danesas y suecas.

En las colonias inglesas, como he dicho, cada hombre casado tenía una esclava, su esposa. En tanto los hombres adquirían riqueza, compraron más esclavos, personas negras, quienes, al otro lado del Atlántico, ya eran vendidas. La riqueza de un hombre siempre se ha medido de acuerdo a cuánto posee. Un hombre compra propiedades tanto como para aumentar su riqueza, como para demostrar su fortuna. Las personas negras eran compradas como esclavas para este propósito.

Las leyes que fijaban el estatus de bien mueble de las mujeres blancas se extendieron entonces para ser aplicadas al esclavo y esclava negra. El derecho divino que determinó la esclavitud de las mujeres a los hombres fue interpretado para volver voluntad de Dios la esclavitud de negros a blancos.

La maliciosa noción de inferioridad biológica, que surgió para justificar la abyecta subyugación de mujeres a hombres, fue expandida para justificar la abyecta subyugación de negros a blancos. El látigo que solía partir las espaldas de las mujeres blancas, ahora era blandido también contra las espaldas de las personas negras. Tanto hombres como mujeres negras eran secuestrados de sus hogares africanos y vendidos como esclavos, pero su condición era diferente. Los hombres blancos perpetuaron su visión de inferioridad de la mujer en la institución de la esclavitud negra. El valor del esclavo negro en el mercado era el doble del valor de la esclava negra; se calculaba que la labor de él en el campo o el hogar valía el doble que la de ella.

La condición de la mujer negra esclava estaba determinada primero por su sexo y luego por su raza. La naturaleza de su servitud difería de la del esclavo negro hombre, porque ella era objeto carnal, un bien sexual, sometida a la voluntad sexual de su amo blanco. En el campo o en la casa, soportaba las mismas condiciones que el esclavo hombre. Trabajaba igual de duro; igual de largo; su comida y ropa eran inadecuadas; sus superiores la azotaban igual de seguido. Pero la mujer negra era además usada como una bestia de cría, sea que la montara el semental blanco o sea que su amo blanco eligiera un esclavo negro de su preferencia. Su valor económico, siempre menor que el del hombre negro, se medía primero por su capacidad reproductiva de parir más riqueza para su amo, en forma de más esclavos, y en segundo lugar por sus habilidades en el campo o el hogar.

En la medida que se importaron personas negras a las colonias inglesas, el carácter de la esclavitud de la mujer blanca se alteró de una forma muy extraña:

Las esposas continuaron siendo bienes muebles. Su propósito seguía siendo producir hijos año a año hasta morir. Pero sus amos, extasiados de dominación, le dieron un

nuevo uso a sus cuerpos: serían ornamentos, profundamente inútiles, completamente pasivos, objetos decorativos mantenidos para demostrar la rebosante riqueza del amo.

Ésta creación de la mujer-adorno puede ser observada en todas las sociedades que predicaron la esclavitud de la mujer y donde los hombres acumularon riquezas. En China, por ejemplo, donde por miles de años los pies de las mujeres fueron vendados, los pies de la mujer pobre eran amarrados con soltura -ella aún debía trabajar; sus pies estaban atados, los de su marido no; eso lo hacía superior a ella, pues él podía caminar más rápido, pero aun así ella debía producir hijos y criarlos, realizar el trabajo doméstico, y usualmente trabajar en los campos también; él no podía permitirse atarle los pies completamente porque necesitaba de su labor. Pero la mujer esposa de un hombre rico era inmovilizada; sus pies eran reducidos a muñones, de modo que era enteramente inútil, salvo para ser follada y dar a luz. Dependiendo de cuán lisiada ella estaba, más alto era el grado de la riqueza del hombre. Estar absolutamente lisiada físicamente era la cúspide de la moda para la mujer, el ideal de la belleza femenina, la erótica piedra de tope de la identidad de la mujer.

En Amerika como en todas partes, atar físicamente a la mujer era el propósito real de la alta costura femenina. El disfraz de mujer fue una invención sádica diseñada para abusar de su cuerpo. Sus costillas fueron empujadas hacia adentro y arriba; su cintura, apretada al menor tamaño posible para que se viera como un reloj de arena; sus faldas eran anchas y muy pesadas. Los movimientos que ella podía hacer en este restrictivo y usualmente doloroso atuendo eran considerados la esencia de la gracia femenina. Las señoritas se desmayaban a menudo porque no podían respirar. Las damas eran tan pasivas porque no se podían mover. También, por supuesto, a las señoritas se les entrenaba para ser idiotas mental y moralmente. Cualquier demostración de inteligencia comprometía el valor como adorno de una dama. Cualquier afirmación de voluntad propia contradecía la definición que su amo tenía de ella como objeto decorativo. Cualquier rebelión en contra de su descuidada pasividad, que la clase que poseía esclavos había articulado como su verdadera naturaleza, podría causar la ira de su poderoso dueño y llevarle censura y ruina.

Los costosos vestidos que adornaban a la dama, su relajo, y su vacuidad, obnubilaron para muchos la dura, fría realidad de su condición de propiedad carnal. Ya que su función era significar la riqueza del hombre, frecuentemente se asumía que ella poseía tal riqueza. En los hechos, ella era un vientre de cría y un adorno, sin derechos privados o políticos, sin posibilidad de reclamar dignidad o libertad.

La genialidad de cualquier sistema de esclavitud se encuentra en las formas en que aísla a los esclavos unos de otros, oscurece la realidad de su condición común, y vuelve inconcebible una rebelión unida contra el opresor. El poder del amo es absoluto e incontrovertible. Su autoridad está protegida por la ley civil, las fuerzas armadas, la costumbre, y las reglas divinas o biológicas. Es característico de las y los esclavos interiorizar la visión que los opresores tienen de ellos, y ésta visión interiorizada se cristaliza en un odio patológico hacia sí mismos. Típicamente las y los esclavos aprenden a

odiar las cualidades y comportamientos que caracterizan a su grupo, y a identificar sus propios intereses con los intereses de sus opresores.

La posición del amo en la cima es invulnerable; una aspira a convertirse en el amo, o estar cerca de él o ganar reconocimiento en virtud del buen servicio prestado al amo. El resentimiento, la rabia y amargura ante la falta de poder propio no pueden dirigirse hacia arriba, en contra de él, así que todo es dirigido en contra de otras esclavas que son la encarnación de la degradación propia.

Entre las mujeres, ésta dinámica tiene lugar en lo que Phyllis Chesler llamó "políticas de harén" (3). La primera esposa es tirana de la segunda esposa, que es tirana de la tercera, etc. La autoridad de la primera esposa, o de cualquier mujer en el harén que tenga prerrogativas sobre otras mujeres, existe en función de su falta de poder en relación al amo. La labor que ella realiza como objeto para ser follado y para dar a luz puede ser realizada por cualquier otra mujer de su clase de género. Ella, al igual que todas las mujeres de su clase abusada, es instantáneamente reemplazable. Esto significa que todo acto de crueldad que ella comete en contra de otras mujeres, lo ejecuta como agente del amo. Su comportamiento dentro del harén por sobre y en contra de otras mujeres es de interés para su amo, cuya dominación ésta cimentada por el odio que se tengan las mujeres entre ellas. Dentro del harén, exiliadas de acceder a cualquier tipo de poder real, robadas de cualquier posibilidad de autodeterminación, todas las mujeres típicamente ejecutan en otras mujeres la rabia reprimida contra el amo; y así mismo expresan el odio interiorizado hacia su propia clase. Una vez más, esto asegura de forma efectiva la dominación del amo, ya que las mujeres divididas unas contra otras, no se unirán contra él.

Para el dueño de esclavas y esclavos negros, la mujer blanca era la primera esposa, pero el amo tuvo muchas otras concubinas de hecho, o potencialmente, mujeres negras esclavas. La esposa blanca se convirtió en el agente de su esposo en contra de esta otra propiedad carnal. Su rabia en contra de su amo podía ejecutarse solo en contra de las personas negras, rabia que era, usualmente brutal e implacable. Su odio hacia su propia clase se expresó en contra de aquellos que, como ella, eran propiedad carnal, pero que, a diferencia de ella, eran negros. Ella también, por supuesto, agredía a sus propias hijas blancas, al amarrarlas y atarlas como damas, forzándolas a desarrollar la pasividad de ornamentos, e incentivando la institución del matrimonio.

Las esclavas negras, cuyos cuerpos la dominación del hombre blanco visitaba más salvajemente, tuvieron vidas de amargura imposible de aliviar. Se rompían la espalda trabajando; les quitaban a sus bebés y los vendían; eran las sirvientas sexuales de sus amos; y usualmente soportaron la ira de la mujer blanca -humilladas hasta la crueldad por las condiciones de su propia servitud.

Las políticas de harén, el odio propio del oprimido que busca venganza en los de su misma clase, y la tendencia de la esclava a identificar su interés propio con el interés del amo -todo ello conspiró para hacer imposible que las mujeres blancas, mujeres negras y

hombres negros comprendieran las impactantes similitudes de su condición y se unieran en contra de su opresor común.

Ahora, hay muchas que creen que los cambios ocurren en la sociedad debido a procesos desvinculados: describen los cambios en términos de avances tecnológicos; o pintan gigantescos cuadros de fuerzas abstractas enfrentándose en el aire. Pero yo creo que como mujeres sabemos que tales procesos desvinculados no existen: toda la historia se origina en la carne humana; toda la opresión es infligida por el cuerpo de una contra el cuerpo de otra; todo cambio social se construye en la carne y hueso, y desde el músculo y la sangre, de las y los creadores humanos. Dos de esas creadoras fueron las hermanas Grimke, de Charleston, Carolina del Sur. Sarah, nacida en 1782, fue la sexta de catorce criaturas; Angelina, nacida en 1805, fue la última. Su padre fue un abogado rico dueño de numerosas esclavas y esclavos negros.

A temprana edad, Sarah se rebeló contra su condición de dama y contra el horror siempre presente de la esclavitud negra. Su primera ambición fue convertirse en abogada pero su padre le negó la educación, él quería que ella solo supiera cómo bailar, coquetear y casarse. "Para mí, aprender era una pasión", escribió más tarde. "A mi naturaleza le fue negado el nutriente apropiado, su curso fue atacado, sus aspiraciones aplastadas" (4). En su adolescencia, Sarah, de manera consciente, quebrantó la ley sureña que prohibía enseñarle a leer a las y los esclavos. Dio clases de lectura en una escuela para esclavos los domingos, hasta que su padre la descubrió; e incluso después de eso, siguió enseñándole a su propia doncella. "Nos cortaron la luz," escribió, "la cerradura fue revisada, y ante el fuego, acostados sobre nuestros estómagos, y con él silabario bajo nuestros ojos, desafiamos las leyes de Carolina del Sur" (5). Eventualmente esto también fue descubierto, y entendiendo que la criada sería azotada de haber más infracciones, Sarah dejó de darle clases. En 1821, Sarah se fue de Carolina del Sur a Philadelphia. Renunció a la religión episcopal de su familia y se convirtió en cuáquera.

Angelina tampoco pudo tolerar la esclavitud negra. En 1829, a la edad de 24 años, escribió en su diario: "Un sistema debe ser radicalmente malo si solo puede sostenerse al transgredir las leyes de Dios" (6). En 1828, ella también se mudó a Philadelphia. En 1835, Angelina le escribió una carta personal al militante abolicionista William Lloyd Garrison. Decía: "El terreno que pisas es sagrado: jamás -jamás cedas. Si cedes, las esperanzas de los esclavos se extinguirán…Tengo la profunda, solemne, deliberada convicción de que es una causa por la que vale la pena morir" (7). Garrison publicó la carta en su periódico abolicionista, *The Liberator* [El Libertador], con un prefacio que identificaba a Angelina como miembro de una prominente familia esclavista. Ella fue ampliamente condenada por amigos y conocidos por desgraciar a su familia, y Sarah también la condenó. En 1836, selló su destino como traidora a su raza y a su familia al publicar el escrito abolicionista llamado "*An Appeal to the Christian Women of the South*" [Un llamado a las mujeres cristianas del sur]. Por primera vez, tal vez en la historia mundial, una mujer se dirigía a otras mujeres y demandaba que se unieran como fuerza revolucionaria para desmantelar un sistema

tiránico. Y por primera vez en tierra Amerikana, una mujer exigía a las mujeres blancas que se identificaran con el bienestar, libertad y dignidad de las mujeres negras:

"Dejen que las mujeres se encarnen a sí mismas en la sociedad, y envíen peticiones a sus diferentes legislaturas, llamen a sus esposos, padres, hermanos e hijos, a abolir las instituciones de esclavitud; llámenlos a no someter nunca más a las mujeres a la mordaza y la cadena, a la oscuridad mental y la degradación moral; a no separar nunca más a los esposos de sus mujeres, y a las criaturas de sus madres y padres; a que nunca más hombres, mujeres y niños trabajen sin sueldo; a no amargar más sus vidas con duras amarras; a no reducir nunca más a ciudadanos americanos a la abyecta condición de esclavos, de "bienes personales"; a no trastocar más la imagen de Dios en los conflictos humanos a cambio de cosas corruptibles como plata y oro" (8).

Angelina exhortó a las mujeres blancas sureñas, por el bien de todas las mujeres, a formar sociedades anti-esclavitud; a enviar peticiones a las legislaturas; a educarse a sí mismas sobre la dura realidad de la esclavitud negra; a hablar en contra de la esclavitud a familiares, amigos y conocidos; a demandar que en sus propias familias los y las esclavas fueran liberadas; a pagar sueldos a cualquier esclavo que no fuese libre; a ir en contra de la ley y liberar esclavos siempre que fuera posible; a ir contra la ley enseñado a los esclavos a leer y escribir.

En la primera exposición de la desobediencia civil como principio para actuar, ella escribió: "Algunas de ustedes dirán, no podemos liberar a los esclavos ni enseñarles a leer, porque las leyes de nuestro estado lo prohíben. No se sorprendan cuando digo que esas retorcidas leyes no deben ser obstáculos para que cumplan con su deber…Si una ley me ordena pecar, la romperé; si me llama a sufrir, dejaré que siga su curso sin restricción. La doctrina de obediencia ciega y subordinación acrítica a cualquier poder humano, sea civil o eclesiástico, es la doctrina del despotismo…" (9)

Este discurso fue quemado por los post-amos sureños; se le advirtió a Angelina mediante las editoriales, en periódicos, que jamás volviera al Sur; y fue repudiada por su familia. Luego de la publicación de su "*Appeal*", ella se volvió organizadora abolicionista de tiempo completo.

También, en 1836, en una serie de cartas a Catherine Beecher, Angelina articuló el primer argumento completamente feminista en contra de la opresión de la mujer: "Ahora, considero que es el derecho de las mujeres poder elegir todas las leyes y regulaciones por los que seremos gobernadas, ya sea en la Iglesia o el Estado; y que la configuración actual de la sociedad…es una violación a los derechos humanos, una descarada usurpación de poder, un violento secuestro y confiscación de lo que sagrada e inalienablemente es nuestro -infligiendo así en las mujeres males espantosos, creando injusticias incalculables en el ámbito social, e influenciando al mundo, produciendo solo maldad continuamente." (10).

Su consciencia feminista nació de su compromiso abolicionista: "La investigación de los derechos de los esclavos me ha llevado a comprender mejor los míos" (11).

También, en 1836, Sarah Grimke publicó un panfleto titulado "*Epistle to the Clergy of the Southern States*" [Epístola al Clérigo de los Estados del Sur]. Ahí, refuta el argumento del clérigo sureño de que la esclavitud bíblica permitía justificar la esclavitud en Amerika. Desde ese momento, Sarah y Angelina se unieron privada y públicamente en su trabajo político.

En 1837 las hermanas Grimke asistieron a una convención anti-esclavitud en la ciudad de Nueva York. Allí, afirmaron que las mujeres blancas y negras eran una hermandad; que la institución de la esclavitud negra fue alimentada por el prejuicio racial norteño; y que las mujeres blancas y los hombres negros también poseían una condición común:

"[Las esclavas mujeres] son nuestras compatriotas -son nuestras hermanas; y como mujeres, tienen derecho a buscar en nosotras empatía en su dolor, y esfuerzos y plegarias para ser rescatadas…Nuestra gente ha levantado un falso estandarte con el cual juzgar el carácter del ser humano. Porque en los Estados esclavistas, los hombres de color son aplastados y mantenidos en la ignorancia, son tratados con desdén y rabia; así que en el Norte, en profunda deferencia con el Sur, rehusamos comer, o andar en bus, o caminar, o asociarnos o abrir nuestras instituciones de aprendizaje, o incluso nuestros zoológicos a las personas de color, a menos que las visiten en calidad de sirvientes, en incidental y humilde asistencia junto a los anglo-americanos ¿Quién oyó jamás sobre tal retorcido absurdo en un país Republicano? Las mujeres han de tener una afinidad peculiar hacia los hombres de color, porque, como ellos, ellas ha sido acusadas de inferioridad mental, y se les ha negado el privilegio de acceder a una educación liberal" (12).

En 1837, la reacción pública contra las hermanas Grimke se volvió feroz. El Clérigo de Massachusetts público una carta pastoral denunciando el activismo de las mujeres: "Les invitamos a poner atención a los peligros que actualmente parecen amenazar el carácter de la mujer, causando una herida amplia y permanente…No podemos…sino lamentarnos la conducta errada de quienes incitan a las mujeres a tomar parte intrusiva y ostentosas en las reformas, y [no podemos] dar cabida a nadie de ese sexo que de momento se haya olvidado a sí misma al punto de inmiscuirse con carácter de oradores públicos y profesores. Deploramos especialmente la íntima cercanía y promiscuas conversaciones de las mujeres en relación a cosas que no deben ser nombradas; que consumen la modestia y delicadeza que son los encantos de la vida doméstica, y que constituyen la verdadera influencia de las mujeres en la sociedad, y que abren la puerta, que rechazamos, a la ruina y la degeneración" (13).

En respuesta a la carta pastoral, Angelina escribió: "Somos puestas en una situación inesperadamente desafiante, a la cabeza de una lucha enteramente nueva -la lucha por los derechos de la mujer como un ser moral, inteligente y responsable" (14). La respuesta de Sarah, que fue luego publicada como parte un análisis sistemático de la opresión de las mujeres llamado "*Letters on the Equality of the Sexes and the Condition of Women*" [Cartas sobre la Equidad de los Sexos y la Condición de las Mujeres], dice en parte lo siguiente:

"[La carta pastoral] dice, "Les invitamos a poner atención a los peligros que actualmente parecen amenazar el carácter de la mujer, causando una herida amplia y permanente". Me alegra que hayan hecho un llamado de atención al sexo al que pertenezco sobre este tema, porque creo que si la mujer lo investiga, ella pronto descubrirá que existe un peligro latente, aunque viene de una fuente totalmente distinta…peligro de quienes, habiendo por largo tiempo sostenido las riendas de una autoridad usurpada, no están dispuestos a permitirnos satisfacer esa esfera que Dios creó para que nos desarrollemos, y que han entrado en una batalla para aplastar la mente inmortal de la mujer. Me alegro, porque estoy convencida de que los derechos de la mujer, como los derechos de los esclavos, necesitan ser examinados solamente para ser comprendidos y afirmados, incluso por aquellos que ahora se dedican a aplacar el deseo irrefrenable de libertad mental y espiritual que brilla en el pecho de muchas quienes apenas se atreven a expresar su sentir". (15).

En esta confrontación con el clérigo de Massachusetts, fue que nació el movimiento por los derechos de las mujeres en Estados Unidos.

Dos mujeres, levantando la voz por todas las oprimidas de su clase, decidieron transformar la sociedad en nombre y por el bien de las mujeres. El trabajo de Angelina y Sarah Grimke, tan profundo en su análisis político de la tiranía, tan visionario en su urgencia revolucionaria, tan irrefrenable en su desprecio a las ataduras humanas, tan radical en su percepción de la opresión de todas las mujeres y el hombre negro, fue la fibra con la cual se tejió el primer movimiento feminista. Elizabeth Cady Stanton, Lucretia Mott, Susan B. Anthony, Lucy Stone -fueron hijas de las hermanas Grimke, nacidas de su milagroso trabajo.

Se suele decir que todas y todos quienes abogaron por los derechos de las mujeres fueron también abolicionistas, pero que no todos los abolicionistas lucharon por los derechos de las mujeres. La cruda realidad es que la mayoría de los abolicionistas hombres, se opusieron a los derechos de las mujeres. Frederick Douglass, un ex esclavo negro que fuertemente apoyó los derechos de las mujeres, describió su posición en 1848, justo después de la Convención Seneca Falls: "Una discusión sobre los derechos de los animales sería considerado con mucha más complacencia por muchos de los llamados sabios y buenos de nuestra tierra, que una discusión sobre los derechos de las mujeres. Estiman que es ser culpable de malos pensamientos, creer que las mujeres han de tener iguales derechos que los hombres. Muchos de los que al fin descubrieron que el hombre negro tiene los mismos derechos que otros miembros de la sociedad, aún no se convencen de que las mujeres tienen derecho alguno…Varios de los que calzan en esta descripción, de hecho, abandonaron la causa anti-esclavitud, temiendo que al prestar apoyo en esa dirección podrían estar sustentando a la peligrosa herejía de que la mujer, en respeto de sus derechos, se ponga de pie en igualdad de condiciones junto al hombre. A juicio de éste tipo de personas, el sistema de esclavitud Americano, con todos sus horrores concomitantes, es menos deplorable que ésta retorcida idea" (16).

En el movimiento abolicionista, como en la mayoría de los movimientos por cambios sociales, entonces y ahora, las mujeres fueron las comprometidas; las mujeres hicieron el trabajo que debía ser hecho; las mujeres fueron la fuerza y músculo que afirmó el cuerpo completo. Pero cuando las mujeres declararon sus propios derechos, fueron desechadas con descontento, ridiculizadas, o se les dijo que su propia lucha era auto-indulgente, secundaria a la lucha real. Como Elizabeth Cady Stanton escribió en sus reminiscencias: "Durante los seis años [de la Guerra Civil] cuando las mujeres sostuvieron sus propios reclamos de forma marginal a los de los esclavos…y trabajaron para entusiasmar a la gente [por la emancipación] fueron altamente honradas como "sabias, leales y con una visión clara". Pero cuando los esclavos fueron emancipados, y estas mismas mujeres pidieron ser reconocidas como ciudadanas en la reconstrucción de la República, iguales ante la ley, todas estas virtudes trascendentales se desvanecieron como el rocío al amanecer. Y así es siempre: en tanto la mujer trabaje para secundar las causas del hombre y exalte ese sexo por sobre el propio, sus propias virtudes son incuestionables; pero cuando se atreve a demandar derechos y privilegios para ella misma, sus motivos, modales, vestimenta, apariencia personal, y su carácter son sometidos al ridículo hasta la retractación" (17).

Las mujeres, como Stanton apuntó, "apoyaron a las personas negras, hasta ese momento, en igualdad de condiciones, como clase marginada, fuera del paraíso político"; (18). Pero la mayoría de los abolicionistas hombres, y el partido Republicano que los representó eventualmente, no hicieron ningún compromiso para con los derechos civiles de las mujeres, mucho menos con la radical transformación social demandada por las feministas. Estos hombres abolicionistas, en cambio, se comprometieron con la dominación masculina, invirtieron en privilegios para los hombres, y sustentaron la creencia de la supremacía masculina.

En 1868, la *Fourteenth Amendment* [Catorceava Enmienda] que permitía al hombre negro tener propiedad, fue ratificada. En esta misma reforma, la palabra "macho" fue introducida en la Constitución de Estados Unidos por primera vez -esto para asegurar que no permitiera, ni siquiera por accidente, el sufragio u otro derecho legal a las mujeres. Esta traición fue despreciable. Los hombres abolicionistas traicionaron a cada mujer cuya organización, charlas, y panfletos dieron pie a la abolición. Los hombres abolicionistas traicionaron a la mitad de la población de ex esclavos -a las mujeres negras, que no existían civilmente bajo ésta enmienda. Los abolicionistas se unieron a los ex-esclavistas; ex esclavos se unieron con los ex-amos; los hombres blancos y negros se unieron para cercar en barracas a las mujeres blancas y negras.

Las consecuencias para la mujer negra fueron, como Sojourner Truth profetizó en 1867, un año luego de la Catorceava Enmienda, las siguientes: "Yo vengo… del país de esclavos. Ellos obtuvieron su libertad -que suerte haber destruido la esclavitud parcialmente. Yo quiero destruirla de raíz, destruir todas sus ramas. Entonces seremos libres de verdad…Hay un gran alboroto acerca del hombre de color obteniendo sus derechos, pero ni una palabra sobre la mujer de color; y si los hombres de color obtienen

los suyos, pero las mujeres de color no obtienen los de ellas, verás al hombre de color siendo amo de la mujer de color, y será tan malo como antes" (18).

Si alguna vez la esclavitud será destruida "de raíz y con todas sus ramas", son las mujeres quienes deben hacerlo. Los hombres, como atestigua su propia historia, tan solo arrancarán sus botones y cortarán sus flores. Quiero pedirles que se comprometan a obtener su propia libertad; no quiero que se conformen con nada menos, ni que hagan concesiones o trueques, ni que sean engañadas con falsas promesas y mentiras crueles. Quiero recordarles que la esclavitud debe ser destruida "de raíz y con todas sus ramas", o de otro modo no será destruida en absoluto.

Quiero pedirles que recuerden que hemos sido esclavas por tanto tiempo que a veces olvidamos que no somos libres. Quiero recordarles que no somos libres. Quiero pedirles que se comprometan con la revolución de las mujeres -una revolución de todas las mujeres, por todas las mujeres y para todas las mujeres; una revolución dirigida a desenterrar las raíces de la tiranía para que no crezca nunca más.

9. La Causa Raíz.

"Y las cosas que es mejor conocer primero son los principios y las causas. Porque a través y desde ellos todas las demás cosas pueden ser conocidas…"

– Aristóteles, Metafísica, Libro I.

[Entregado en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, Cambridge, 26 de Septiembre, 1975]

Esta noche quiero hablarles sobre ciertas realidades y ciertas posibilidades. Las realidades son brutales y salvajes; las posibilidades podrán parecerles, siendo bien honesta, imposibles.

Quiero recordarles que hubo un tiempo en que todos los seres humanos creían que la tierra era plana. Todas las navegaciones se basaban en esa creencia. Todos los mapas eran dibujados de acuerdo a las especificaciones de esa creencia. La llamo creencia, pero en ese entonces era realidad, la única realidad imaginable. Era realidad porque todas las personas creían que era verdad. Todas creían que era verdad porque parecía que era verdad. La tierra se veía plana; pero no hubo ningún momento en que tuviera, a la distancia, bordes desde los que una podría caer; la gente asumió que, en algún lugar, existía un borde final más allá del cual no había nada. La imaginación estaba circunscrita, como lo está usualmente, a los sentidos físicos; inherentemente limitados y culturalmente condicionados, y esos sentidos determinaron que la tierra era plana. Éste principio de la realidad no era solo teórico; se actuaba conforme a él. Las naves no se embarcaban demasiado en ninguna dirección porque nadie quería caer desde el borde de la tierra; nadie quería tener la temida muerte qué tan descuidado, estúpido acto tendría. En las sociedades donde la navegación era una de las mayores actividades, el temor a ese destino era vívido y aterrador.

Ahora, como cuenta la historia, de algún modo un hombre llamado Cristóbal Colón imaginó que la tierra era redonda. Imaginó que una podría llegar al Lejano Este navegando hacia el Oeste. Cómo concibió está idea, no lo sabemos; pero la imaginó, y una vez que la

imaginó, no pudo olvidarla. Por mucho tiempo, hasta que se reunió con la Reina Isabel, nadie lo escuchó porque, claramente, era un lunático. Si algo era cierto, era que la tierra era plana.

Ésta historia se ha repetido muchas veces. Marie Curie tuvo la peculiar idea de que existía un elemento aún no descubierto que era activo, siempre cambiante, vivo. Todo el pensamiento científico se basaba en la noción de que todos los elementos eran inactivos, inertes, estables. Ridiculizada, denegada de tener un laboratorio apropiado por la comunidad científica, condenada a la pobreza y oscuridad, Marie Curie, junto a su esposo, Pierre, trabajaron incansablemente para aislar el Radio, que fue, en primera instancia, un figmento de su imaginación. El descubrimiento del Radio destruyó completamente la premisa básica sobre la que se habían construido la física y la química. Lo que había sido real hasta su descubrimiento ya no era real.

Los conocidos, ya-probados-y-verdaderos principios de la realidad, creídos universalmente y adheridos con vehemencia, frecuentemente son moldeados desde una profunda ignorancia. No sabemos qué o cuánto no sabemos. Ignorando nuestra ignorancia, aun cuando se nos ha demostrado lo contrario una y otra vez, creemos que la realidad es lo que sea que sabemos.

Un principio básico de la realidad, creído universalmente y adherido con vehemencia, es que hay dos sexos, hombre y mujer, y que estos sexos no son solo diferentes, sino también opuestos. El modelo usualmente usado para describir la naturaleza de estos dos sexos es el de dos polos magnéticos. El sexo macho se vincula al polo positivo, y el sexo hembra, al polo negativo. Si se acercan, se supone que los campos magnéticos de estos dos sexos interactúen, atando ambos polos en un todo perfecto. Demás está decir, que dos polos iguales, al acercarse, se supone que se repelen entre sí.

El sexo del macho, de acuerdo a su designación positiva, posee cualidades positivas; y el sexo de la hembra, de acuerdo a su designación negativa, no tiene ninguna de las cualidades positivas atribuidas al sexo del macho. Por ejemplo, de acuerdo a este modelo, los hombres son activos, fuertes y valientes; y las mujeres son pasivas, débiles y temerosas. En otras palabras, sean lo que sean los hombres, las mujeres no lo son; lo que puedan hacer los hombres, las mujeres no pueden; cualquier capacidad que los hombres tengan, las mujeres no la tienen. El hombre es lo positivo y la mujer es su negativo.

Los defensores de este modelo declaran que es moral porque es inherentemente igualitario. Cada polo, se supone, tiene la dignidad de su propia y separada identidad; cada polo es necesario para formar el todo armonioso. Esta noción, por supuesto, está enraizada

en la convicción de que las afirmaciones acerca del carácter de cada sexo son verdaderas, de que la esencia de cada sexo ha sido descrita con precisión. En otras palabras, decir que el hombre es positivo y la mujer negativa es como decir que la arena es seca y el agua es mojada -la característica que mejor describe la cosa en sí misma es tenida por verdadera, y ni un solo juicio respecto al valor de éstas características es implicado siquiera. Simone de Beauvoir expone la falacia de la doctrina "separados pero iguales" en el prefacio de *El Segundo Sexo*: "en realidad la relación de los dos sexos no es….como la de dos polos eléctricos, porque el hombre representa tanto lo positivo como lo neutral, tal como indica el uso común de 'hombre' para designar a los seres humanos en general; mientras que mujer representa lo negativo, definido por criterios limitados, sin reciprocidad….". "La mujer es mujer en virtud de cierta falta de cualidades" dijo Aristóteles; "debemos considerar la naturaleza de la mujer como afecta a una deficiencia natural". Y Santo Tomás por su parte declaró que la mujer era "un hombre imperfecto", un ser "incidental". Y así la humanidad es hombre y el hombre define a la mujer, no en sí misma, sino en relación a él; ella no es considerada un ser autónomo.

Esta enfermiza visión de la mujer, como el negativo del hombre, "mujer en virtud de cierta falta de cualidades" infecta toda la cultura. Es el cáncer en las entrañas de cada sistema político y económico, de cada institución social. Es la raíz que magulla todas las relaciones humanas, infesta toda la realidad psicológica, y destruye la fibra misma de la identidad humana.

Esta visión patológica de la negatividad de la mujer ha sido forzada en nuestra carne por miles de años. Ha ocurrido en masiva escala una mutilación salvaje del cuerpo de la hembra, orientada a volvernos absolutamente distinguibles de los hombres. Por ejemplo, en China, por miles de años, los pies las mujeres fueron reducidos a muñones mediante vendajes. Cuando una niña cumplía siete u ocho años, le lavaban los pies con alumbre, un químico que los encogía. Luego, todos los dedos, salvo el pulgar, eran doblados hacia la planta de sus pies y atados con la mayor firmeza posible. Este procedimiento se repetía una y otra vez durante tres años aproximadamente. La niña, en agonía, era forzada a caminar con los pies así. Se formaban fuertes callos; las uñas se le encarnaban en la piel; sus pies estaban sangrientos y llenos de pus; la circulación era virtualmente detenida; usualmente se les caían los pulgares. El pie ideal media ocho centímetros, de carne hedionda y putrefacta. Los hombres eran positivo y las mujeres negativo, porque los hombres podían caminar y las mujeres no. Los hombres eran independientes y las mujeres eran dependientes porque los hombres podían caminar y las mujeres no. Los hombres eran viriles porque las mujeres eran lisiadas.

Ésta atrocidad cometida en contra de las mujeres chinas es solo un ejemplo del sadismo sistemático ejercido sobre los cuerpos de las mujeres para volvernos opuestas y negativas a los hombres. Hemos sido, y aún somos, azotadas, golpeadas y atacadas; hemos sido, y somos, atrapadas en atuendos diseñados para distorsionar nuestros cuerpos, para dificultar nuestra respiración y movimientos; hemos sido, y aún somos, convertidas en adornos, tan deprivadas de presencia física que no podemos correr o saltar o escalar o incluso caminar con naturalidad; hemos sido, y somos, cubiertas, nuestros rostros tapados por capas de sofocante tela o maquillaje, así que incluso se nos niega poseer nuestras propias caras; hemos sido, y aún somos, forzadas a remover el vello de nuestras axilas, piernas, cejas, y usualmente, incluso de nuestras áreas púbicas, para que así los hombres puedan afirmar, sin contradicción, la positividad de su propia virilidad. Hemos sido, y aún somos, esterilizadas contra nuestra voluntad; nuestros úteros extraídos sin razón médica alguna; nuestros clítoris cortados; nuestros senos y toda la musculatura de nuestros pechos son removidos con entusiasta abandono. Éste último procedimiento, la mastectomía doble, tiene ochenta años de antigüedad. Les pido que consideren los avances armamentísticos de los últimos ochenta años, bombas nucleares, gases venenosos, rayos láser, bombas de ruido, y otros por el estilo, y que cuestionen el avance de la tecnología en relación a las mujeres. ¿Por qué aún se mutila tan promiscuamente a las mujeres en éstas cirugías?; ¿por qué ésta salvaje forma de mutilación, la mastectomía doble, ha prosperado, sino es para aumentar la negatividad de la mujer en relación al hombre? Estas formas de mutilación física son marcas que nos designan como hembras, al negar nuestros cuerpos, destruyéndolos.

En el extraño mundo creado por los hombres, el emblema físico primario de la negatividad de la hembra es el embarazo. Las mujeres tienen la capacidad de gestar bebés; los hombres no. Pero ya que los hombres son positivos y las mujeres negativas, la incapacidad para gestar es considerada una característica positiva, y la habilidad para hacerlo es vista como negativa. Ya que las mujeres son fácilmente distinguibles de los hombres en virtud de ésta sola capacidad, y ya que la negatividad de la mujer siempre es establecida en oposición a la positividad del hombre, la capacidad para gestar, es usada primero para establecer, y luego para confirmar, su estatus de negativo o inferior al hombre. El embarazo se convierte en una marca física, un símbolo que designa a la embarazada como auténticamente hembra. Gestar, peculiarmente, se vuelve la forma y substancia de la negatividad de la mujer.

Una vez más, consideren la tecnología en relación a las mujeres. El hombre llega a la luna y un satélite hecho por el hombre se acerca a Marte para aterrizar; la tecnología anticonceptiva permanece criminalmente inadecuada. Los dos métodos anticonceptivos más efectivos son la píldora y el DIU. La píldora es venenosa y el DIU es sádico. Si una

mujer quiere evitar concebir, debe fallar eventualmente porque usa un método inefectivo, caso en el cual se arriesga a morir por el embarazo; o debe arriesgarse a enfermar terriblemente por la píldora, o sufrir dolor agonizante con el DIU -y, por supuesto, con cualquiera de éstos métodos el riesgo de morir es también muy real. Ahora que se han desarrollado técnicas abortivas que son fáciles y seguras, a las mujeres se les niega firmemente el acceso gratuito a ellas. Los hombres necesitan que las mujeres sigan embarazadas, para encarnar la negatividad de la mujer, y confirmar así la positividad del hombre.

Mientras que los ataques físicos en contra de la vida de las mujeres son aberrantes, las atrocidades cometidas contra nuestras facultades intelectuales y creativas no son menos sádicas. Consignadas a una vida de negatividad intelectual y creativa, para afirmar dichas capacidades en los hombres, se considera que las mujeres carecen de inteligencia: la feminidad es prácticamente sinónimo de estupidez. Somos femeninas en tal grado que nuestras facultades mentales son aniquiladas o repudiadas. Para reforzar ésta dimensión de la negatividad de la mujer, sistemáticamente se nos niega el acceso a una educación formal, y cada declaración de inteligencia natural es castigada hasta que no nos atrevemos a confiar en nuestras percepciones, hasta que no nos atrevemos a honrar nuestros impulsos creativos, hasta que no nos atrevemos a ejercitar nuestra facultad de pensamiento crítico, hasta que no nos atrevemos a cultivar nuestra imaginación, hasta que ya no nos atrevemos a respetar nuestra propia agudeza mental ni moral. Cualquier obra creativa o intelectual que logramos crear es trivializada, ignorada, o ridiculizada, de modo que, incluso aquellas pocas mentes que no fueron degradadas, son llevadas al suicido o la locura, o atrapadas en el matrimonio y la crianza. Hay unas pocas excepciones a esta inexorable regla.

La manifestación más literal y vívida de ésta patología que es la negación de la mujer, se encuentra en la pornografía. La literatura es siempre la más elocuente expresión de los valores culturales; y la pornografía articula la destilación más pura de dichos valores. En la pornografía literaria, donde la sangre de las mujeres puede fluir sin las restricciones reales de la biología, el ethos de ésta cultura asesina del hombre-positivo se revela en su forma esquelética: el sadismo del hombre se alimenta del masoquismo de la mujer; la dominación masculina se nutre de la subordinación femenina.

En la pornografía, el sadismo es el medio por el cual los hombres establecen su dominación. El sadismo es ejercicio de poder auténtico que confirma la hombría; y la primera característica de la hombría es que su existencia se basa en la negación de la mujer -la hombría puede ser certificada solo mediante la abyecta degradación de la mujer, una

degradación que jamás es lo suficientemente ruin hasta que el cuerpo y la voluntad de la víctima han sido destruidos.

En la pornografía literaria, el corazón latente de la oscuridad al centro del sistema hombre-positivo, es expuesto en toda su aterradora desnudez. El corazón de la oscuridad es este: que el sadismo sexual renueva la identidad del hombre. Las mujeres son torturadas, azotadas y encadenadas; las mujeres son atadas y amordazadas, marcadas y quemadas, cortadas con cuchillas y cables; se orina y defeca sobre la mujeres; agujas hirviendo se clavan en sus pechos, les rompen los huesos, sus anos son abiertos, sus bocas son destrozadas, sus vaginas son penetradas salvajemente pene tras pene, dildo tras dildo -y todo esto para establecer la única manera viable de valoración propia del hombre.

Es típico en la pornografía que alguna de estas asqueantes crueldades tengan lugar en un contexto público. Un hombre aún no es el amo absoluto de una mujer -aun no es enteramente un hombre- hasta que la degradación es atestiguada y disfrutada públicamente. En otras palabras, una vez que establece dominio, el hombre debe también, públicamente, establecer que es dueño. La calidad de dueño se prueba cuando un hombre puede humillar a una mujer en frente de sus compañeros y para el placer de sus compañeros y que ella aun así se mantenga fiel a él. Se establece aún más ésta calidad cuando un hombre puede prestar una mujer como objeto carnal, o darla de regalo a otro u otros hombres. Estas transacciones hacen de su dominio un asunto de interés público e incrementan su valía a los ojos de otros hombres. Estas transacciones prueban que él no solo ha declarado autoridad absoluta sobre el cuerpo de ella, sino que también se ha vuelto enteramente amo de su voluntad.

Lo que tal vez pudo comenzar cómo la sumisión de una mujer a un hombre particular debido al "amor" que sentía por él -y que en ese momento era congruente con su sentido de integridad propia, tal como ella podía reconocerlo- necesariamente va a destruir incluso esa individualidad. La individualidad de tener el dominio –"Yo soy el que posee"- es reclamada por el hombre; pero nada ha de ser dejado a la mujer o en la mujer, nada sobre lo que pueda basar algún derecho a tener dignidad personal, ni siquiera la desgarbada dignidad de creer "soy la propiedad exclusiva del hombre que me degrada". De la misma forma, y por las mismas razones, ella es forzada a observar al hombre que la posee ejercer su sadismo sexual contra otras mujeres. Esto le roba ese grano de dignidad que nace de creer "soy la única" o "soy percibida y mi identidad singular se verifica cuando él me degrada", o "me distingo de otras mujeres porque este hombre me ha escogido"

La pornografía del sadismo masculino casi siempre contiene una visión idealizada, o irreal de la compañía masculina. El concepto utópico, que es la premisa de la pornografía,

es este: ya que la hombría se establece y confirma por sobre y en contra de los cuerpos brutalizados de las mujeres, los hombres no deben agredirse los unos a otros; en otras palabras, las mujeres absorben la agresión masculina, de modo que los hombres están a salvo de ella. Cada hombre, conociendo su propio, profundamente enraizado impulso a destruir, presupone éste mismo impulso en otros hombres y busca protegerse a sí mismo de ellos. Los rituales del sadismo masculino sobre y en contra de los cuerpos de las mujeres son el medio a través del cual la agresión de los hombres es socializada, y así cada hombre puede asociarse a otros hombres sin el peligro inminente de la agresión masculina en contra de sí mismo. El proyecto erótico común de destruir a las mujeres hace posible que los hombres se unan en hermandad; este proyecto es la única base firme y confiable para cooperar entre los hombres, y todos los vínculos masculinos se fundan en ella.

Ésta visión idealizada de las relaciones masculinas expone el carácter esencialmente homosexual de la sociedad masculina. Los hombres usan los cuerpos de las mujeres para formar alianzas y vínculos entre ellos. Los hombres usan los cuerpos de las mujeres para lograr poder reconocible que certificará la identidad masculina a los ojos de otros hombres. Los hombres usan los cuerpos de las mujeres para permitirse involucrarse en transacciones civiles y pacíficas entre ellos. Creemos vivir en una sociedad heterosexual porque la mayoría de los hombres tienen una fijación en las mujeres como objetos sexuales; pero, de hecho, vivimos en una sociedad homosexual porque todas las transacciones creíbles de poder, autoridad, y autenticidad tienen lugar entre los hombres; todos los intercambios basadas en la equidad e individualidad se producen entre los hombres. Los hombres son reales; por tanto, todas las relaciones se dan entre hombres; toda comunicación real se da entre hombres; toda reciprocidad real se da entre hombres; toda mutualidad real se da entre hombres. La heterosexualidad, que puede ser definida como la dominación sexual de los hombres sobre las mujeres, es como una nuez que crece del poderoso nogal que es la sociedad homosexual masculina, una sociedad de hombres, por hombres, y para los hombres, una sociedad en que la positividad de la comunidad de los hombres se realiza mediante la negación de la mujer, mediante la aniquilación del cuerpo y la voluntad de la mujer.

En la pornografía literaria, que es un destilado de la vida como la conocemos, las mujeres son hoyos abiertos, tajos calientes, tubos follables, y otros por el estilo. Se supone que el cuerpo de la mujer consiste en tres agujeros vacíos, todos los cuales fueron expresamente diseñados para ser llenados con la erecta positividad del hombre.

La fuerza de vida de la mujer en sí misma es caracterizada como negativa: se nos define como inherentemente masoquistas; esto es, somos conducidas al dolor y abuso, hacia

la autodestrucción, hacia la aniquilación -y este llamado hacia nuestra propia negación es precisamente lo que nos identifica como mujeres. En otras palabras, nacemos para ser destruidas. El masoquismo sexual alimenta la negatividad de la mujer, tal como el sadismo alimenta la positividad del hombre. La feminidad erótica de las mujeres se mide según el grado en que necesitan ser heridas, necesitan ser poseídas, necesitan ser abusadas, necesitan ser sometidas, necesitan ser golpeadas, necesitan ser humilladas, necesitan ser degradadas. Cualquier mujer que se resista a ejecutar éstas supuestas necesidades, o cualquier mujer que se rebele contra los valores inherentes a éstas necesidades, o cualquier mujer que se rehúse a aceptar o participar en su propia destrucción, es caracterizada como desviada, una que niega su feminidad, un despojo, una perra, etc. Típicamente, éstas desviadas son arrastradas nuevamente al rebaño de mujeres, mediante una violación, incluso en grupo, o algún tipo de bondage. La teoría es que una vez que esas mujeres hayan probado la intoxicante dulzura de la subordinación, se apresurarán a su propia destrucción.

El amor romántico, en la pornografía y la vida, es la mítica celebración de la negación de la mujer. Para una mujer, el amor se define como la voluntad de someterse a su propia aniquilación. Como suele decirse, las mujeres están hechas para el amor -esto es, sumisión. Amor, o sumisión, deben ser tanto la substancia como el propósito de la vida de una mujer. Para la mujer, la capacidad de amar es exactamente sinónimo con la capacidad de soportar el abuso, y el apetito de él. Para la mujer, la prueba del amor es que está dispuesta a ser destruida por quién ama, por su bien. Para la mujer, el amor es siempre sacrificio, sacrificar su identidad, voluntad, integridad corporal, en orden a satisfacer y perdonar la masculinidad de su amante.

En la pornografía, vemos a la mujer cruda, su esqueleto erótico, desnuda; podemos casi tocar los huesos de nuestra muerte. El amor es la fuerza erótica masoquista; el amor es la pasión desenfrenada que compele a la mujer a someterse a una vida encadenada; el amor es el impulso sexual que consume hacia la degradación y el abuso. La mujer literalmente se entrega a sí misma al hombre; él literalmente la toma y posee. El intercambio primario que expresa éste sometimiento de la mujer y ésta posesión del hombre, es el acto de follar. Follar es la expresión física básica de la positividad del hombre y la negatividad de la mujer. La relación del sádico al masoquista no se origina en el acto de follar; en cambio, se expresa y renueva con él.

Para el hombre, fornicar es un acto compulsivo, en la pornografía y en la vida real. Pero en la vida real, y no en la pornografía, es un acto bañado en temor y peligro, repleto de terror.

Ése órgano santificado de la positividad del hombre, el falo, penetra en el vacío de la mujer. Durante la penetración, el ser completo del hombre es su pene -la voluntad de él y la voluntad del hombre de dominar son una, completamente; el pene erecto es su identidad; toda la sensación se localiza en el pene y en efecto, el resto de su cuerpo es insensato, está muerto. Durante la penetración, el ser mismo del hombre es a la vez puesto en riesgo y afirmado. ¿El vacío de la mujer lo tragará, consumirá, envolverá y destruirá su pene, todo su ser?, ¿acaso el agujero de la mujer contaminará su tenue hombría con la implacable toxicidad de la mujeridad?, ¿o emergerá él desde el aterrador vacío del agujero abierto que es la anatomía de la mujer, intacto? -su positividad reafirmada porque, incluso dentro de ella, logró mantener la polaridad del macho y la hembra, al mantener la discreción e integridad de su falo de acero; su masculinidad es afirmada porque de hecho no se mezcló con ella, y así no se perdió a sí mismo, no se disolvió en ella, no se convirtió en ella ni cómo ella, no fue subsumido por ella.

Este peligroso viaje al vacío de la mujer debe ser hecho una y otra vez obligatoriamente, porque la masculinidad no es nada en sí misma; en sí misma y desde sí misma no existe; así solo es real sobre y en contra, o en contraste, a la negatividad de la mujer. La masculinidad puede ser experimentada, alcanzada, reconocida y materializada solamente en oposición a la feminidad. Cuando los hombres disponen que el sexo, la violencia y la muerte son verdades eróticas fundamentales, quieren decir esto: que el sexo, o follar, es el acto que les permite experimentar su propia realidad, o identidad, o masculinidad de forma concreta; y que la muerte, la negación, la nada, o que contaminarse de la mujer, es lo que arriesgan cada vez que penetran dentro de lo que imaginan que es el vacío del agujero de la mujer.

¿Qué existe detrás, entonces, de la afirmación de que fornicar es placentero para el hombre?, ¿cómo puede un acto tan saturado con el miedo de perderse a uno mismo, de perder el pene, ser placentero?

Primero, es necesario entender que ésta es precisamente la dimensión de fantasía de la pornografía. En el ambiente rarificado de la pornografía, el miedo del hombre es retirado del acto sexual, censurado, quitado. El sadismo sexual masculino, tan bien descrito en la pornografía, es real; las mujeres lo experimentan diariamente. La dominación del hombre por sobre y en contra los cuerpos de las mujeres es real; las mujeres la experimentan diariamente. Los usos brutales que se le da al cuerpo de la mujer son reales; las mujeres sufren estos abusos a escala global, día a día, año a año, generación tras generación. Lo que no es real, lo que es fantasía, es la afirmación hecha por los hombres, que está en el corazón de toda pornografía, cual es que para ellos follar es una experiencia de éxtasis, el placer

último, una bendición absoluta, un acto natural y fácil, en donde no hay terror, no hay pavor, no hay miedo. En la realidad, nada apoya esa afirmación. Sea que examinemos la masacre de nueve millones de brujas en Europa, alimentada por el miedo de los hombres a la carnalidad de las mujeres; o el fenómeno de la violación, que expone que follar es un acto de suma hostilidad en contra de la enemiga, mujer; sea que investiguemos la impotencia, que es la incapacidad involuntaria de entrar al vacío de la mujer; sea que ahondemos en el mito de la vagina dentada (una vagina repleta de dientes), que deriva de un temor paralizante a los genitales de la mujer; sea que aislemos el tabú menstrual como expresión del terror masculino; veremos que en la vida real el macho está obsesionado con su miedo a la mujer, y que este miedo es más vívido en el acto de follar.

En segundo lugar, para entender la pornografía como un tipo de propaganda diseñada para convencer al hombre de que no debe temer, de que no tiene miedo; para asegurarle que puede follar; para convencerlo de que follar es puro disfrute; para enturbiar la realidad de su propio terror, al proveerle una fantasía pornográfica de placer, la que aprende como un credo y desde la cual actúa para dominar a las mujeres como debe hacer un hombre de verdad.

Podríamos decir que en la pornografía los látigos, cadenas y otras parafernalias de brutalidad son mantas de seguridad que demuestran cuán falsa es la afirmación pornográfica de que follar es a la hombría lo que la luz es al sol. Pero en la vida, incluso el abuso sistemático y la subyugación global de las mujeres, no son suficientes para prevenir el terror inherente del hombre al acto sexual.

En tercer lugar, es necesario comprender que lo que el hombre experimenta como placer auténtico es la afirmación de su propia identidad de macho. Cada vez que sobrevive al peligro de entrar al vacío de la mujer, su masculinidad se materializa. Ha demostrado que él no es ella, y que él es como otros ellos. No hay placer en este mundo que se equipare al placer de haberse demostrado ser real, positivo, y no negativo, un hombre y no una mujer, un miembro verdadero del grupo que tiene el dominio sobre todos los demás seres vivos.

En cuarto lugar, es necesario entender que bajo el sistema sexual de la positividad del hombre y la negatividad de la hembra, no hay literalmente nada en el acto de fornicar, salvo por algún roce accidental del clítoris, que reconozca o materialice el real eroticismo de la mujer, que ha sobrevivido incluso bajo condiciones de esclavitud. Dentro de los confines del sistema hombre-positivo, este eroticismo no existe. Después de todo, un negativo es un negativo que es negativo. Follar es enteramente un acto masculino para afirmar la realidad y poder del falo, de la masculinidad.

Para las mujeres, el placer en ser folladas es el placer masoquista de experimentar la negación propia. Bajo el sistema hombre-positivo, el placer masoquista de la negación propia es tanto mitificado como mistificado en orden a compeler a las mujeres a hacernos creer que sentimos satisfacción con la abnegación, placer con el dolor, validación con el sacrificio propio, feminidad con la subordinación a la masculinidad. Entrenadas desde que nacemos a ajustarnos a los requerimientos de éste particular modo de ver el mundo, castigadas severamente cuando no aprendemos lo suficientemente bien la sumisión masoquista, completamente capturadas dentro de los límites del sistema hombre-positivo, muy pocas mujeres se experimentan a sí mismas como reales. En cambio, las mujeres son reales a sí mismas en la medida en que se identifiquen y adhieran con la positividad de los hombres. Al ser follada, una mujer se adhiere a uno que es real a sí mismo y, precariamente, experimenta la realidad, tal como es, mediante él; al ser follada, una mujer experimenta el placer masoquista de su propia negación, cual es perversamente articulada como la satisfacción de su feminidad.

Ahora, quiero hacer una distinción crucial -la distinción entre la verdad y la realidad. Para los seres humanos, la realidad es social, la realidad es lo que sea que las personas crean que es cierto en un momento determinado. Al decir esto, no pretendo sugerir que la realidad es caprichosa o accidental. En mi opinión, la realidad sirve siempre a la política en general, y a la política sexual en particular -esto es, sirve al poderoso para fortificar y justificar su derecho a dominar sobre los que carecen de poder.

La realidad son las premisas, cualesquiera que sean, sobre las que se construyen las instituciones sociales y culturales. La realidad es también la violación, el látigo, follar, la histerectomía, la cliteridectomía, la mastectomía, el vendaje de pies, los tacones, el corsé, el maquillaje, el velo, los ataques y las golpizas, la degradación y mutilación en sus manifestaciones concretas. La realidad es reforzada por aquellos a quienes sirve, de modo que parece ser evidente. La realidad se perpetúa, en tanto las instituciones sociales y culturales sobre las que se construyen sus premisas también encarnan y refuerzan dichas premisas. La literatura, la religión, la psicología, la educación, la medicina, la ciencia biológica tal como se entiende actualmente, las ciencias sociales, la familia nuclear, la nación-estado, la policía, los ejércitos, y la ley civil -todas encarnan y refuerzan en nosotras la realidad dada.

La realidad dada, por supuesto, es que hay dos sexos, macho y hembra; que estos dos sexos son opuestos, polares; que el hombre es inherentemente positivo y que la mujer

es inherentemente negativa; y que los polos positivo y negativo de la existencia humana se unen naturalmente en un todo armonioso.

La verdad, por su parte, no es tan accesible como lo es la realidad. Según me parece, la verdad es absoluta, en el sentido de que efectivamente existe y puede ser encontrada. El Radio, por ejemplo, siempre existió; fue siempre verdad que el Radio existió; pero el Radio no figuraba en la noción humana de la realidad hasta que Marie y Pierre Curie lo aislaron. Cuando lo hicieron, la noción humana de la realidad debió cambiar de modo fundamental para acomodarse a la verdad del Radio. De forma similar, la Tierra siempre ha sido una esfera; esto siempre fue verdad; pero hasta que Colón zarpó desde el Oeste para encontrar el Este, esto no fue real. Podemos decir que la verdad existe, y que el proyecto humano es encontrarla para que podamos basar la realidad en ella.

He hecho esta distinción entre verdad y realidad en orden a poder decir algo muy simple: aunque el sistema de la polaridad de género es real, no es verdad. No es verdad que hay dos sexos individuales y opuestos, no son polos, no son naturalmente, ni de forma evidente un todo armonioso. No es verdad que el macho encarne las cualidades y potencialidades humanas tanto positivas como neutras, en contraste a la hembra que es hembra, según Aristóteles y toda la cultura de los hombres, "en virtud de cierta falta de cualidades". Y una vez que rechacemos la noción de que el hombre es positivo y la mujer es negativa, estaremos esencialmente rechazando la noción de que existan hombres y mujeres separadamente. En otras palabras, el sistema basado en este modelo polar de existencia es absolutamente real; pero el modelo en sí mismo no es verdad. Estamos viviendo apresadas dentro de una ilusión perniciosa, una ilusión sobre la que toda la realidad tal como la conocemos está construida.

Según veo, aquellas de nosotras que somos mujeres dentro de éste sistema de realidad jamás seremos libres hasta que ésta ilusión acerca de la polaridad sexual sea destruida y hasta que el sistema de realidad sobre el que se basa sea erradicado completamente de la sociedad y memoria humanas. Ésta es la noción de transformación cultural que está al centro del feminismo. Ésta es la posibilidad revolucionaria inherente a la lucha feminista.

Me parece que nuestra tarea revolucionaria es destruir la identidad fálica en los hombres y la no-identidad masoquista en las mujeres -esto es, destruir las realidades polares de hombres y mujeres como actualmente las conocemos, de modo que ésta división de la humanidad en dos campamentos -un campamento armado y el otro un campo de concentración- ya no será posible. La identidad fálica es real y debe ser destruida. El

masoquismo de la mujer es real y debe ser destruido. Las instituciones culturales que encarnan y refuerzan esas dos aberraciones interrelacionadas -por ejemplo, la ley, el arte, la religión, las naciones-estados, la familia, la tribu o la comuna basada en el derecho del padre- estas instituciones son reales y deben ser destruidas. Si no lo son, seremos mujeres consignadas a inferioridad y subyugación perpetuas.

Creo que la libertad para las mujeres debe comenzar con la repudiación de nuestro propio masoquismo. Creo que debemos destruir en nosotras la voluntad hacia el masoquismo desde sus raíces sexuales. Creo que debemos establecer nuestra propia autenticidad, individualidad y entre nosotras -experimentarlas, crear desde ellas, y también, privar a los hombres de ocasiones para materializar la mentira de la hombría sobre y en contra de nosotras. Creo que deshacernos de nuestro propio masoquismo, profundamente arraigado, que toma tantas tortuosas formas, es la primera prioridad; es el primer golpe fatal que podemos dar en contra de esta dominación masculina sistematizada. En efecto, cuando tenemos éxito en arrancar el masoquismo de nuestra personalidad y constitución, cortamos la línea de vida de los hombres al poder sobre y en contra de nosotras, a la valía del hombre en contraposición a la degradación de la mujer, a la identidad del hombre sostenida sobre la negatividad brutalmente forzada de la mujer -cortaremos la línea de vida de los hombres a la masculinidad misma.

Sólo cuando la masculinidad muera -y perecerá una vez que la devastada feminidad ya no le de sustento- solo entonces sabremos qué es ser libres.

Notas

1. Feminismo, Arte y Mi Madre Sylvia.

1. Joseph Chaikin, The Presence of the Actor (New York: Atheneum, 1972), p. 126. 2. Theodore Roethke, "The Poetry of Louise Bogan/' On the Poet and His Craft: Selected Prose of Theodore Roethke, ed. Ralph J. Mills (Seattle: University of Washington Press, 1965), pp. 133-134.

2. Renunciando a la "Equidad" Sexual.

1. Kate Millett, Sexual Politics (Garden City, N. Y.: Doubleday & Company, Inc., 1970). 2. Mary Jane Moffat and Charlotte Painter, eds., Revelations: Diaries of Women (New York: Random House, 1974), pp. 143-144.

3. Recordando a las Brujas.

1. Heinrich Kramer and James Sprenger, Malleus Maleficarum, trans. M. Summers (New York: Dover Publications, Inc., 1971), p. 44. 2. Ibid., p. 43. 3. Ibid., p. 47. 4. Ibid. 5. Ibid., p. 121.

4. La Atrocidad de la Violación y el Chico de al Lado.

1. Sigmund Freud, "Femininity, " Women and Analysis, ed. Jean Strouse (New York: Grossman Publishers, 1974), p. 90.

2. The Jerusalem Bible (Garden City, N. Y.: Doubleday & Company, Inc., 1966), pp. 243-244.

3. Ibid., p. 245.

4. Cited by Carol V. Horos, Rape (New Canaan, Conn.: Tobey Publishing Co., Inc., 1974), p. 3.

5. Cited by Andra Medea and Kathleen Thompson, Against Rape (New York: Farrar, Straus & Giroux, Inc., 1974), p. 27. 6. Horos, op. cit., p. 6.

7. William Matthews, The Ill-Framed Knight: A Skeptical Inquiry into the Identity of Sir Thomas Malory (Berkeley: University of California Press, 1966), p. 17.

8. Medea and Thompson, op. cit., p. 13.

9. "Forcible and Statutory Rape: An Exploration of the Operation and Objectives of the Consent Standard, '* The Yale Law Journal, LXII (December 1952), pp. 52-83.

10. Ibid., pp. 72-73.

11. Medea and Thompson, op. cit., p. 26.

12. Mary Daly, Beyond God the Father: Toward a Philosophy of Women's Liberation (Boston: Beacon Press, 1973), pp. 8, 9, 33, 37, 47-49, 100, 106, 167.

13. New York Radical Feminists, Rape: The First Sourcebook for Women, eds. Noreen Connell and Cassandra Wilson (New York: New American Library, 1974), p. 165.

14. Ibid.

15. Medea and Thompson, op. cit., p. 16.

16. The Institute for Sex Research, Sex Offenders (New York: Harper & Row, 1965), p. 205.

17. Menachim Amir, Patterns of Forcible Rape (Chicago: University of Chicago Press, 1971), p. 314.

18. Susan Griffin, "Rape: The All-American Crime, " Ramparts, X (September 1971), p. 27.

19. Amir, op. cit., p. 52.

20. Amir, op. cit., p. 57.

21. Federal Bureau of Investigation, Uniform Crime Reports, 1974 (Washington, D. C.: Government Printing Office, 1974), p. 22.

22. Horos, op. cit., p. 24.

23. Federal Bureau of Investigation, op. cit., p. 24.

24. Medea and Thompson, op. cit., p. 134.

25. Amir, op. cit., pp. 234-235; Medea and Thompson, op. cit., p. 29.

26. Medea and Thompson, op. cit., p. 135.

27. Amir, op. c7., p. 142.

28. Horos, loc. cit.

29. Medea and Thompson, op. cit., p. 12.

30. Sgt. Henry T. O'Reilly, New York City Police Department Sex Crimes Analysis Unit, quoted in Joyce Wadler, "Cop, Students Talk About Rape, " New York Post, CLXXIV (May 10, 1975), p. 7.

31. Horos, op. cit., p. 13.

32. Elizabeth Gould Davis, "Too Terrible for Male Law, " Majority Report, IV (June 27, 1974), p. 6.

33. Amir, op. cit., p. 200.

34. Medea and Thompson, op. cit., pp. 34-35.

35. Robert Sam Anson, "That Championship Season, " New Times, III (September 20, 1974), pp. 46-51.

36. Ibid., p. 48.

37. Angelina Grimke, speaking before the Massachusetts State Legislature, 1838, cited in Gerda Lerner, The Grimke Sisters from South Carolina: Pioneers for Woman*s Rights and Abolition (New York: Schocken Books, 1971), p. 8.

38. Eldridge Cleaver, Soul on Ice (New York: Dell Publishing Co., Inc., 1968), p. 26.

39. New York Radical Feminists, op. cit., pp. 164-169.

40. George Gilder, Sexual Suicide (New York: Quadrangle, 1973), p. 18.

41. Ida Husted Harper, The Life and Work of Susan B. Anthony: Including Public Addresses, Her Own Letters and Many from Her Contemporaries During Fifty Years, 3 vols. (Indianapolis and Kansas City: The Bowen-Merrill Company, 1898), I: 366.

5. Las Políticas Sexuales del Miedo y la Valentía.

1. Simone de Beauvoir, The Second Sex (New York: Bantam Books, 1970), pp. xv-xvi.

2. Sigmund Freud, "Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes, " Women and Analysis, ed. Jean Strouse (New York: Grossman Publishers, 1974), pp. 20-21.

3. Erik Erikson, "Womanhood and Inner Space, " Identity, Youth and Crisis (New York: W. W. Norton, 1968), pp. 277-278.

4. Andrea Dworkin, Woman Hating (New York: E. P. Dutton & Co., Inc., 1974), pp. 47-49.

5. Sigmund Freud, "Femininity, " Women and Analysis, ed. Jean Strouse (New York: Grossman Publishers, 1974), p. 91.

6. See Shulamith Firestone, The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution (New York: Bantam Books, 1972), pp. 41-71. 7. See Dworkin, op. cit., pp. 95-116. 8. Evelyn Reed, Woman's Evolution (New York: Pathfinder Press, Inc., 1975), p. 48. 9. Dworkin, op. cit., pp. 153-154, 174-193.

8. Nuestra Sangre: La Esclavitud de las Mujeres en Amerika.

1. George Eliot, Felix Holt (Harmondsworth: Penguin Books, 1972), p. 84.

2. The Lawes Resolutions of Women's Rights: Or, the Lawes Provision for Women (London, 1632), cited by Julia Cherry Spruill, Women's Life and Work in the Southern Colonies (New York: W. W. Norton & Co., Inc.,1972), p. 340.

3. Phyllis Chesler, conversation with the author.

4. Sarah Grimke, "Education of Women, " essay, Box 21, Weld MSS, cited by Gerda Lemer, The Grimke Sisters from South Carolina: Pioneers for Woman's Rights and Abolition (New York: Schocken Books, 1974)t p. 29.

5. Sarah Grimke, diary, 1827, Weld MSS, cited by Lemer, op. cit., p. 23.

6. Angelina Grimke, diary, 1829, cited by Betty L. Fladeland, "Grimk6, Sarah Moore and Angelina Emily, " Notable American Women: A Biographical Dictionary, ed. Edward T. James (Cambridge, Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press, 1974), II: 97.

7. Lemer, op. cit., pp. 123-124.

8. Angelina Grimke, "An Appeal to the Christian Women of the South, " The Oven Birds: American Women on Womanhood 1820-1920, ed. Gail Parker (Garden City, N. Y.: Anchor Books, 1972), p. 137.

9. Ibid., pp. 127-129.

10. Angelina Grimke, Letters to Catherine Beecher, in The Feminist Pa-pers: From Adams to de Beauvoir, ed. Alice S. Rossi (New York: Bantam Books, 1974), p. 322.

11. Ibid., p. 320.

12. A. E. Grimk6, "An Appeal to the Women of the Nominally Free States: Issued by an Anti-Slavery Convention of American Women & Held by Adjournment from the 9th to the 12th of May, 1837, " cited by Lemer, op. cit., pp. 162-163.

13. From a pastoral letter, 'The General Association of Massachusetts (Orthodox) to the Churches Under Their Care, " 1837, The Feminist Papers: From Adams to de Beauvoir, ed. Alice S. Rossi (New York: Bantam Books, 1974), pp. 305-306.

14. Angelina Grimke, Letters of Theodore Dwight Weld, Angelina Grimki Weld and Sarah Grimke, eds. Gilbert H. Barnes and Dwight L. Dumond, 1934, cited by Fladeland, op. cit., p. 98.

15. Sarah Grimke, Letters on the Equality of the Sexes and the Condition of Women, in The Feminist Papers: From Adams to de Beauvoir, ed. Alice S. Rossi (New York: Bantam Books, 1974), p. 307.

16. Frederick Douglass, editorial from The North Star, in Feminism: The Essential Historical Writings, ed. Miriam Schneir (New York: Vintage Books, 1972), pp. 84-85.

17. Elizabeth Cady Stanton, Eighty Years and More: Reminiscences 1815-1897 (New York: Schocken Books, 1973), pp. 240-241. 18. Ibid., p. 255.

19. Sojourner Truth, "Keeping the Thing Going While Things Are Stirring, " speech, 1867, Feminism: The Essential Historical Writings, ed. Miriam Schneir (New York: Vintage Books, 1972), p. 129.

9. La Causa Raíz.

1. Simone de Beauvoir, The Second Sex (New York: Bantam Books,1970), pp. xv-xvi.

Bibliografía

Bloomer, D. C. Life and Writings of Amelia Bloomer. New York: Schocken Books, 1975.

Brown, Connie, and Seitz, Jane. "'You've Come A Long Way, Baby': Historical Perspectives, " Sisterhood Is Powerful. Edited by Robin Morgan. New York: Vintage Books, 1970. Pp. 3-28.

Bradford, Sarah. Harriet Tubman: The Moses of Her People. Secaucus, N. J.: The Citadel Press, 1974.

Conrad, Earl. Harriet Tubman: Negro Soldier and Abolitionist. New York: International Publishers, 1973.

Douglass, Frederick. Narrative of the Life of Frederick Douglass. Edited by Benjamin Quarles. Cambridge, Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press, 1971. -. Frederick Douglass: Selections from His Writings. Edited by Philip S. Foner. New York: International Publishers, 1971.

Duniway, Abigail Scott. Path Breaking: An Autobiographical History of the Equal Suffrage Movement in Pacific Coast States. New York: Schocken Books, 1971.

Firestone, Shulamith. 'The Women's Rights Movement in the U. S.: A New View, " Voices from Women's Liberation. Edited by Leslie B. Tanner. New York: New American Library, 1970. Pp. 433-443.

Fladeland, Betty L. "Grimke, Sarah Moore and Angelina Emily, " Notable American Women: A Biographical Dictionary. Edited by Edward T. James. Cambridge, Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press, 1974. Vol. II, pp. 97-99.

Flexner, Eleanor. Century of Struggle: The Woman's Rights Movement in the United States. New York: Atheneum, 1973.

Fogel, Robert William, and Engerman, Stanley L. Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery. Boston: Little, Brown and Company, 1974.

Frazier, E. Franklin. The Negro Family in the United States. Chicago: The University of Chicago Press, 1966. Genovese, Eugene D. The Political Economy of Slavery: Studies in the Economy and Society of the Slave South. New York: Vintage Books, 1967. -. The

World the Slaveholders Made: Two Essays in Interpretation.New York: Vintage Books, 1971.

Gilman, Charlotte Perkins. Women and Economics. Edited by Carl Degler. New York: Harper Torchbooks, 1966.

Hole, Judith, and Levine, Ellen. “The First Feminists, ” Notes from the Third Year. 1971. Pp. 5-10.

Katz, William Loren, ed. Five Slave Narratives. New York: Arno Press, 1969.

Kraditor, Aileen S., ed. Up from the Pedestal: Selected Writings in the History of American Feminism. Chicago: Quadrangle Books, 1968. -. The Ideas of the Woman Suffrage Movement 1890-1920. GardenCity, N. Y.: Anchor Books, 1971.

Lerner, Gerda, ed. Black Women in White America: A Documentary History. New York: Vintage Books, 1973. -. The Grimke Sisters from South Carolina: Pioneers for Woman's Rights and Abolition. New York: Schocken Books, 1974.

Parker, ed. The Oven Birds: American Women on Womanhood 1820-1920. Garden City, N. Y.: Anchor Books, 1972.

Petry, Ann. Harriet Tubman: Conductor on the Underground Railroad. New York: Pocket Books, 1973.

Petry, Alice S., ed. The Feminist Papers: From Adams to de Beauvoir. New York: Bantam Books, 1974.

Schneir, Miriam, ed. Feminism: The Essential Historical Writings. New York: Vintage Books, 1972.

Schneir, Julia Cherry. Women's Life and Work in the Southern Colonies. New York: W. W. Norton & Company, Inc., 1972. Stanton, Elizabeth Cady. Eighty Years and More: Reminiscences 1815-1897. New York: Schocken Books, 1973.

Tanner, Leslie B., ed. Voices from Women's Liberation. New York: New American Library, 1970.

,Wells, Ida B. Crusade for Justice: The Autobiography of Ida B. Wells. Edited by Alfreda M. Duster. Chicago: The University of Chicago Press, 1970.